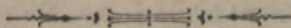




LAS MINAS DEL REY SALOMON

POR

H. RIDE HAGGARD



INTRODUCCIÓN

A punto de dar á luz esta obra, comienza á preocuparme mucho su deficiencia, así en el estilo como en su contenido. En cuanto á este último, sólo diré que no se pretende dar cuenta detallada de todo cuanto vimos é hicimos, y debo añadir que apenas se alude á muchas cosas referentes á nuestro viaje al país de Kukuana, cosas de que me hubiera gustado hablar con alguna extensión. Entre ellas figuran las curiosísimas leyendas sobre la armadura que nos libró de la muerte en la gran batalla de Loo, como también los *silenciosos* ó colosos de la boca de la gruta de estalactitas. Por otra parte, si me hubiese dejado llevar de mis propios impulsos, hubiérame complacido en dar á conocer las diferencias entre los dialectos zulú y kukuán, algunas de ellas muy *sugestivas*, á mi entender. Asimismo habría podido dedicar algunas páginas á la descripción de la fauna y la flora indígenas del Kukuana (1). Además, hay otro punto del mayor interés, al que sólo me refiero incidentalmente, como es el relativo al magnífico sistema de organización militar de aquel país, muy superior, en mi concepto, al establecido por Chaka en la tierra de los zulús, tanto más en cuanto permite una rápida *novilización*. Por último,

apenas digo algo sobre las costumbres domésticas y la industria de los kukuanas; pero debo advertir que muchos indígenas se distinguen por su habilidad en el arte de fundir y trabajar los metales, según se puede ver por sus *tol-las* ó cuchillos arrojados de hoja de acero con mango de hierro, perfectamente labrados. La cuestión es que mi primer plan (como ya manifesté á sir Enrique Curtis y al capitán Good) fué referir sencillamente la historia y dejar esos puntos para tratarlos después de la manera que me pareciese mejor. Esto no se opone á que yo adelante, entretanto, cuantos pormenores me pidan aquellos á quienes tales cosas interesen.

Réstame ahora tan sólo rogar á mis lectores que dispensen mi desmañada manera de escribir, desde el momento en que estoy más acostumbrado á manejar la carabina que la pluma, por lo cual no puedo hacer gala de esas bellas formas literarias, de ese florido estilo que observo en algunas novelas. Sin embargo, también pienso, aunque tal vez no esté autorizado para emitir mi opinión en este punto, que las cosas sencillas son las que siempre impresionan más, y que los libros escritos en lenguaje llano se comprenden mejor. Los kukuanas dicen que «un arma afilada no necesita adornos»; y, fundándome en el mismo principio, presumo que no se requieren términos escogidos para referir una historia verdadera, por extraña que sea.

Allan Quatermain

(1) Descubrí ocho variedades de antílopes que no conocía, y muchas especies nuevas de plantas, las más de ellas pertenecientes á la tribu de las bulbosas.—A. Q.

CAPITULO I

ENCUENTRO A SIR ENRIQUE CURTIS

Es cosa muy singular que á mi edad (cincuenta y cinco años cumplidos) me halle con la pluma en la mano tratando de escribir mi historia. Pregúntome qué clase de trabajo será éste cuando lo haya concluído... si es que lo concluyo. Muchas cosas he hecho en mi vida, que me parece muy larga, sin duda porque para mí comenzó demasiado pronto. A la edad en que otros muchachos van á la escuela, yo ganaba ya mi sustento como negociante en la colonia del Cabo de Buena Esperanza, y desde entonces he continuado en el mismo oficio, trabajando, cazando, batiéndome ú ocupado en las minas. Sin embargo, sólo hace ocho meses que reuní mi capital, que apenas sé si es muy considerable ó no; mas pareceme que no volvería á buscarle si no le tuviera, aunque supiese que había de salir sano y salvo de la empresa, porque soy ahora un hombre timorato, enemigo de las violencias y que está ya cansado de aventuras. No sé por qué me empeñé en escribir este libro, pues no es mi cuerda la literatura, por más que me agrade mucho leer el *Antiguo Testamento* y las *Leyendas de Ingoldsby*; pero tengo algunas razones para hacerlo, y voy á decir cuáles son.

Primera razón: porque sir Enrique Curtis y el capitán Juan Good me lo aconsejaron.

Segunda razón: porque estoy arrinconado aquí en Durban padeciendo de dolores y cojera de la pierna izquierda, que me aquejan desde que aquel condenado león me la cogió entre los dientes, de cuya hecha claudico más de lo que yo quisiera. Sin duda, debe haber algún veneno en los colmillos de esa fiera, pues no podría explicarme de otro modo el que, estando curadas mis heridas, se abran de nuevo, y esto precisamente (fíjense bien mis lectores) en la misma época del año en que me las infirieron. A fe mía, es muy duro que, después de haber cazado sesenta y cinco leones en mi vida, sin percance alguno, el sexagésimo sexto llegara á mascarme la pierna como una hoja de tabaco. Esto rompe la rutina de mi existencia, y, dejando á un lado otras consideraciones, como soy hombre muy metódico, es cosa que no me gusta.

Tercera razón: porque deseo que mi hijo Enrique, que estudia en el hospital de Londres para ser algún día doctor, que no tiene con qué distraerse, y que debe estar cansado de abrir cadáveres, pues lo mismo aburre esto que otra cualquier cosa, se pueda entretener de vez en cuando con la lectura de esta historia, que no carecerá de animación.

Cuarta y última razón: porque voy á referir las más extrañas aventuras de que jamás he oído hablar. Parecerá extraño, tal vez, que en mi historia no figure alguna mujer, excepto Foulata... Pero ¡alto! También hay una tal Gagaoola, por más que no la considero como tal, porque era más bien un enemigo, y ade-

más que, por ser centenaria, cuando menos, no podía casarse: por eso no la cuento. De todos modos, puedo decir que no hay ninguna *falda* en toda mi narración. Y, sentado esto, voy á dar comienzo á mi historia.

Yo, Alan Quatermain, natural de Durban, en Natal, juro y digo... (así comenzó mi declaración ante el magistrado con motivo de la triste muerte de Khiva y Ventvögel). Vamos: ésta no es manera de comenzar un libro, y, por otra parte, se me olvidaba decir que yo nací caballero, aunque no he sido nunca más que un pobre negociante y cazador toda mi vida. No sé si he conservado los principios que por mi cuna me inculcaron desde la infancia; pero siempre procuré atenerme á ellos. He matado muchos hombres, pero jamás á traición; y nunca manché mis manos en sangre inocente, sino en defensa propia. El Todopoderoso nos dió nuestras vidas para que las preserváramos, según yo creo; y yo he obrado siempre bajo este principio en la confianza de que no se me hará un cargo para ello cuando suene mi última hora en el reloj de la eternidad. En este mundo es preciso aceptar las situaciones tales como se presentan; y por desgracia, y aunque soy hombre de carácter tímido, he debido tomar parte algunas veces en escenas de matanzas. Nunca atenté contra la propiedad de los demás: sólo una vez engañé á un kafir sustrayéndole una cabeza de ganado; pero fué en represalias de una jugarreta que me hizo, la cual no pude olvidar nunca. Pero volvamos á mi historia.

Hará unos diez y ocho meses que conocí por primera vez á sir Enrique Curtis y al capitán Good, y voy á decir cómo. Había ido yo á cazar elefantes más allá de Bamangwato, y en aquella expedición tuve muy mala suerte: todo me salió al revés, y, para colmo de desgracia, atacóme una fiebre maligna. Apenas me restablecí lo suficiente, dirigíme á los campos de Diamante, vendí el marfil que llevaba, con más la carreta y los bueyes; despedí á mis auxiliares, y tomé el coche correo que presta servicio hasta el Cabo. Después de estar una semana en Cape-Town, como el hospedaje me costaba muy caro y había visto cuanto se puede ver allí, incluso el Jardín Botánico, muy beneficioso para el país, y el nuevo palacio del Parlamento, resolví volver á Natal en el *Dunkeld*, anclado entonces en aquellas aguas, hasta que llegara de Inglaterra el *Edinburgh Castle*. Tomé mi pasaje, embarquéme desde luego, y poco después levábamos anclas.

Entre los pasajeros ví dos que excitaron mi curiosidad. Uno de ellos, hombre de treinta años, poco más ó menos, me llamó particularmente la atención por la anchura de su pecho y sus largos brazos. Tenía el pelo amarillento, espesa barba del mismo color, y ojos grises algo hundidos; pero en el conjunto distinguíase por su apostura y noble aspecto. Yo lo comparé con el tipo de los antiguos daneses; no porque haya conocido muchos de éstos, pues sólo me acuerdo de un individuo de esa nación que me estafó diez libras, sino porque una vez ví

un cuadro en que se representaban unos daneses que me parecieron zulús blancos. Tenían el cabello largo y estaban sentados al rededor de una mesa, bebiendo en vasos de cuerno. Al mirar al desconocido pensé que, si se hubiera puesto una cota de malla, armándose de un hacha de guerra, y si hubiese tenido el cabello largo, habría sido el mejor modelo para la pintura de que acabo de hablar. Para que se vea hasta qué punto se revela la sangre, citaré, como un hecho curioso, que, según supe después, sir Enrique Curtis, pues así se llamaba el pasajero de que hablo, era de origen danés (1). Este hombre me recordó también mucho otra persona, mas por de pronto no puedo recordar quién.

El otro pasajero que hablaba con sir Enrique era de baja estatura, fornido y de tez curtida por el sol. Sospeché, sin saber por qué, que era un oficial de marina; pero, á decir verdad, todos ellos se distinguen por un sello particular, é por lo menos así he creído observarlo en mis diversas expediciones en compañía de marinos á los cuales considero como los hombres más leales y pundonorosos, aunque su lenguaje peca muchas veces de profano.

El oficial de marina es, en general, todo un caballero, aunque ya se comprenderá que puede haber alguna excepción. Yo creo que las brisas del inmenso mar y los vientos que agitan las olas purifican los corazones de esos hombres, arrancando de su espíritu las malas pasiones y convirtiéndolo en lo que el hombre debería ser siempre.

Volviendo á mi historia, diré que el pasajero resultó ser, en efecto, un oficial de la marina real británica, teniente, de treinta y un años, que después de diez y siete de servicio recibió su retiro de S. M. con el grado de comandante, bajo el pretexto de que no podía ser ascendido. Esto es lo que pueden esperar los que sirven á la reina: después de exponer su vida y alcanzar, al fin, una posición, verse obligados á renunciar su carrera. Supongo que esto no les importa; pero, en cuanto á mí, prefiero ganar el pan como cazador: con este oficio no abunda el dinero, pero, en cambio, no se han de soportar puntapiés.

El pasajero de quien hablo ahora era Good, el capitán Juan Good. En toda su persona notábase el mayor aseo. Sin duda, se había afeitado poco antes, y llevaba en el ojo un monóculo que parecía incrustado allí, pues no tenía cinta ni cordón alguno, y el capitán no se lo quitaba nunca sino para limpiarlo. Al principio pensé que dormía con él, mas luego supe que no. Al acostarse guardábalo en un bolsillo del pantalón, juntamente con una magnífica dentadura postiza, cuyo aspecto sólo me hizo pecar á menudo contra el décimo mandamiento, porque la mía no era de las mejores. Pero no anticipemos.

Poco después de estar á bordo cerró la noche, y con ella empezó á aborrascar el tiempo, comenzando á soplar de tierra una brisa penetrante, mientras que en el mar se extendía poco á poco una niebla helada que ahuyentó muy pronto de cubierta á todos los pasajeros. El *Dunkeld*, barco mal construído, avanzaba pesadamente; pero era imposible andar de un lado á otro, por lo cual permanecí cerca de las máquinas para disfrutar del calor. Allí me entretuve en observar el péndulo, colocado enfrente de mí y que oscilaba lentamente, marcando el ángulo que tocaba en cada balance.

—Ese péndulo está mal nivelado,—gritó de improviso una voz á mi espalda.

Al volver la cabeza ví al oficial de marina que me había llamado antes la atención.

—Y ¿por qué lo cree V. así?—pregunté.

—No es que lo crea, sino que lo veo,—repuso el oficial.—Si el buque hubiera efectuado la marcha de la manera que ese instrumento indica, ya no existiría; pero en estos barcos mercantes todo se lleva con la mayor confusión.

Apenas acababa de hablar el marino, sonó la campana anunciando la hora de comer, lo cual no sentí, porque es cosa dura á un naviero mercante tener que oír largo tiempo á un oficial de la armada cuando expresa su ingenua opinión en tales materias.

El capitán Good y yo bajamos á comer juntos. Sir Enrique Curtis estaba ya sentado á la mesa, y el oficial fué á colocarse á su lado, delante de mí. Muy pronto se empeñó la conversación, y contesté lo mejor que pude á las muchas preguntas que me dirigieron. Después de tocar varios asuntos tratóse de los elefantes.

—¡Ah!—exclamó un individuo que estaba á mi lado, señalándome con un ademán.—Aquí tenéis el hombre que más entiende de eso. El cazador Quatermain puede hablaros de elefantes mejor que nadie.

Sir Enrique, que escuchaba en silencio la conversación, se agitó en su silla.

—Dispéñeme V., caballero,—dijo inclinándose sobre la mesa y hablando en voz baja y profunda;—¿se llama V. Allan Quatermain?

Respondíle que así era.

No dijo más por de pronto, mas parecióme que murmuraba la palabra *afortunado*.

Terminada la comida, y cuando íbamos á salir de la cámara, se me acercó de nuevo y me preguntó si tendría inconveniente en pasar á su camarote para fumar una pipa. Acepté al punto la invitación y condújome al tal lugar, que por cierto era muy comfortable. Había allí un mullido sofá y una mesita de noche. Sir Enrique pidió al camarero una botella de *whisky*, y después el oficial y yo nos sentamos para echar una copita y fumar las pipas.

—Sr. Quatermain,—dijo sir Enrique Curtis cuando los tres estuvimos solos y se hubo encendido la luz;—hará dos años, por esta misma época, poco más ó menos, creo estabais en un punto llamado Bamangwato, al norte del Transvaal: ¿no es así?

—Precisamente,—contesté, algo sorprendido de que aquel caballero conociera mis movi-

(1) Las ideas de mister Quatermain sobre los antiguos daneses parecen algo confusas, pues siempre hemos entendido que esos naturales tenían el cabello de color oscuro. Probablemente, el autor estaba pensando en los sajones.

mientos, poco interesantes para nadie, á mi modo de ver.

—Sin duda, ¿estaría V. allí negociando?— añadió el capitán con voz breve.

—Así es: conducía un carro colmado de géneros, acampé en la factoría y no me moví hasta que lo hube vendido todo.

Sir Enrique, que estaba sentado delante de mí con los brazos apoyados sobre la mesita, *fixó en los míos sus grandes ojos grises con una mirada penetrante que expresaba una curiosa ansiedad.*

—¿Encontró V. allí,—me preguntó,—á un hombre llamado Neville?

—¡Oh! Sí. Durante quince días siguió el mismo camino que yo, con el objeto de que sus bueyes descansaran antes de penetrar en el interior. Pocos meses después recibí yo carta de un abogado, en la cual se me preguntaba qué era de Neville, y contesté á ella como mejor pude.

—Sí,—repuso sir Enrique;—decía V. que el sujeto llamado Neville había salido de Baman-gwato, á principios de mayo, con una carreta y su conductor y un cazador kafir que tenía por nombre Jim, anunciando su intención de llegar hasta Inyati, la última factoría del país de los Matabelos, donde pensaba vender su carreta para continuar el viaje á pie. También decía V. que realizó la venta, pues al cabo de seis meses vió el vehículo en posesión de un traficante portugués, quien dijo que lo había comprado en Inyati á un blanco cuyo nombre no recordaba y el cual iba á cazar al interior en compañía de un criado indígena.

—Así es.

—Sr. Quatermain,—continuó mi interlocutor despnes de una pausa;—supongo que no conoce V. las razones que inducían á Neville á dirigirse al Norte, ni cuál era el objeto de su viaje.

—Oí decir alguna cosa,—contesté, sin añadir más porque el asunto no me interesaba.

Sir Enrique y el capitán Good cambiaron una mirada, y el segundo hizo un movimiento de cabeza.

—Sr. Quatermain,—dijo el primero,—voy á referir á V. una historia para pedirle consejo y tal vez auxilio. El agente que me envió la carta de V. me dijo que no debía dudar de la veracidad del contenido, porque era de una persona bien conocida y de todos respetada en Natal, particularmente por su discreción.

Dí las gracias con un ademán, y apuré un trago de *whisky* para ocultar mi confusión, porque soy hombre modesto.

—El Sr. Neville es mi hermano,—añadió sir Enrique.

—¡Ah!—exclamé haciendo un movimiento de sorpresa, pues acababa de recordar quién era la persona que el aspecto de mi interlocutor me había hecho venir á las mientes: Neville era hombre de baja estatura y de barba negra, pero tenía los ojos del mismo color gris, y las facciones eran también parecidas.

—Era,—continuó sir Enrique,—mi único hermano, más joven que yo, y hasta hace cin-

co años no creo que nunca hubiésemos estado más de un mes separados uno de otro; pero en esa fecha ocurrió una desgracia como las que algunas veces suceden en las familias. Mi hermano y yo tuvimos un fuerte altercado, y, poseído de cólera, condújeme injustamente con él.

Al oír esto el capitán Good, movió la cabeza vigorosamente á un lado y otro. El buque, á la sazón, dió tal balance que un espejo colgado de la pared se puso sobre nosotros, mientras yo, con las manos en los bolsillos, esperaba silencioso el resto de la historia.

—No dudo que ya sabrá V.,—continuó sir Enrique,—que cuando un hombre muere *ab intestato* y no tiene más bienes que tierras, todo pasa á su hijo mayor. Pues bien: precisamente cuando estábamos reñidos, nuestro padre murió sin testar, pues cuando quiso otorgar sus últimas voluntades ya era demasiado tarde. El resultado fué que mi hermano, á quien no se había dedicado á profesión ni carrera alguna, quedó sin un penique. Natural era que yo le atendiese; pero tal era mi rencor que no le ofrecí lo más mínimo, con vergüenza lo confieso. Ciertamente que yo no le hubiese negado nada de cuanto le hubiese pedido; pero quería que él fuese el primero en dar un paso para la reconciliación. Se mantuvo firme y no me dijo nada. Siento mucho molestar la atención de V., Sr. Quatermain; pero debo hacerlo así para ponerlo todo en claro: ¿no es verdad, Good?

—Justo, muy justo,—contestó el capitán.—Por lo demás, estoy seguro de que el Sr. Quatermain no hará uso nunca de esa historia.

—Todos me conocen por mi discreción,—contesté,—y puedo preciarirme de ello.

—Muy bien,—continuó sir Enrique.—Sabrá V. que mi hermano tenía algunos centenares de libras de su pertenencia, y sin decirme una palabra recogió esta escasa cantidad, adoptó el nombre de Neville y marchó al Africa del Sur, con la loca esperanza de hacer una fortuna, todo lo cual supe por los datos adquiridos después. Transcurrieron unos tres años, y ninguna noticia tuve de mi hermano, aunque le había escrito varias veces, sin duda porque las cartas no llegaban á su poder. Sin embargo, el tiempo pasaba y mi inquietud iba en aumento. Los lazos de la sangre, amigo Quatermain, son muy poderosos.

—Es cierto,—repuse, pensando en mi Enriquito.

—Llegó, por fin, un día,—continuó diciendo,—en que hubiera dado la mitad de mi fortuna por saber que mi hermano Jorge, único allegado que me quedaba, estaba sano y salvo, y que volvería á verme.

—Sí, pero no le visteis,—dijo el capitán Good, mirando á su amigo en la cara.

—A medida que el tiempo transcurría, acrecentábase de tal modo mi ansiedad por saber si mi hermano estaba vivo ó muerto, que comencé á practicar las más activas diligencias, y la carta de V. fué uno de los resultados que obtuve. Su contenido no dejaba de ser satisfactorio, porque demostraba que Jorge existía

poco antes; pero no me bastaba eso, y al fin resolví buscarle yo mismo, habiéndose brindado el capitán Good, con la mayor abnegación, á ser mi compañero de viaje.

—Sí,—dijo el capitán;—nada tengo que hacer desde que los lores del Almirantazgo me despidieron para que me muriese de hambre con media paga. Y ahora,—añadió el oficial,—espero que nos dirá V. lo que sepa ó haya oído sobre el caballero llamado Neville.

CAPITULO II

LA LEYENDA DE LAS MINAS DE SALOMÓN

—¿Qué oyó V. decir sobre el viaje de mi hermano á Bamangwato?—preguntó sir Enrique, mientras yo rellenaba pausadamente mi pipa antes de contestar al capitán Good.

—Oí decir que iba á las Minas de Salomón, y esto es cosa que nunca he dicho á nadie hasta hoy!

—¡Las Minas de Salomón!—exclamaron á la vez mis dos oyentes.—¿Dónde están?

—Lo ignoro: solamente han llegado á mi noticia algunas vagas indicaciones sobre el punto donde se supone que están. Una vez ví las cumbres de las montañas que las rodean, según me dijeron; pero entre ellas y yo mediaba un trecho de 150 millas de desierto, y sólo sé de un hombre blanco que se haya atrevido á franquearlo. Tal vez lo mejor que podría hacer es referir la leyenda de las Minas de Salomón tal como yo la sé; pero les exijo á Vds. palabra de no revelar cuanto diga sobre este particular sin mi permiso. Tengo mis razones para exigirlo así. ¿Aceptan Vds.?

Sir Enrique movió la cabeza en sentido afirmativo, y el capitán replicó:

—Ciertamente, ciertamente.

—Está bien,—continuó;—ya sabrán Vds. que los cazadores de elefantes son hombres rudos y valerosos, que no cuidan mucho de enterarse del género de vida ni de las costumbres de los kafires; pero de vez en cuando encuéntrase alguno que se toma la molestia de coleccionar tradiciones de los indígenas para escribir algún articulo sobre la historia de ese oscuro país.

»Un hombre de éstos fué quien primero me refirió la leyenda de las Minas de Salomón, hace ya cerca de treinta años, precisamente cuando yo emprendí mi primera cacería de elefantes en el país de los Matabelos. Llamábase Evans, y ahora, ¡pobre amigo mío!, se halla enterrado cerca de las cascadas de Zambezec, pues á poco de conocerlo yo fué muerto por un búfalo herido. Recuerdo que cierta noche hablaba yo con Evans sobre varias maravillosas galerías que había visto mientras cazaba koodúes y alces en el país que forma el actual distrito de Lidenburg, en el Transvaal. —Conozco aquella parte hace años,—decíale yo,—y sé que algunos han ido en busca de oro. Vese allí una especie de cámara grande como un coche de ferrocarril, abierta en la roca viva, la cual con-

duce á la boca de una galería, y en el interior de ésta hay unos montones de cuarzo aurífero apilados allí como para machacarlos, lo cual indica que los trabajadores debieron abandonar aquel sitio apresuradamente. A unos veinte pasos de la galería se ve una cruz de mampostería, por cierto muy bien construida.

»—Pues yo,—exclamó Evans,—os hablaré de algo más curioso que eso.—Y refirióme como había visto, muy en lontananza, en el interior, una ciudad ruinosísima que, en su concepto, debía ser la Ofir de la *Biblia*, como lo indicaron también después otros hombres más instruidos que el pobre Evans. Yo escuchaba con mucha atención, porque entonces era joven y deseaba saber, é impresionóme mucho aquella historia relativa á una antigua civilización en la que se hablaba de los aventureros judíos y fenicios que solían encontrar tesoros en aquel país sumido hace tanto tiempo en la mayor barbarie.

»—Chiquillo,—me dijo Evans, de pronto;—¿no has oído hablar nunca de las montañas de Solimán, situadas al noroeste del país de Mashukulumbwe?

»Contestéle negativamente, y Evans me dijo entonces que allí era donde Salomón tenía verdaderamente sus minas, todas ellas de diamantes.

»—¿Cómo sabe V. eso?—le pregunté.

»—Muy sencillo,—contestó.—Solimán no es más que una corrupción de Salomón, y, además, un viejo isanusi, teñido por brujo en el país de Manica, me refirió todo eso. Díjome que el pueblo que habita entre esas montañas era una rama de los zulús, que hablaba este dialecto; pero distinguíase por su civilización más adelantada. Entre ellos había hombres que conocían algunas de las artes de los blancos y que poseían el secreto de la existencia de unas maravillosas minas de *pedras brillantes*.

»No pude menos de reirme al escuchar aquella historia, por más que me interesaba, pues aun no se habían descubierto entonces los yacimientos de diamantes. Después el pobre Evans murió y transcurrieron veinte años sin que yo pensara en el asunto; pero al cabo de este tiempo, que por cierto no es poco, pues un cazador de elefantes no suele vivir tanto, oí decir algo más terminante sobre las montañas de Salomón y el país que se extiende más allá. Yo estaba entonces cerca de Manica, en un punto llamado el Kraal de Sitanda, donde, por cierto, apenas se encuentra qué comer, porque la caza escasea. Allí me dió la fiebre, y estaba bastante enfermo cuando llegó cierto día un viajero portugués con un singular compañero: un mulato. Comprendí que era de Goa, y me pareció muy diferente de los que yo había conocido en general hasta entonces, gente inhumana que comerciaba con la agonía y la carne humana en la trata de esclavos. Era alto y delgado, con grandes ojos negros y un espejo bigote gris. Al parecer, no le faltaba alguna instrucción. Hablamos un rato, pues él conocía el inglés, y yo un poco el portugués. Díjome que se llamaba José Silvestre y que habi-

taba entonces cerca de la bahía de Goa. Al día siguiente se marchó con el mulatito que le acompañaba, y recuerdo muy bien sus palabras al despedirse. —Id con Dios,—le dije. A lo cual respondió él:—*Adios senhor*. Si alguna vez volvemos á encontrarnos, seré yo el hombre más rico del mundo, y me acordaré de V.— Me sonreí al oír esto, y pude ver que tomaba la dirección al gran desierto que se extendía al oeste. Pensé que estaría loco, y preguntéme qué iría á buscar allí.

»Al cabo de una semana experimenté un gran alivio en mi enfermedad. Cierta tarde hallábame sentado en el suelo, junto á mi tienda, royendo el alón de una mísera gallina que un indígena me había vendido á cambio de un pedazo de paño, y contemplaba silencioso la puesta del sol en el desierto, cuando de pronto ví una figura de europeo, á juzgar por el traje, que avanzaba evidentemente con dificultad.

»Aquel hombre, pues no podía ser otra cosa, recorrió un buen trecho á gatas, púsose luego en pie, y volvió á caer de rodillas; lo cual me hizo suponer que sería algún caminante que necesitaba auxilio. Envié á uno de mis compañeros para que prestara socorro al infeliz, y muy pronto le condujo á mi presencia. ¿Quién diríais que era?»

—José Silvestre, por supuesto,—dijo el capitán Good.

—Sí: José Silvestre, ó más bien su esqueleto con un poco de piel. Tenía el rostro amarillento por efecto de la fiebre biliosa que le devoraba; sus negros ojos parecían á punto de saltar de la cabeza, porque ya no tenía carnes; todo su cabello había blanqueado, y reconocíanse los huesos á través de la epidermis.

»—¡Agua, por el nombre de Cristo!—murmuró.

»Observé que tenía los labios rajados y que su lengua, que salía entre los mismos, estaba hinchada y negruzca.

»Díle agua mezclada con un poco de leche, y apuróla de un trago; pero no quise darle más. Después le atacó de nuevo la fiebre y comenzó á delirar, hablando de las montañas de Salomón, de los diamantes y del desierto. Entonces le conduje al interior de mi tienda é hice por él cuanto pude, desgraciadamente bien poco, pues hartó comprendí cuál sería su fin. A eso de las once se calmó algún tanto y pudo conciliar el sueño un rato, por lo cual me retiré á descansar también. Al amanecer me desperté y ví al infeliz sentado, semejante á un fantasma y fija la mirada en el desierto. Muy pronto el primer rayo de sol iluminó la vasta llanura que se extendía ante nosotros, reflejándose, al fin, en la cresta de una de las más altas montañas de Solimán situada á más de cien millas de distancia.

»—¡Allí es!—exclamó el portugués, moribundo, extendiendo el brazo.—¡Pero jamás llegaré allí, jamás! ; Nadie llegará!

»Siguióse una pausa, y el infeliz, tomando de pronto, al parecer, una resolución, volvióse hacia mí y me dijo:

»—Amigo: ¿estáis ahí? Mis ojos se oscurecen y no os veo.

»—Sí,—contesté;—acostaos un poco y procurad descansar.

»—¡Oh!—murmuró.—Pronto descansaré por toda una eternidad. Ahora escuchadme, porque me muero. Fuisteis bueno para mí. Quiero daros el papel. Quizá os sea posible llegar si salís con vida del desierto, que es el que nos ha matado á mi pobre criado y á mí.

»Así diciendo, sacó del pecho un objeto que me pareció una petaca como las que usan los boers, hecha de piel de antilope. Estaba atada con una tira de cuero; y como el moribundo no podía deshacer el nudo, entregómela para que la abriera, diciéndome que la desatara.

»Hícelo así, y saqué un pedazo de trapo amarillento en el que se veían escritas toscamente algunas palabras. Dentro del trapo encontré un papel.

»El infeliz estaba muy débil, pero hizo un esfuerzo para hablar.

»—Ese papel que está en el trapo,—díjome con voz desfallecida,—lo contiene todo. Yo he necesitado algunos años para leerlo. Escuchadme bien. Un antecesor mío, emigrado político, natural de Lisboa y uno de los primeros portugueses que desembarcaron en estos países, escribió eso cuando estaba moribundo en aquellas montañas, que ningún pie humano holló antes ni después. Llamábase José da Silvestra y vivió hace trescientos años. Su esclavo, que le esperaba cerca de las montañas, encontróle muerto y llevó el escrito á la casa de su pobre amo en Goa. Se ha conservado en la familia desde entonces, pero nadie se cuidó de leerlo hasta que yo lo hice, y esto me cuesta la vida; pero otro puede tener más suerte que yo y llegar á ser el hombre más rico del mundo; sí, el más rico. No deis eso á nadie: acometed la empresa solo si os atrevéis á ello.

»Dicho esto, el moribundo comenzó á delirar de nuevo, y una hora después había exhalado el último suspiro.

»¡Dios! la haya en su gloria! El infeliz murió tranquilamente, y yo le enterré á bastante profundidad, colocando grandes piedras sobre su tumba á fin de que su cuerpo no fuera nunca pasto de los chacales.»

—¿Y el documento?—preguntó sir Enrique con el mayor interés.

—Sí,—añadió el capitán.—¿Dónde está el documento?

—Si Vds. quieren,—contesté,—les daré á conocer su contenido. Yo no se lo he enseñado nunca á nadie sino á mi querida esposa, muerta hace tiempo, que lo calificó de fábula; y á un negociante portugués muy borrachín, que tradujo el texto sin acordarse ni de una sola palabra á la mañana siguiente. El trapo está en mi casa de Durban, juntamente con la traducción del pobre D. José; pero tengo la versión inglesa en mi cartera, y un *facsimile* del plano, si puedo darle este nombre. Héla aquí:

«Yo, José da Silvestra, que estoy muriendo de hambre en la pequeña cueva donde no hay

nieve alguna por el lado norte del pico situado más al sur de las dos montañas á que he dado el nombre *Tetas de Sheba*, escribo esto en el año 1590 con la punta de un hueso, sirviéndome de papel un pedazo de mi camisa, y de tinta mi propia sangre. Si mi esclavo me encuentra y lleva esto á casa de Lorenzo Márquez, que recomiende á mi amigo... (nombre ininteligible) ponga el hecho en conocimiento del rey á fin de que envíe un ejército; pues si éste puede salir con vida del desierto y de las montañas venciendo á los intrépidos kukuanas y sus diabólicas artes, para lo cual se necesitarán muchos frailes, mi soberano será el más rico de la tierra desde los tiempos de Salomón. Con mis propios ojos he visto los innumerables diamantes almacenados en la cámara del tesoro de aquel antiguo rey, detrás de la muerte blanca. Mas, por la traición de Gagoal, la hechicera infernal, no podré llevarme nada, ni tal vez salvar mi vida. Consulte mi plano aquel que venga, y que trepe hasta la nieve de la Teta izquierda de Sheba hasta llegar al pezón, en cuyo lado norte está la gran carretera de Salomón, por él construída, desde donde hay tres días de camino hasta el palacio del rey. Es preciso matar á Gagoal. Rogad por mi alma. Adiós.

»José da Silvestra.» (1)

Quando hube terminado mi lectura, mostrando una copia del plano trazado por la mano del portugués moribundo, con su sangre, siguióse una pausa producida por el asombro de mis oyentes.

—¡Diablo!—exclamó el capitán Good.—He dado la vuelta al mundo dos veces y recorrido casi todos los países; pero muera yo ahorcado si jamás ví ni leí cuento semejante.

—Verdaderamente es un cuento de viejas, Sr. Quatermain,—añadió sir Enrique.—Supongo que no se chancea V. con nosotros, aunque una broma siempre es permitida.

—Si lo cree V. así, sir Enrique,—repliqué con cierto enfado,—debo advertirle que no soy ninguno de esos imbéciles que parecen complacerse en contar mentiras al primero con

quien se topan, hablando de aventuras extraordinarias que jamás ocurrieron. Y, puesto que dudan Vds. de mí, hemos concluído.

Al decir esto, levantéme para retirarme; pero sir Enrique me detuvo, apoyando su manaza en mi hombro.

—Siéntese V., Sr. Quatermain, y dispense mis palabras. Comprendo ahora que no se trata de una broma. Pero la historia es tan extraordinaria, que me ha parecido increíble.

—Pues ya verá V. el plano y el escrito originales cuando lleguemos á Durban,—contesté dulcificando mi acento, aunque me mortificaba que se dudase de mi buena fe.—Y ahora,—añadí,—le hablaré de su hermano. Yo conocía el hombre que le acompañaba, á Jim, un bechuana, buen cazador y bastante listo para ser indígena. La mañana en que el Sr. Neville debía marchar, encontré á Jim junto á mi carreta mascando una hoja de tabaco.

»—Jim,—le dije;—¿hacia dónde os dirigiráis ahora con vuestro amo? ¿Se trata de elefantes?

»—No, Baas (*maese*),—contestó;—vamos en busca de algo mejor que marfil.

»—Y ¿qué puede ser eso?—repuso con curiosidad.—¿Sin duda oro?

»—No, Baas: aun vale más que el oro lo que pensamos adquirir.

»No quise preguntar más por no pecar de indiscreto; pero aguijoneábame la curiosidad.

»—Baas,—dijo Jim.

»No le contesté.

»—Baas,—repitió el joven.

»—¿Qué hay, muchacho?—dije, al fin.

»—Baas, quería deciros que vamos en busca de diamantes.

»—¡Diamantes!—exclamé.—Pues, entonces, lleváis mal camino, pues deberíais dirigiros hacia los Campos.

»—Baas,—repuso Jim;—¿habéis oído hablar alguna vez de los montes de Solimán? (montañas de Salomón.)

»—Sí.

»—¿Y de los diamantes que allí hay?

»—Algo me han referido, una historia fabulosa, Jim.

»—Pues sabed que no es fabulosa, Baas. Yo he conocido á una mujer que llegó de allí y fué á Natal con su niño, pero ha muerto.

»—Tu amo,—contesté,—servirá de pasto á los *aasvogels* (buitres) si se trata de llegar al país de Solimán, y lo mismo te sucederá á tí si es que esas aves se dignan picotear también tu carroña.

»—Tal vez suceda así,—replicó sonriendo;—pero el hombre debe morir un día ú otro, y á mí no me desagrade visitar un país nuevo, porque aquí escasean ya los elefantes.

»—¡Ah, muchacho!—exclamé.—Diríase que no temes al viejo pálido (la muerte); pero, si clava las uñas en tu pellejo bronceado, ya verás cómo cantas.

»Media hora después ví que la carreta de Neville se ponía en movimiento, mientras que Jim se dirigía hacia á mí corriendo.

»—Baas,—dijo;—adiós. No he querido mar-

(1) «Eu, Jose da Silvestra, que estou morrendo de fame na pequena cova onde nao ha neve a lado norte do pico mais ao sul das duas montanhas que chamel seio de Sheba; escrevo isto no anno 1590; escrevo isto con um pedaço doosso n'um farrapo de minha roupa e com sangue meu por tinta. Se o meu escravo der com isto quando venha ao levar para Lourenzo Marquez, que o meu amigo (—) live a cousa ao conhecimento d'el rei para que possa mandar um exercito que se desfiler pelo deserto e pelas montanhas, e mesmo sobrepujar as bravos kukuanas e suas artes diabolicas, pelo que se deviam trazer muitos padres fara o Rei mais rico depois de Salomao. Com meus proprios olhos ve os diamantes sem conto guardados nas camaras de thesouro de Salomao a traz da morte branca, mas pela traição de Gagoal a feiliceira achadora, nada poderia eyar, e apenas a minha vida. Quem vier siga o mappa e trepe pela neve de Sheba peito a esquerda até chegar ao bico, do lado norte do qual está a grande estrada de Salomao por elle feita, donde ha tres dias de jornada até ao Palacio do Rei. Mate Gagoal. Reze por minha alma. Adeos.

char sin despedirme, porque tal vez tengáis razón y no volvamos á vernos más.

»—Pero dime, Jim: ¿se propone verdaderamente tu amo ir á los montes de Solimán?—pregunté al joven.—Quizás me dices una mentira, y...

»—No,—interrumpió Jim;—allá vamos. Mi amo me ha dicho que pensaba hacer su fortuna de una manera ú otra, y para esto no hay como buscar diamantes.

»—Pues mira, Jim,—repuse;—te voy á dar una notita para tu amo. Prométeme no entregársela hasta que lleguéis á Inyati (este punto distaba unas cien millas.)

»—Así lo haré,—contestó.

»Busqué un pedazo de papel y escribí: «Aquel

pende de mí, y no puedo arriesgar de ese modo mi vida.

Sir Enrique y el capitán Good cambiaron una mirada que expresaba lo contrariados que estaban.

—Sr. Quatermain,—dijo el primero;—soy rico y debo llevar á cabo la empresa. Usted podrá fijar en la suma que guste la remuneración por sus servicios, y se le pagará antes de emprender el viaje. Además de esto, no marcharemos sin arreglarlo todo para el caso de que nos sucediese algún percance y á fin de que el hijo de V. no carezca de nada. Por esta proposición comprenderá cuán necesaria juzgo su presencia. Por otra parte, si llegamos al término del viaje y se encuentran diamantes,



—Sir Enrique,—contesté;—ésa es la oferta más generosa que jamás se me hizo...

»que venga... que trepe hasta la nieve de la Teta iz izquierda de Sheba, hasta llegar al puzón, en cuyo lado norte está la gran carretera de Salomón.»

»—Y ahora, Jim,—dije al joven,—cuando des á tu amo esta nota, recomiéndale mucho que siga el consejo al pie de la letra. No quiero que se la entregues ahora, porque tu amo volvería para hacerme preguntas á las cuales no debo contestar. ¡Vamos! Márchate ya, holgazán, porque ya tu señor está lejos con la carreta. Jim tomó la nota, y alejóse corriendo... Esto es, sir Enrique, todo cuanto sé del hermano de V.; pero temo mucho...»

—Sr. Quatermain,—interrumpió mi interlocutor;—voy á buscar á Jorge, aunque sea preciso ir á las mismas montañas de Salomón. Necesito encontrarle ó averiguar si ha muerto. ¿Quiere V. acompañarme?

Creo haber dicho que soy hombre prudente y tímido, y, por lo tanto, no era de extrañar que no me diera mucho gusto la proposición. Parecióme que emprender semejante viaje equivalía á ir en busca de una muerte segura; y, dejando á un lado otras consideraciones, yo tenía un hijo á mi cargo y no me convenía morir tan pronto.

—No, gracias, sir Enrique,—contesté;—páreceme que me tendrá más cuenta no ir. Ya soy demasiado viejo para ir á cazar patos de esta especie, y los tres acabaríamos como mi pobre amigo Silvestre. Tengo un hijo que de-

para V. serán y para mi amigo, pues á mí no me hacen falta. Esto podrá ser ilusorio, pero lo mismo diré respecto al marfil que tal vez se adquiriera. Fije V. sus condiciones, Sr. Quatermain, teniendo en cuenta que yo pagaré todos los gastos.

—Sir Enrique,—contesté;—ésa es la oferta más generosa que jamás se me hizo y que un pobre cazador y negociante como yo debe tomar en consideración; pero también la empresa es una de las más arriesgadas que en mi vida acometí, y necesito algún tiempo para pensar en el asunto. Le daré á V. mi contestación antes de llegar á Durban.

—Muy bien,—contestó sir Enrique;—reflexiónelo V.

Con esto les dí las buenas noches para retirarme á descansar, y aquella noche soñé con el pobre Silvestre y sus diamantes.

CAPITULO III

UMBOPA ENTRA Á NUESTRO SERVICIO

Según el barco y el estado del tiempo, necesitábase cuatro ó cinco días para trasladarse desde el Cabo á Durban; y si el desembarque es dificultoso en el punto de escala llamado Londres Oriental, donde aun no se ha construído el magnífico muelle de que tanto se habla, piérdense veinticuatro horas más, empleadas

en trasladar con los botes el cargamento. Por fortuna, en aquella ocasión no fué preciso esperar, porque se presentó una excelente coyuntura, y ya nos aguardaban muchas embarcaciones para recoger los fardos y géneros que el buque conducía; operación que se efectuó con la mayor actividad posible, pudiendo nosotros continuar el viaje con poca pérdida de tiempo.

Mientras avanzábamos hacia Natal, iba yo pensando en la oferta de sir Enrique; pero hacía dos ó tres días que no hablaba con él sobre el asunto, aunque le referí varios episodios de mis cacerías, todos ellos verdaderos.

Por fin, en una hermosa noche de enero navegábamos con buen andar á lo largo de la costa de Natal, esperando llegar á Punta Durban al ponerse el sol. Todo el paisaje que desde Londres Oriental en aquella costa se ofrece á la vista del viajero, es delicioso: las numerosas colinas arenosas de color rojizo, los campos cubiertos de vívida verdura, sembrados de kraals kafres, y orillados por un río de blanca superficie que se estrella en pilares de espuma contra las grandes rocas, constituyen un conjunto magnífico. Sobre todo, cuando se llega á Durban, contéplase una vegetación sumamente rica allí donde los torrentes formados por las lluvias en las laderas de las montañas al cabo de centenares de años, han formado ríos de impetuosa corriente; donde se ven frondosas selvas vírgenes cuyo verde contrasta con el de las plantaciones de cañas de azúcar y de trecho en trecho alguna casita blanca de risueño aspecto mirando sobre el plácido mar; todo lo cual comunica á la escena un marcado aspecto de grandiosa sencillez, como pudiera ser el Jardín del Edén antes de pecar nuestra madre Eva.

Nos habíamos equivocado un tanto en nuestros cálculos, pues el sol se había ocultado hacía ya algún tiempo antes de que ancláramos en la Punta, oyendo el cañonazo que anunciaba á los leales habitantes la llegada del correo inglés. Era ya demasiado tarde para que se pensase en atravesar la barra, por lo cual creímos más comfortable el bajar á comer en nuestra cámara, después de haber visto como se llevaban la correspondencia en el bote salvavidas.

Cuando subimos á cubierta, la luna brilló con todo su esplendor, iluminando el mar y la costa tan claramente que la luz del faro palidecía. La noche era verdaderamente hermosa, una de esas que sólo vemos en el Africa del Sur, y el silencio hubiera sido absoluto á no interrumpirle el canto de los marineros de un bergantín anclado cerca de nosotros y los ladidos de un *bulldog* que pertenecía á uno de los pasajeros.

Sir Enrique, el capitán Good y yo fuimos á sentarnos junto á la rueda del timón, y durante un rato no se habló palabra.

—Vamos, amigo Quatermain,—dijo, al fin, el Sr. Curtis,—¿ha pensado V. en mis proposiciones?

—Sí: sepamos lo que ha resuelto V.,—añadió

el capitán.—Espero que no nos negará V. el placer de acompañarnos hasta las minas de Salomón ó el punto á que se haya dirigido el sujeto que V. conoció con el nombre de Neville.

Levantéme y sacudí el cubo de la pipa para limpiarla, tratando así de ganar un momento antes de contestar, pues aun no estaba decidido. Aquel instante, sin embargo, y antes de que la ceniza del tabaco cayese al mar, bastó para decidirme. Con frecuencia sucede así cuando se ha pensado mucho tiempo una cosa.

—Sí, *gentlemen*,—contesté volviendo á sentarme;—he resuelto acompañar á Vds., y, con su permiso, les diré por qué y con qué condiciones. Hablaré primero de éstas:

»1.^a Pagaré V. todos los gastos, y todo el marfil ó cualesquiera otros artículos que se adquirieran se repartirán entre el capitán Good y yo.

»2.^a Se me abonarán 500 libras por mis servicios en la expedición, entregándoseme la cantidad antes de ponernos en marcha. Yo me comprometo, por mi parte, á servir á V. fielmente hasta que juzgue oportuno renunciar á la empresa, ó se consiga el objeto, ó seamos víctimas de un desastre.

»3.^a Antes de marchar se extenderá una escritura por si acaso muero ó quedo inutilizado, estipulándose que pagará V. á mi hijo Enrique, estudiante de medicina en el Hospital de Guy, de Londres, la suma de 200 libras de renta por espacio de cinco años, al cabo de cuyo tiempo debe estar ya en disposición de ganar lo suficiente por sí mismo. Esto es lo que he pensado, y tal vez le parezca á V. más que suficiente.»

—No,—repuso sir Enrique;—acepto con gusto esas condiciones, porque estoy empeñado en llevar á cabo la empresa, y pagaré más por el auxilio de V. si fuese necesario, sobre todo teniendo en cuenta su peculiar experiencia.

—Está bien,—repuso.—Y ahora que ya conoce V. mis condiciones, le diré cuáles son los motivos que he tenido para resolverme á ir. En primer lugar, *gentlemen*, los he observado á Vds. estos últimos días, y si no lo juzgan impertinente les diré que me son simpáticos y que opino nos llevaremos bien. Esto es ya una ventaja cuando se trata de emprender un viaje tan largo como el que nos espera. Por lo que hace á la expedición en sí, debo decirles francamente que no creo probable que salgamos con vida, es decir, si intentamos cruzar las montañas de Salomón. ¿Cuál fué la muerte del pobre señor Da Silvestra, trescientos años hace? ¿Cuál la de su desgraciado sucesor hace veinte? Y ¿qué habrá sido del hermano de V.? No debemos dudarle: nuestro fin será el mismo.

Hice una pausa para observar el efecto de mis palabras: el capitán Good parecía algo inquieto; pero sir Enrique no cambió en lo más mínimo, limitándose á decir que era preciso jugar el todo por el todo.

—Tal vez extrañarán Vds.,—proseguí diciendo,—que, pensando de este modo, yo, que soy hombre tímido, me atreva á emprender se-

mejante viaje. Dos razones tengo para ello. En primer lugar, soy fatalista, y creo que mi tiempo está ya señalado, independientemente de mis actos, y que, si he de ir á las montañas de Salomón para morir allí, iré y me matarán. El Altísimo, sin duda, tiene señalado mi destino, y, por lo tanto, no debo inquietarme sobre este punto. En segundo lugar, soy pobre: durante cuarenta años he cazado y comerciado, pero nunca gané más de lo necesario para vivir. Ahora bien, caballeros: ignoro si sabréis que el término medio de la vida de un cazador de elefantes, desde que comienza á trabajar, varía de cuatro á cinco años; y bien veis que he sobrevivido á siete generaciones de mi clase, por lo cual debo creer que mi última hora no puede estar lejana. En tal caso, si me hubiera de suceder alguna cosa en el curso ordinario de los negocios, cuando mis deudas se hubieran pagado no quedaría nada para mi hijo Enrique, que necesita sostenerse hasta que sepa ganarlo; pero, aceptando yo el viaje, todo se arregla.

—Sr. Quatermain,—repuso el Sr. Curtis, que me había escuchado atentamente;—los motivos de V. para acometer la empresa que, en su concepto, terminará en un desastre, revelan suma desconfianza. Si tiene V. ó no razón, es cosa que el tiempo lo dirá; pero, de todos modos, debo decirle que llegaré hasta el fin de la aventura á toda costa. Sin embargo, si hemos de morir, espero que no será sin un poco de lucha. ¿No os parece, Good?

—Sí,—contestó el capitán;—los tres estamos acostumbrados á mirar cara á cara el peligro y á defender nuestras vidas á todo trance; de modo que sobre este punto nada tenemos que hablar.

Al día siguiente desembarcamos y conduje á mis dos futuros compañeros á la modesta vivienda que tengo sobre el Berea y á la que llamo *mi casa*. Sólo tiene tres habitaciones y la cocina; las paredes son de ladrillo, con techo de hierro galvanizado; pero hay un buen jardín, con algunos jóvenes mangles que con el tiempo pueden llegar á ser magníficos. De *este* jardín cuida un anciano cazador, antiguo compañero mío, llamado Jak, á quien un búfalo magulló de tal modo una pierna, fracturándosela, que no pudo emprender ninguna otra expedición.

Sir Enrique y el capitán Good durmieron en una tienda que mandé arreglar en la extremidad del jardín, pues no había suficiente sitio *dentro de la casa*. Allí no debían estar mal, en medio de los naranjos, cuyo suave perfume es de los más agradables, por más que fuese imposible sustraerse á la persecución de los mosquitos.

Abreviando, á fin de no cansar al lector antes de haber llegado á las montañas de Salomón, voy á continuar mi relato, dando cuenta de los preparativos que fué necesario hacer.

Como el viaje era ya cosa resuelta, comencé por obtener de sir Enrique la escritura señalando una pensión á mi hijo para el caso de ocurrir un accidente. Fué algo difícil hacerlo

por las vías legales, porque sir Enrique era extranjero y tenía sus bienes en Ultramar; pero, al fin, se arregló todo con auxilio de un abogado, á quien se hubieron de dar 20 libras esterlinas por la bagatela, precio escandaloso, á mi entender. Después recibí mi cheque de 500 libras, y, ya asegurados mis intereses por esta parte, compré un carro y dos bueyes, magníficos animales, por cuenta de sir Enrique.

Era un carro de 22 pies de largo, con ejes de hierro, y, aunque muy sólido, bastante ligero. Estaba cubierto por un toldo desde la mitad hasta la extremidad posterior, quedando la delantera libre para mayor comodidad. En el fondo había una especie de cama de campaña suficiente para dos personas, quedando el espacio necesario para las armas y provisiones. Este carro me costó 125 libras esterlinas, y parecióme barato. Después compré veinte bueyes zulús; pues, aunque eran suficientes diez y seis, juzgué oportuno llevar cuatro de reserva. Estos animales, pequeños y ligeros, no alcanzan á la mitad del tamaño de los de Africa, pero viven bien allí donde los otros se mueren de hambre; y si llevan poca carga, recorren sin dificultad 5 millas por día, ó más si se quiere.

Arreglado todo lo necesario respecto á la locomoción, fué preciso pensar en las provisiones y los medicamentos, cosa de la mayor importancia, pues debía evitarse cargar demasiado el vehículo y llevar, no obstante, todo lo necesario. Por fortuna, resultó que el capitán Good era algo médico, pues al principio de su carrera fué preciso adquirir alguna instrucción de medicina y cirugía y no había olvidado los conocimientos adquiridos. El capitán no era, en este sentido, hombre de nota, pero sabía más que muchos hombres que escriben de medicina, según pudimos reconocer más adelante. Además, poseía un magnífico botiquín y una preciosa caja con todos los instrumentos necesarios para practicar una operación. Mientras estábamos en Durban, practicó en un káfir la amputación de un dedo del pie con el más completo éxito.

Terminados satisfactoriamente los preparativos de que ya he hablado, *discutiéronse* otros dos puntos importantes, es decir, la compra de armas y la elección de los criados que nos debían acompañar. En cuanto á las primeras, *acompañó la lista de las que, al fin, resolvimos* elegir en la numerosa colección que sir Enrique había traído de Inglaterra y las que yo tenía.

Hé aquí la lista:

1.º Tres sólidas carabinas de dos cañones, con carga de 44 gramos de pólvora negra, para la caza de elefantes. Dos de estas armas procedían de uno de los mejores fabricantes de Londres. En cuanto á la mía, no recuerdo de dónde era; pero había cazado con ella muchos de aquellos colosos, y siempre con buen resultado.

2.º Tres buenas escopetas de 500 metros de alcance para carga de 24 gramos, excelentes para la caza de animales de mediana corpulencia, como los antílopes ó alces, y también para

hombres, especialmente en campo raso y empleando proyectil hueco.

3.º Otra carabina de doble cañón (n.º 12) fabricada por Keeper. Esta arma fué muy útil para cazar los animales cuya carne nos sirvió de alimento.

4.º Tres rifles de Winchester (no carabinas) de repetición.

5.º Y tres revólvers de Colt, de los de mayor carga.

Tal era en totalidad nuestro armamento, siendo de notar que todos los proyectiles eran del mismo calibre y las cápsulas intercambiables. Todos saben, y particularmente los cazadores, cuán esencial es, para el mejor éxito de una expedición, ir bien provisto de armas de fuego y municiones.

En cuanto á los hombres que debían acompañarnos, después de varias deliberaciones, resolvimos limitar su número á cinco, es decir, el carretero, un conductor y tres criados.

Los dos primeros se encontraron sin mucha dificultad: eran dos zulús, llamados respectivamente Goza y Tom; pero no sucedió lo mismo con los criados. Necesitábanse hombres dignos de confianza y valerosos, pues en una empresa como la que acometíamos, nuestras vidas podían depender de su conducta. Al fin, hallé dos: uno de ellos, hotentote, se llamaba Ventvögel (pájaro-viento); y el otro, un zulú, tenía por nombre Khiva, ofreciéndonos la ventaja de hablar perfectamente el inglés. Yo conocía ya á Ventvögel, pues entre los cazadores tenía fama de ser el más hábil ojeador y no se cansaba nunca; pero pecaba de un mal vicio, cual era el de emborracharse. En cuanto se ponía á su alcance una botella de grog (1) ya no se podía contar con él; pero como íbamos á abandonar la región de las tabernas, la flaqueza de nuestro hombre no importaba mucho.

Asegurado ya de estos dos auxiliares, inútilmente busqué un tercero que me conviniera; de modo que resolvimos marcharnos sin él, confiando en hallarle en el camino; pero, en la víspera del día señalado para la marcha, el zulú Khiva me dijo que un hombre me esperaba en la puerta para verme. Era de noche, estábamos acabando de comer, y, apenas concluimos, dí orden para que le condujeran á nuestra presencia.

Pocos momentos después entró un hombre alto, de muy buena presencia, de unos treinta años de edad y de color muy claro por ser zulú. Lo primero que hizo fué levantar su palo por vía de saludo, y sentarse después en el suelo, con las piernas cruzadas, sin decir la menor palabra. Por de pronto no hice caso de él, porque ésa es la costumbre. Si se traba conversación desde luego con un zulú, éste puedè creer que la persona que le habla tiene poca dignidad ó goza de escasa consideración. Sin embargo, observé que mi hombre era un *kestha* (hombre de anillo), es decir, de aquellos que llevan en la cabeza una especie de cerco negro

formado con cierta goma brillante y entrelazado con el cabello, distintivo de los zulús que llegan á cierta edad ó categoría. Parecíame haber visto la cara de aquel indígena en otro tiempo, pero no recordaba dónde.

—Bueno,—dije, al fin;—¿cómo te llamas?

—Umbopa,—contestó el hombre con voz profunda.

—Me parece haberte visto en otra parte.

—Sí: el Inkoosi (jefe) vió mi rostro en el punto llamado *la Manecilla* (Isandhlwana) el día antes de la batalla.

Entonces recordé. Yo había sido uno de los guías de lord Chelmsford en aquella desgraciada guerra con los zulús, y tuve la buena suerte de que se me diera orden de salir del campamento con algunos carros el día antes de la batalla. Mientras esperaba á que se recogiese el ganado trabé conversación con aquel hombre, que gozaba de cierta superioridad sobre los auxiliares indígenas, y el cual me manifestó sus dudas sobre la seguridad del campamento. Yo le dije que se callara, dejando arreglar las cosas á otros más inteligentes que él. Pero después recordé sus palabras varias veces.

—Sí,—repuse;—ya me acuerdo. ¿Qué deseas?

—Voy á decirlo, Macumazahn.—Este era el nombre que me daban los kafres, y significa el hombre que durante la noche está con los ojos abiertos.—Sé que vais á emprender una expedición lejana por la parte del Norte con los jefes blancos que vienen del otro lado del agua. ¿No es verdad?

—Sí.

—También he oído decir que llegaréis hasta el río Lukanga, una jornada de luna más allá del país de Manica. ¿Es cierto, Macumazahn?

—¿Por qué preguntas dónde vamos, ni qué te importa?—contesté, algo receloso, porque habíamos guardado el mayor secreto sobre nuestro viaje.

—¡Oh hombres blancos! Es porque, si pensar ir tan lejos, yo os acompañaría con gusto.

Había cierta expresión de dignidad en el modo de hablar de aquel hombre, que, en vez de llamarnos *Inkoosis* (jefes), nos daba el nombre de hombres blancos, y esto me agradó. Sin embargo, no lo dí á conocer en mi contestación.

—Te olvidas un poco de ti mismo,—le dije;—ése no es modo de hablar. Dinos tu nombre, y sepamos dónde tienes tu vivienda, para que yo pueda saber con quién tratamos.

—Me llamo Umbopa,—contestó el indígena.—Soy hijo del pueblo zulú, pero no pertenezco á él. La casa de mi tribu está en el lejano Norte, y allí quedó cuando los zulús bajaron aquí hace mil años, mucho antes que Chaka reinase sobre ellos. No tengo *kraal* (vivienda). Durante muchos años he andado errante. Cuando niño, vine desde el Norte á la tierra de los zulús, y estuve á las órdenes de Cetywayo en el regimiento de Nkomabacosi. Después fui al país de Natal, porque deseaba observar la costumbre de los blancos; y más tarde tomé parte en la guerra contra Cetywayo.

(1) Mezcla de alcohol y agua sin azúcar.

Desde entonces he trabajado en Natal; mas ahora estoy cansado y quisiera volver al Norte, pues aquí no estoy bien. No pido dinero alguno, pero soy hombre de valor y merezco la comida que me den. He dicho.

Aquel hombre y su manera de hablar me preocupaban. Era evidente que decía la verdad, mas diferenciábase bastante de los zulús

sus músculos revelaban una fuerza hercúlea. En cuanto á la piel, era de color muy claro, y en algunas partes del cuerpo veíanse cicatrices de antiguas heridas. Sir Enrique se acercó á él y le miró de pies á cabeza.

—¿No es verdad que son un buen par?— preguntóme el capitán Good.

—Me agrada vuestro aspecto, Sr. Umbopa,



—Me agrada vuestro aspecto, Sr. Umbopa,—dijo sir Enrique

ordinarios por su proceder, y no dejó de infundirme alguna desconfianza su proposición de servirnos sin salario alguno. No sabiendo qué hacer, traduje sus palabras á sir Enrique y al capitán Good, pidiéndoles parecer. El primero me rogó dijera al indígena que se pusiera en pie. Hízolo así Umbopa, dejando caer al mismo tiempo el largo levitón militar que usaba, y entonces se dejó ver casi desnudo, es decir, cubriéndole sólo el *moocha* que rodeaba su cintura: también llevaba un collar formado con garras de león. Umbopa era verdaderamente un hombre de magnífico aspecto y de las mejores formas, y seguramente no había visto yo ningún indígena que se le pudiera comparar por este concepto. De seis pies de estatura, por lo menos, era ancho de pecho, y

—dijo sir Enrique en inglés,— y os [admitiré á mi servicio.

Umbopa lo comprendió, sin duda, pues contestó en zulú:

—Está bien.

Y después, midiendo también con la vista al Sr. Curtis, añadió:

—Los dos somos hombres.

CAPITULO IV

LA CAZA DE ELEFANTES

No me propongo narrar á la menuda todos los incidentes de nuestro largo viaje hasta el kraal de Sitanda, cerca de la confluencia de los

ríos Lukanga y Kalukwe, viaje de más de mil millas desde Durban, de las cuales fué preciso recorrer á pie las últimas trescientas á causa de la frecuente presencia de la terrible *tsetse*, mosca cuya picadura es fatal para todos los animales, excepto el hombre y el asno.

Habíamos salido de Durban á fines de enero, y en la segunda semana de mayo acampamos cerca del kraal de Sitanda. Nuestras aventuras en este trayecto fueron muchas y diversas; pero como eran de las que ocurren generalmente á todos los cazadores africanos, sólo referiré una, á fin de que mi historia no adolezca de pesadez.

En Inyati, última estación de tráfico en el país de los Matabelos, donde es rey Lobengula (un gran bribón), debimos separarnos, con sentimiento, de nuestro cómodo carro, pues sólo quedaban once bueyes de los veinte comprados en Durban. Uno de ellos se perdió á causa de haberle mordido una serpiente cobra; tres sucumbieron por consunción y falta de agua; uno se extravió, y los tres restantes murieron por haber comido una yerba venenosa llamada *tulipán*. Otros cinco enfermaron por la misma causa, pero pudimos curarlos propinándoles fuertes dosis de una infusión hecha con las hojas de la misma planta. Porque este antídoto, administrado á tiempo, es muy eficaz. El carro y los bueyes quedaron bajo la custodia de Goza y Tom, el conductor y el carrero, ambos dignos de confianza; y además rogamos á un misionero escocés, habitante en aquellas soledades, que estuviera á la vista de nuestro depósito. Después, acompañados de Umbopa, Khiva, Ventvögel y media docena de indígenas que hacían las veces de faquines, los cuales alquilamos en aquel mismo punto, emprendimos la marcha á pie. Recuerdo que al principio todos íbamos silenciosos y creo que cada uno se preguntaba si volveríamos á ver el carro otra vez: yo no lo contaba así. Umbopa, que iba delante, entonó, por fin, una canción en que se trataba de los hombres valerosos que, cansados de la vida y de la monotonía de las cosas, marchaban á lejanos países para ver otras nuevas ó morir.

Al oír el canto de Umbopa, todos nos reímos, reconociendo que nuestro auxiliar sería muy capaz de distraernos, por lo cual le cobramos cariño.

Ahora voy á decir cuál fué la aventura á que me refería antes.

Á los quince días de haber salido de Inyati llegamos á una comarca asaz cubierta de bosque y regada por cristalinos arroyos. En varios sitios abundaban densos matorrales (*idoro*), así como también una especie de árbol, el *macabelo*, que da un fruto amarillo muy sabroso, alimento favorito de los elefantes. No faltaban allí indicios de que aquellos parajes eran frecuentados por los colosos, pues no sólo reconocí las huellas de sus pisadas, sino que en muchos sitios los árboles estaban tronchados, habiendo sido arrancados algunos de raíz: el elefante es un animal muy destructor.

Cierta tarde, después de un largo día de mar-

cha, llegamos á un sitio verdaderamente delicioso. Al pie de una colina cubierta de espesura veíase el lecho de un río que aun conservaba algunos charcos llenos de agua cristalina, al rededor de la cual reconocíanse pisadas de animales. Frente á la colina extendíase una llanura con algunos árboles y matorrales.

Al penetrar en el lecho del río espantamos un rebaño de grandes jirafas, que comenzaron á galopar de esa manera tan característica que todos conocemos, con las colas levantadas y haciendo resonar sus cascotes como castañuelas. Hallábanse á unas trescientas varas de nosotros, y, por lo tanto, fuera de tiro; pero el capitán Good, que iba delante con su carabina bien cargada, no pudo resistir á la tentación, y apuntó á la última jirafa. Por una singular casualidad, la bala tocó en la parte posterior del cuello del animal, rompiéndole el espinazo, y la jirafa rodó por tierra como un conejo. Jamás había visto nada tan curioso.

—¡Rayo del cielo!—gritó el capitán (Good tenía la costumbre de maldecir y renegar cuando se excitaba; vicio adquirido, sin duda, en su carrera de marino).—¡La he matado!

—¡Ou, Bougwan, ou, ou!—exclamaron los kafires.

Los indígenas llamaban al capitán *Bougwan* (ojo de cristal), á causa de su lente.

—¡Bravo, Bougwan!—repetimos sir Enrique y yo, imitando á los indígenas.

Desde aquel día el capitán Good alcanzó gran fama entre los kafires como cazador; pero la verdad es que tiraba muy mal.

Después de haber dado orden á varios de nuestros auxiliares para que cortaran la carne mejor de la jirafa muerta, construimos una especie de cabaña á cien varas de uno de los charcos, y la rodeamos circularmente de una cerca con espinos. Una gran cantidad de césped nos sirvió para hacer un blando lecho.

Terminada la construcción de la cabaña, nos sentamos á comer á la luz de la luna, y por cierto que no faltaba el apetito. Teníamos á nuestra disposición abundantes tajadas, pero mejor era el tuétano de los huesos, muy sabroso en las jirafas: yo no he conocido nada mejor como no sea el corazón de elefante.

Terminada la comida, comenzamos á fumar y á conversar sobre los incidentes del viaje. El Sr. Curtis y yo, tan desaliñados el uno como el otro, ofrecíamos, á la luz de la luna en su lleno, un singular contraste con el capitán Good, que, sentado sobre una maleta de cuero, muy limpio, aseado y bien vestido, parecía volver de algún paseo en un país civilizado. Su traje era el más propio para creerlo así, pues llevaba levita corta, sombrero de anchas alas y polainas; su rostro estaba muy bien afeitado, como siempre; y su dentadura postiza y el monóculo parecían estar en el más perfecto orden. Puedo decir que el capitán Good es el hombre más limpio que he visto en el desierto.

En cuanto á los kafires, sentados á pocas varas de nosotros, fumaban en sus rústicas pipas de cuerno, y muy pronto los vimos envolverse

en sus mantas para dormir. Umbopa estaba un poco separado de ellos, y observé durante el viaje que nunca se mezclaba mucho con los otros kaffres: con la barba apoyada en la mano, siempre parecía estar sumido en profundas reflexiones.

De repente resonó un mugido en las profundidades de la espesura que se extendía detrás de nosotros. Pensé que era un león, y todos escuchamos atentamente. Un momento después percibióse otro sonido extraño á unas cien varas de nosotros, y entonces los kaffres comenzaron á murmurar:—*Unkungunklovo, unkungunklovo!* (—¡Elefante, elefante!)

A los cinco minutos distinguimos con toda claridad varias sombras que se movían lentamente desde el agua hacia la espesura, y entonces el capitán Good dió un salto, como si viera en perspectiva la matanza, creyendo, sin duda, que era tan fácil matar un elefante como una jirafa; pero yo le cogí del brazo, haciéndole señas de que no se moviese.

—Es inútil,—le dije;—déjelos V. marcharse.

—Cualquiera creería que estamos en un paraíso de caza, y yo opino que deberíamos quedarnos aquí uno ó dos días,—dijo sir Enrique.

No dejaron de sorprenderme estas palabras de mi compañero, pues siempre había manifestado deseos de acelerar la marcha todo lo posible, sobre todo desde que en Inyati supimos que un inglés llamado Neville *había* vendido su carro allí para internarse en el país.

El capitán saltó de alegría al oír aquella proposición, y, á decir verdad, á mí también me agradó, pues para mí era un cargo de conciencia dejar escapar aquella magnífica manada de elefantes sin probar fortuna.

—Está bien, señores,—contesté;—pues páreceme que necesitamos un poco de recreo. Mas ahora vamos á descansar, porque será preciso ponernos en marcha al rayar el alba, á fin de encontrar á los elefantes cuando estén diseminados en el punto donde pacen.

Convenidos en esto, cada cual se preparó para dormir. El capitán se despojó de su traje, sacudiólo bien, guardó en su bolsillo el monóculo y la dentadura, envolviendo ésta cuidadosamente en un papel, y se echó. Sir Enrique y yo, no teniendo que arreglar tantas cosas, nos envolvimos en nuestras mantas y no tardamos en conciliar el sueño, tan necesario para los que viajan.

Aun no habíamos dormido media hora cuando oímos un fuerte estruendo, seguido de una serie de espantosos rugidos, que seguramente eran de un león, pues no podían confundirse con los de otra fiera. Todos nos pusimos en pie de un salto, y, mirando con atención hacia el agua, vimos una masa confusa, amarillenta y negra, que parecía avanzar hacia nosotros. Cada cual empuñó su carabina y nos deslizamos fuera de la cabaña. Ya no se oían rugidos: todo estaba silencioso, y la masa informe permanecía inmóvil.

Hé aquí lo que vimos: sobre la yerba yacía un antilope de las arenas, la más hermosa especie de las que hay en Africa. Estaba muerto,

y, atravesado en sus enormes y encorvados cuernos, encontramos un magnífico león de negruzca melena, también sin vida. Evidentemente, el antilope había bajado á beber, mientras su enemigo, hallándose en acecho de alguna presa, precipitose sobre su víctima, con tan mala suerte que los cuernos le atravesaron de parte á parte. El león, incapaz para desprenderse, desgarró y mordió el cuello del antilope, que, atormentado por el dolor, arrastróse hasta quedar muerto.

Cuando hubimos examinado los dos animales. llamamos á los kaffres, que los condujeron hasta cerca de la cabaña; y, hecho esto, nos fuimos á dormir para no despertar hasta el amanecer.

Al rayar el alba estábamos ya en pie, y, recogidas nuestras armas y llenos nuestros grandes garrafones de te frío, muy útil en tales expediciones, emprendimos la marcha, no sin tomar antes un refrigerio. Umbopa, Khiva y Ventvögel nos siguieron, y los otros kaffres se quedaron para desollar el león y el antilope y descuartizarlos después.

No tardamos en hallar la pista de los elefantes, y, examinadas las huellas por Ventvögel, éste reconoció que la manada se componía, por lo menos, de unos treinta individuos, los más de ellos de gran corpulencia; pero los colosos habían andado mucho durante la noche, y eran ya las nueve de la mañana cuando por los árboles tronchados y las hojas diseminadas comprendimos que no debían estar lejos los gigantescos animales.

Al poco tiempo dimos vista á la manada, que después de pacer había ido á situarse en una depresión del terreno, donde los elefantes se proponían, sin duda, descansar, agitando á intervalos sus enormes orejas.

Hallándose á unas 200 varas de nosotros, arranqué un puñado de yerba y arrojélo al aire para reconocer mejor su dirección, pues ya sabía muy bien que si llegaban á olfatearnos desaparecerían sin darnos tiempo para disparar un solo tiro. Al ver que el viento soplabá más bien de los elefantes á nosotros que no de nosotros á ellos, avanzamos con el mayor sigilo á favor de la espesura, y de este modo llegamos á situarnos á 40 varas de los animales. Frente á nosotros había tres muy corpulentos, uno de ellos notable por sus enormes colmillos. Murmuré al oído de mis amigos que yo me encargaría del que estaba en el centro. Sir Enrique apuntó al de la izquierda, y el capitán Good al de los colmillos grandes.

—¡Fuego!—murmuré.

—¡Bum! ; Bum! ; Bum!

En el mismo instante disparamos los tres rifles. El elefante de sir Enrique rodó por tierra, con el corazón atravesado de un balazo. El mío cayó de rodillas, y creí que iba á morir; pero en un momento se puso en pie y huyó pasando cerca de mí, lo cual me permitió dispararle un segundo tiro que casi lo remató. Corrí hacia él al punto, y de un tercer disparo le dejé inmóvil. Hecho esto, volvíme hacia el capitán al oír que su elefante mugía de dolor

y de rabia, y al acercarme ví á mi compañero muy excitado. Al recibir el proyectil, el elefante había avanzado contra su agresor, que apenas tuvo tiempo de huir el bulto, haciendo otra vez fuego aturdidamente en dirección á nuestro campamento.

En breves momentos discutimos sobre si sería mejor perseguir al elefante herido ó á la manada, que se había puesto en fuga; y por último acordóse lo segundo; mas ya no espera-

ellos, 100 varas más allá había un *hullah* ó ciénaga de profundas márgenes, muy semejante al en que el príncipe imperial fué muerto en el Zululand. Los animales no pudieron avanzar allí sin dificultad, y cuando llegamos vimos que luchaban en confusión para llegar á la tierra seca, dejando oír sus gritos de desesperación. Aquélla era para nosotros la mejor oportunidad, y, haciendo fuego tan aprisa como podíamos cargar, matamos cinco de los



Arrolló la trompa por mitad del cuerpo y le *partió en dos*

ba yo ver otra vez á los elefantes. Fácil era seguir la pista, porque dejaban un rastro como el de las ruedas de un carruaje; pero no tanto el alcanzarlos; de modo que transcurrieron dos horas antes de que los viéramos. Excepto un elefante, los demás estaban reunidos, y, á juzgar por su agitación y el movimiento de sus trompas para husmear el aire, reconocíase que temían el peligro. El elefante solitario hallábase á unas 50 varas de la manada y á 60 de nosotros, y evidentemente estaba de centinela. Temiendo que nos olfatease y que diera el grito de alarma á los demás si tratábamos de acercarnos, sobre todo á causa de estar el terreno descubierto, apuntamos los tres al mismo animal apenas di la orden. El elefante cayó muerto, y todos los demás emprendieron precipitadamente la fuga; mas, por desgracia para

pobres animales. Sin duda, hubiéramos dado fin á la manada si no hubiesen tenido tiempo para ponerse en salvo. Estábamos demasiado rendidos para continuar la cacería, y tal vez también algo cansados de matanza: ocho elefantes eran una buena recompensa por nuestro trabajo.

Después de haber descansado algún tiempo, y cuando ya los kaffres hubieron cortado el corazón de dos de los elefantes para cenar, emprendimos la vuelta hacia la cabaña, muy satisfechos de nosotros mismos y con el propósito de enviar el día siguiente á los portadores á recoger los colmillos.

Poco después de haber pasado del sitio donde el capitán hirió á su elefante, encontramos una manada de antílopes; pero no les dimos caza porque ya había suficiente carne. Los

animales se alejaron trotando, y después se detuvieron junto á un espeso matorral, á 100 varas de nosotros. El capitán, que deseaba verlos de cerca, entregó su arma á Umbopa, y seguido de Khiva dirigióse á la espesura, mientras que nosotros nos sentábamos para esperarle, satisfechos de poder descansar un poco.

El sol comenzaba á ponerse, iluminando el paisaje con sus rojizos rayos, y sir Enrique y yo contemplábamos con admiración aquel magnífico espectáculo, cuando de pronto resonó un grito de elefante y vimos al capitán y á Khiva correr desatentados hacia nosotros, acosados de cerca por el coloso que el capitán Good había herido antes. En el primer momento no nos atrevimos á hacer fuego, por temor de matar á uno de los nuestros; pero después sucedió una cosa terrible, y el capitán pudo perder su afición al traje civilizado. Si hubiera vestido como nosotros en vez de llevar pantalón ajustado y polainas, no habría estado expuesto á perecer; pero desgraciadamente enredósele una de aquéllas en un zarzal y cayó de bruces á corta distancia del elefante.

Los dos proferimos una exclamación, precipitándonos para salvarle; mas el desenlace fué muy distinto del que esperábamos. Khiva, el joven zulú, muy valeroso, al ver como caía su amo, lanzó su azagaya contra el elefante, y el arma fué á clavarse en la trompa del animal.

Lanzando un grito de dolor, el coloso cogió al pobre muchacho, sujetóle en tierra, y, colocándole sobre el pecho su enorme pata, arrollóle la trompa por mitad del cuerpo y le *partió en dos*.

Mudos de horror, hicimos fuego repetidas veces contra el furioso animal, hasta que, al fin, cayó sobre los restos de su víctima.

En cuanto al capitán, retorciáse las manos sobre el cuerpo inanimado del valeroso joven que había dado su vida para salvarle; y hasta yo, curtido ya en análogas aventuras, sentí que se me anudaba la garganta. Umbopa contemplaba silencioso el corpulento elefante y los restos de Khiva.

—¡Ah!—exclamó, al fin.—¡Ha muerto como un hombre!

CAPITULO V

NUESTRA MARCHA POR EL DESIERTO

Habíamos matado nueve elefantes, y necesitáronse dos días para extraer los colmillos, conducirlos á la cabaña y enterrarlos cuidadosamente al pie de un corpulento árbol que se divisaba en un espacio de varias millas á la redonda. Aquello era una riqueza en marfil tal como no había visto hasta entonces, pues cada colmillo valía, por término medio, de 40 á 50 libras esterlinas. Los del elefante grande pesaban 170 libras, según nuestros cálculos.

Enterramos los restos mortales de Khiva en una profunda cavidad, juntamente con su aza-

gaya, para que pudiera defenderse en su viaje á un mundo mejor, según las ideas de los indígenas; y al tercer día emprendimos la marcha, con la esperanza de poder regresar á recoger el marfil. Después de muchos incidentes y aventuras, que no citaré aquí por falta de espacio, y de franquear una inmensa distancia, llegamos, por fin, al kraal de Sitanda, cerca del río Lukanga, verdadero punto de partida de nuestra expedición.

Muy bien recuerdo aquel sitio: á la derecha veíase una especie de factoría indígena, con varias cercas de piedra para guardar los ganados, y algunas tierras cultivadas, donde aquellos salvajes recogían una escasa cantidad de cereales; más allá crecían altas yerbas, y por la izquierda prolongábase el vasto desierto. Aquel sitio parecía una avanzada del país fértil, y hubiera sido difícil explicar á qué causa natural se debía tan brusco cambio en las condiciones del suelo; pero así era. Al pie de nuestro campamento deslizábase un arroyuelo, de cuya orilla más lejana partía una pendiente pedregosa, la misma en que veinte años antes ví al desgraciado Silvestre arrastrarse después de su inútil tentativa para llegar á las minas de Salomón; y más allá de esta pendiente prolongábase el desierto sin agua. Era ya de noche cuando acampamos, pero á lo lejos veíase aún el inmenso globo del sol lanzando sus postreros fulgores sobre la vasta extensión arenosa que pronto debíamos recorrer. Dejando al capitán encargado de cuidar de nuestros efectos, dirigíme con sir Enrique á la cima de la pendiente, y ambos fijamos nuestras miradas en el imponente desierto. El aire era muy apacible, el tiempo estaba sereno, y allá en lontananza distinguí los vagos contornos azulados de la gran montaña de Solimán.

—Allí está,—dije á mi compañero,—la muralla de las minas de Salomón; pero Dios sabe si podremos escalarla alguna vez.

—Mi hermano debe hallarse allí,—repuso sir Enrique con el tono de confianza que le era tan característico;—y si está llegaré hasta él de una manera ú otra.

—Así lo espero,—contesté, volviéndome para regresar al campamento.

Entonces ví que no estábamos solos: detrás de mí estaba Umbopa, contemplando con mirada grave y melancólica las lejanas montañas.

El zulú habló al ver que yo le observaba, pero dirigiéndose á sir Enrique, que le había tomado particularmente á su servicio.

—¿Es aquél,—preguntó,—el punto á que os encamináis. *Incubu?* (Creo que este término indígena significa elefante, y éste era el nombre que los kafires daban á sir Enrique, á causa de su elevada estatura.)

Y al decir esto señaló con su azagaya el mismo punto que antes contemplábamos nosotros.

Pregunté á Umbopa con cierto enojo por qué hablaba á su amo de una manera tan familiar, diciéndole que, si los indígenas tenían costum-

bre de ponerse un mote, no era nada respetuoso que nos dirigiesen la palabra aplicándonos sus apelativos.

—¿Cómo sabéis que yo no soy tanto como el Inkasi á quien sirvo?—replicó Umbopa.—No dudo que sea de casa real, á juzgar por su estatura y sus ojos; pero también puedo serlo yo, y por lo menos le igualo en corpulencia. Servidme de intérprete, ¡oh Macumazah! y decid mis palabras al Inkoos Incubu, pues quisiera hablaros á los dos.

Yo estaba irritado porque los kafirés no me hablaban á mí de semejante manera; pero las palabras de Umbopa produjéronme cierta impresión, despertando en mí la curiosidad, y traduje las frases del zulú, manifestando á la vez á mi compañero que nuestro auxiliar era un insolente.

—Sí, Umbopa,—contestó el Sr. Curtis sin hacer aprecio de mi observación;—quisiera llegar hasta allí.

—El desierto es muy vasto y no hay agua,—replicó el zulú;—las montañas son muy altas y están cubiertas de nieve, y el hombre no sabe qué hay detrás del punto donde el sol se pone. ¿Cómo llegaréis hasta allí, y qué vais á buscar?

Traduje las palabras.

—Decidle,—contestó el Sr. Curtis,—que voy porque creo que un hombre de mi color, mi hermano, ha ido antes que yo, en cuyo caso quiero salvarle.

—Eso es verdad, Incubu.—repuso Umbopa;—un hombre que encontré en el camino díjome que un blanco había ido al desierto dos años antes, en dirección á las montañas, con un criado cazador. No volvieron.

—¿Cómo sabéis que era mi hermano?—preguntó sir Enrique.

—Yo no lo sé; mas, al preguntar al hombre cuáles eran las señas particulares de aquel blanco, díjome que tenía ojos como los vuestros y barba negra, añadiendo que el cazador que iba con él se llamaba Jim.

—No hay la menor duda,—dije yo;—pues yo conocía muy bien á Jim.

—Estaba seguro de ello,—añadió sir Enrique moviendo la cabeza;—pues cuando Jorge se empeñaba en una cosa nada le detenía, y siempre fué así desde la niñez. Si tenía intención de cruzar la montaña de Solimán, lo habrá hecho así, á menos de ocurrirle un accidente, y por eso debemos buscarle en el otro lado.

Umbopa comprendía el inglés, aunque rara vez le hablaba.

—Es un largo viaje, Incubu,—repuso el indígena.

—Ya lo sé,—contestó sir Enrique;—pero en esta tierra no hay viaje que el hombre no pueda llevar á cabo si se empeña en ello; no hay nada que no pueda hacer, Umbopa; no hay montañas que no pueda escalar, ni desiertos que no le sea dado recorrer, si el amor le conduce y está dispuesto á conservar ó perder la vida según los decretos de la Providencia.

—Grandes palabras son ésas,—contestó el

zulú (yo le llamaba siempre así, aunque en realidad no lo era);—grandes palabras, padre mío, tenéis razón. ¡Escuchad! Yo os diré lo que es la vida: es una pluma; es la semilla que el viento arrastra, conduciéndola acá ó allá, y que unas veces se multiplica y otras muere en el acto, cuando no se eleva hasta el cielo. Pero, si la simiente es buena, tal vez recorra un inmenso espacio. Es forzoso seguir nuestro camino, luchando contra el hombre y los elementos. La muerte ha de sorprendernos algún día, y todo se reduce á que sea un poco antes ó después. Os acompañaré á través del desierto, y llegaré á las montañas, si algún accidente no me priva de la existencia en el camino.

Umbopa hizo una pausa, y después continuó su peroración, haciendo gala de esa elocuencia retórica natural en algunos zulús, y que, si bien adolece de muchas repeticiones, demuestra que la raza no carece de genio poético ni de inteligencia.

—¿Qué es la vida, hombres blancos, vosotros que tan sabios sois, que conocéis los secretos del mundo y estudiáis las estrellas que engalanan la inmensa bóveda del cielo; vosotros que habláis desde lejos sin que se oiga vuestra voz? Decidme, ¡oh hombres blancos!, decidme cuál es el secreto de nuestra vida; decidme á dónde vamos y de dónde venimos.

»No podréis responder, porque lo ignoráis. Escuchadme, y yo os lo diré. De la oscuridad venimos y á la oscuridad vamos. Semejantes al ave impelida por la tormenta durante la noche, volamos fuera de la nada. Por un momento se ven nuestras alas á la luz del fuego; pero de pronto desaparecemos para siempre. La vida no es nada, y la vida es todo: es la mano con que retenemos á la muerte; es el gusano de luz que brilla en la noche oscura y parece negro por la mañana; es el blanco vapor del hálito del rumiante en el invierno; es la sombra fugaz que se desliza sobre el césped y ya no se ve al ponerse el sol.

—Sois un hombre extraño,—dijo sir Enrique.

—Me parece que nos asemejamos mucho,—repuso Umbopa sonriendo.—Tal vez busque yo también un hermano en aquellas montañas.

—¿Qué quieres decir?—pregunté con recelo.—¿Qué sabes tú de aquellas montañas?

—Un poco, un poco. Hay allí una tierra extraña, una tierra de maravillas, donde habita un pueblo valeroso, donde hay árboles y cristalinas corrientes, y montañas blancas, y un ancho camino. He oído hablar de todo eso; pero ¿por qué he de repetirlo aquí? Aquel que viva lo verá.

De nuevo me infundió sospechas el zulú: parecíame que sabía demasiado.

—No me temáis, Macumazah,—dijo interpretando mis miradas;—yo no abriré hoyos para que caigáis dentro, ni tramo cosa alguna. Si alguna vez cruzamos esas montañas que se elevan detrás del sol, ya os diré lo que sé; pero la muerte se siente en ellas. Sed prudentes y volved atrás para cazar elefantes. He dicho.

Y sin añadir una palabra más levantó su

azagaya por vía de saludo y volvióse al campamento, donde poco después le encontramos limpiando una carabina como cualquier otro kafir.

—¡Qué hombre tan singular!—exclamó sir Enrique.

—Sí,—contesté;—demasiado singular; y á fe que no me agrada su conducta. Decididamente sabe algo y no quiere hablar; pero supongo que de nada serviría indisponernos con él. En la expedición que hemos emprendido, poco importa que nos acompañe un zulú misterioso.

Al día siguiente hicimos nuestros preparativos de marcha. Por supuesto, era imposible llevarnos los pesados rifles destinados para la caza de elefantes, y otros varios objetos, y, en su consecuencia, despedimos á los portadores, *arreglándonos con un indígena que habitaba allí para que cuidase de las armas hasta la vuelta.* Sin embargo, sentía dejarlas en manos de aquel salvaje, que fijaba en los rifles una mirada de codicia, y por lo mismo tomé algunas precauciones. *En primer lugar los cargué, y dije al indígena que si los tocaba se dispararían por sí solos.* Para demostrarle la verdad, le dejé hacer fuego con mi carabina, y tuvo tan mala suerte que mató á uno de sus bueyes. Esto le espantó mucho, y no me cupo duda de que no tocaría después las armas.

Libres ya de todo lo que podía ser superfluo, el Sr. Curtis, el capitán, yo, Umbopa y el hotentote Ventvögel arreglamos lo que cada uno debía llevar, y que, para el que menos, suponía un peso de cuarenta libras.

Además de las armas, excepto los rifles que habían quedado bajo la custodia del salvaje, contábanse las municiones, cuatro cuchillos, cinco botellas de agua, cada una de cuatro cuartillos; cinco mantas, veinticinco libras de carne en salazón, el botiquín, con una onza de quinina y varios instrumentos quirúrgicos; una brújula, un compás, fósforos, un filtro, tabaco, una trulla ó llana, y una botella de *brandy*.

A esto se limitaba todo nuestro equipo, bien reducido, sin duda, para semejante expedición; pero no nos atrevíamos á llevar más. Así y todo, la carga era pesada para cada hombre tratándose de *atravesar el abrasador desierto, donde sólo una onza de peso parece una libra.* Como quiera que sea, no era posible quitar nada, porque sólo llevábamos lo absolutamente necesario.

Con no poca dificultad, y prometiendo regalar á cada uno un cuchillo de caza, conseguí que tres míseros indígenas de la aldea nos acompañasen hasta la primera parada, es decir, unas 20 millas, para llevar una regular cantidad de agua. De este modo podríamos llenar de nuevo nuestras botellas después de la primera noche de marcha, pues habíamos resuelto salir al oscurecer, á fin de evitar el calor. Yo dije á los indígenas que íbamos á cazar avestruces, muy abundantes en el desierto; pero aquellos salvajes se encogieron de hombros, diciendo que estábamos locos y que, seguramente, nos moriríamos de sed, lo cual

me pareció á mí bastante probable; pero como los indígenas deseaban los cuchillos, tesoros casi desconocidos para ellos, consintieron en venir, reflexionando, sin duda, que nada tenían que ver con nuestra próxima muerte.

Todo el día siguiente descansamos y dormimos, y al ponerse el sol tomamos un buen refrigerio, compuesto de vaca fiambre y te frío, el último que tal vez beberíamos en mucho tiempo, según observó tristemente el capitán Good. Después de hacer nuestros últimos preparativos, nos echamos para esperar la salida de la luna, que, al fin, apareció á eso de las nueve de la noche en todo su esplendor, iluminando el desierto con sus plateados rayos. La calma y el silencio tenían un no sé qué de solemne que nos imponía. A los pocos momentos estábamos en pie y dispuestos á emprender la marcha, y aun vacilábamos un poco; cosa natural, dada la condición humana, en un caso en que se trata de jugar la vida. Sir Enrique, el capitán y yo íbamos juntos; Umbopa nos seguía á pocos pasos con su azagaya en mano, la carabina á la espalda y fija la vista en el horizonte del desierto. Los tres indígenas alquilados iban en último término con Ventvögel.

—Caballero,—dijo el Sr. Curtis,—emprenderemos ahora el más extraño viaje que ningún hombre podría realizar, y es muy dudoso que salgamos en bien de la empresa; pero somos tres hombres que sabrán hacer frente á todo. Antes de ponernos en camino elevemos una oración al Todopoderoso, que rige los destinos de los hombres, pidiéndole que guíe nuestros pasos.

Así diciendo, sir Enrique se descubrió, y durante un minuto ó dos cubrióse el rostro con las manos. El capitán y yo hicimos lo mismo.

No me tengo por muy devoto, pues pocos cazadores lo son; y en cuanto á sir Enrique, nunca le había oído hablar así antes, aunque á mi modo de ver era muy religioso, lo mismo que el capitán, á pesar de su vicio de blasfemar; pero creo que nunca he rezado con más fervor, y parecióme que esto me aliviaba. Nuestro porvenir era completamente desconocido, y yo creo que esto es precisamente lo que *más nos acerca á nuestro criador.*

—Ahora,—dijo sir Enrique,—¡marchen!

Y todos le seguimos.

No teníamos más guía que las lejanas montañas y el antiguo plano de José da Silvestra, que, habiendo sido trazado por un hombre moribundo en un pedazo de trapo tres siglos antes, no podía considerarse de ningún modo como un dato seguro. Sin embargo, en él fundábamos nuestra única esperanza de éxito. Si no encontrábamos aquel pozo de agua fija que el viajero señalaba en su plano como situado en medio del desierto, á unas 60 millas de nuestro punto de partida, y á igual distancia, poco más ó menos, de las montañas de Salomón, era muy posible que pereciéramos todos miserablemente por efecto de la sed; y, en mi concepto, las probabilidades de encontrarlo en aquel inmenso mar de arena eran casi ilu-

sorias. Ann suponiendo que Silvestra le hubiera señalado bien, ¿qué podía haber impedido que el pozo se hubiera cegado al cabo de varias generaciones, quedando completamente seco por los ardores del sol?

Avanzábamos silenciosamente y como sombras en medio de la noche silenciosa, luchando contra las olas de arena que nos impedían acelerar la marcha, obligando á detenernos de vez en cuando para sacudir el calzado. La noche era bastante fresca, á pesar de la pesadez de la atmósfera, y de consiguiente pudimos recorrer una regular distancia. El silencio y la soledad ejercían sobre nosotros cierta opresión, y el capitán, deseando ahuyentarla, quiso cantar; pero las notas producían un sonido lúgubre; tanto, que nuestro compañero prefirió callarse. Poco después ocurrió un incidente que, si bien nos alarmó al principio, hizonos reír mucho después. El capitán, que, como marino, llevaba la brújula para guiarnos, iba delante, y á pocos pasos seguíamos nosotros formando fila, es decir, uno tras otro. De repente oímosle proferir una exclamación, y le vimos desaparecer. Un minuto después prodújose un gran rumor como de gruñidos y pisadas, y llamaron nuestra atención unas formas confusas que parecían galopar en todos sentidos. Los indígenas dejaron caer sus cargas; pero, recordando que no había allí donde guarecerse, echáronse en el suelo, gritando que estaba allí el diablo. Sir Enrique y yo estábamos perplejos, y no fué poco nuestro asombro cuando de repente vimos á Good alejándose á la carrera en dirección á las montañas, al parecer montado en un caballo y gritando como un loco. Luego le vimos levantar los brazos y caer al suelo. Pronto me pude explicar el hecho: el capitán había caído en medio de una manada de *cuaggas* (especie de cuadrúpedo indígena que vive en el desierto) que dormían, y precisamente sobre el lomo de uno de ellos. El animal, despertando sobresaltado, huyó á la carrera, y poco después el capitán, no pudiendo sostenerse sobre aquella extraña cabalgadura, se cayó al suelo. Corrí hacia mi compañero, temeroso de hallarle herido; mas, por fortuna, estaba ileso, y encontréle sentado en la arena con su eterno monóculo en el ojo y algo asombrado de su aventura.

Después de esto continuamos nuestra marcha sin novedad, y á eso de la una nos detuvimos para beber un poco de agua (no mucha, porque era preciosa) y á fin de reposar media hora.

Al cabo de ese tiempo seguimos adelante hasta muy cerca de la madrugada. Los primeros albores de la aurora aparecieron lentamente; las estrellas empezaron á palidecer, desvaneciéndose, al fin; la luna quedó eclipsada, y los rayos del sol, iluminándolo todo, reflejéronse en aquel mar de arena, disipando las últimas brumas.

A pesar de esto, continuamos la marcha, aunque hubiéramos preferido descansar, sabiendo bien que muy pronto sería imposible seguir adelante bajo el calor del sol. Una hora

después, y como viésemos un grupo de rocas que se destacaban en la llanura, buscamos allí un refugio. Afortunadamente, una de ellas formaba una profunda cavidad donde no penetraban los rayos del sol, y allí nos acomodamos perfectamente. Después de comer un poco de carne y beber nuestra ración de agua, pudimos conciliar muy pronto el sueño.

Eran ya las tres de la tarde cuando nos despertamos. Nuestros portadores se disponían á volver al punto de partida, pues ya estaban cansados del desierto, y, aunque les hubiésemos ofrecido más cuchillos, no se habrían avenido á seguir adelante. En su consecuencia, cada uno de nosotros bebió una buena cantidad de agua, y, una vez vaciadas las botellas, volvimos á llenarlas de la que los indígenas llevaban.

A las cuatro y media nos pusimos en marcha otra vez en medio de aquella triste soledad, pues, salvo algunos avestruces, no se veía un solo ser viviente en aquella vasta llanura arenosa. También hallamos una serpiente cobra medio muerta, y éste fué el único reptil que vimos en aquella región desolada. En cambio, abundaban las moscas, singulares insectos que se encuentran dondequiera que se vaya, según he podido observar con frecuencia.

Al ponerse el sol esperamos un rato hasta que asomase la luna. A eso de las diez comenzó á brillar; y, sin detenernos más que una vez, á eso de las dos de la madrugada, seguimos avanzando hasta que el sol nos obligó á reposar de nuevo. Entonces bebimos un poco y nos echamos sobre la arena, quedando dormidos al poco tiempo, porque estábamos muy cansados. No era necesario ejercer vigilancia alguna, pues nada debía temerse en aquella soledad completamente despoblada. Nuestros únicos enemigos eran el calor, la sed y las moscas; pero hubiera preferido luchar contra hombres más bien que habérmelas con semejante trinidad. Esta vez no habíamos tenido la suerte de encontrar un refugio para preservarnos del sol; de modo que á eso de las once de la mañana nos despertamos achicharrados en medio de aquella atmósfera de fuego: parecíanos que nuestra sangre hervía, y no sé cómo pudimos resistir aquello.

—No parece sino que el sol no afecta á las moscas,—dije yo, espantando las que zumbaban al rededor de mi cabeza.

—No son tan sensibles como nosotros,—añadió sir Enrique.

—¡Esta temperatura es insoportable!—exclamó el capitán.

Efectivamente era así; y no se veía ni una roca, ni un árbol en aquella inmensa llanura, convertida en aquel momento en un horno.

—¿Qué haremos?—preguntó sir Enrique.—Esto no se puede resistir.

El capitán y yo nos miramos sin contestar.

—Tengo una idea,—dijo Good;—practicaremos una zanja, y se cubrirá como mejor se pueda.

La proposición no parecía muy consoladora;

pero al menos era mejor que nada, y en su consecuencia comenzamos á trabajar con tal ahínco que al cabo de una hora abrimos una especie de fosa de 10 pies de longitud por 12 de anchura y 2 de profundidad. Después extendimos nuestras mantas encima y nos introdujimos en la zanja, excepto Ventvögel, que, como hotentote, era insensible al calor del sol. Así pudimos preservarnos un poco de los abrasadores rayos del astro del día; pero del calor que sufrimos en aquel hoyo apenas me es posible dar una idea. Con las bocas abiertas como perros sedientos, á cada instante debíamos humedecer los labios con un poco de agua. Y si no hubiéramos sido tan previsores, absteniéndonos muchas veces del precioso líquido, ya no habríamos conservado una gota. Ya sabíamos que la falta de agua era la muerte segura.

Pero todas las cosas tienen su fin: la cuestión es vivir para ver, y de un modo ú otro aquel mísero día debía terminar. A eso de las tres de la tarde, no pudiendo resistir más, convinimos en que más valía morir andando que no perecer á fuego lento en aquella espantosa cavidad, semejante á un horno encendido. En su consecuencia, después de beber un trago de la poca agua que nos quedaba, tan caliente ya que tenía la temperatura de la sangre del hombre, salimos del hoyo.

Habíamos recorrido ya 50 millas del desierto, y, consultando el antiguo mapa del malogrado Silvestre, resultaba que el llamado *pozo de agua floja* venía á estar en el centro de una extensión que se podía calcular en 40 leguas, ó sean 120 millas; de modo que debíamos estar á 12 ó 15 del agua, si, en efecto, existía.

Durante la tarde avanzamos lenta y penosamente sin recorrer apenas más de milla y media por hora. Al ponerse el sol descansamos un poco hasta que apareció la luna. Cada uno bebió un poco de agua, y pudimos dormir un rato.

Antes de echarnos, Umbopa nos señaló una colina que se divisaba vagamente, elevándose sobre la superficie plana del desierto, á unas ocho millas de distancia. Desde donde estábamos parecía una de esas singulares construcciones de las hormigas denominadas *termitas*, y, aunque me estaba cayendo de sueño, preguntéme qué podría ser.

Cuando nos iluminó la luna continuamos la marcha, desfallecidos por los tormentos de la sed y el calor. Aquel que no los conozca no podrá imaginar lo que sufríamos. Tropezábamos á cada paso y caíamos con frecuencia por efecto de la debilidad, siendo forzoso detenernos de hora en hora. Apenas teníamos fuerzas para hablar. Hasta entonces el capitán había bromeado y reído, pues tenía el carácter alegre; pero ya no despegaba los labios.

Por fin, á eso de las dos, rendidos de cuerpo y espíritu, llegamos al pie de aquella singular colina, que medía unos 100 pies de altura y cuya base ocupaba un considerable espacio.

Allí nos detuvimos, y, sin poder resistir nuestra desesperada sed, apuramos hasta la

última gota de agua que nos quedaba, que no pasaría de medio cuartillo, siendo así que hubiéramos podido beber un azumbre.

Cuando nos echábamos á dormir, oí á Umbopa murmurar para sí entre dientes:

—Si no encontramos agua, ya no volveremos á ver brillar la luna.

Me estremecí, porque la perspectiva de tan espantosa muerte no es nada agradable; pero ni aun esta lúgubre idea me impidió dormir.

CAPITULO VI

¡AGUA! ¡AGUA!

A las dos horas, es decir, cerca de las cuatro, poco más ó menos, me desperté, ya un tanto repuesto de mi fatiga corporal; pero la sed me atormentaba mucho y no pude volverme á dormir. Había soñado que me bañaba en un fresco arroyo cuyas márgenes estaban cubiertas de césped, y ya se comprenderá cuál sería mi impresión al despertar en aquel árido desierto. Por otra parte, recordé las palabras de Umbopa cuando dijo que si no encontrábamos agua pereceríamos sin remedio al día siguiente. Verdaderamente, ningún ser humano hubiera podido sobrevivir sin el precioso líquido en medio de aquel ardiente calor. Me incorporé y restreguéme con mis callosas manos, porque tenía los labios como pegados entre sí, y lo mismo los párpados; tanto, que sólo después de frotarme con fuerza pude abrir los ojos, al fin. Faltaba poco para que amaneciera; pero, lejos de ser la temperatura fresca, como se observa en general á semejante hora, el aire era pesado y sofocante. Mis compañeros dormían aún, y, como ya había bastante luz, saqué del bolsillo un pequeño ejemplar de las *Leyendas de Ingoldsby* para distraer mis pensamientos. Por desgracia, en el primer pasaje que encontré leí unos versos que decían: «Un hermoso niño de rizado cabello presentaba la jarra de oro llena de agua cristalina, la más pura que brota en los manantiales de Reims y de Namur». Y esto me trajo á las mientes otra vez nuestra situación, recrudesciendo el martirio que me ocasionaba la sed, por lo cual dejé el libro.

Cuando todos estuvieron bien despiertos, comenzamos á discutir sobre el estado de las cosas, que era bastante grave, pues no teníamos ya ni una sola gota de agua: el fondo de las botellas estaba seco como un hueso. El capitán, que llevaba el aguardiente, sacó el frasco y comenzó á mirarle con ojos de codicia; pero sir Enrique se lo arrebató de las manos, pues beber alcohol, en aquel momento, era precipitar el fin.

—Si no encontramos agua,—dijo,—moriremos.

—Si el mapa del portugués fuera exacto,—dije yo,—seguramente encontraríamos agua por aquí.

Mi observación no pareció satisfacer á nadie, y era evidente que ninguno tenía mucha

fe en aquel antiguo croquis. Ya clareaba el día y nos sentamos pensativos sin hablar palabra; pero el hotentote Ventvögel levantó e de repente y comenzó á pasear de un lado á otro con la vista fija en el suelo. Un momento después detúvose de improviso, y, profiriendo una exclamación gutural, señaló la arena.

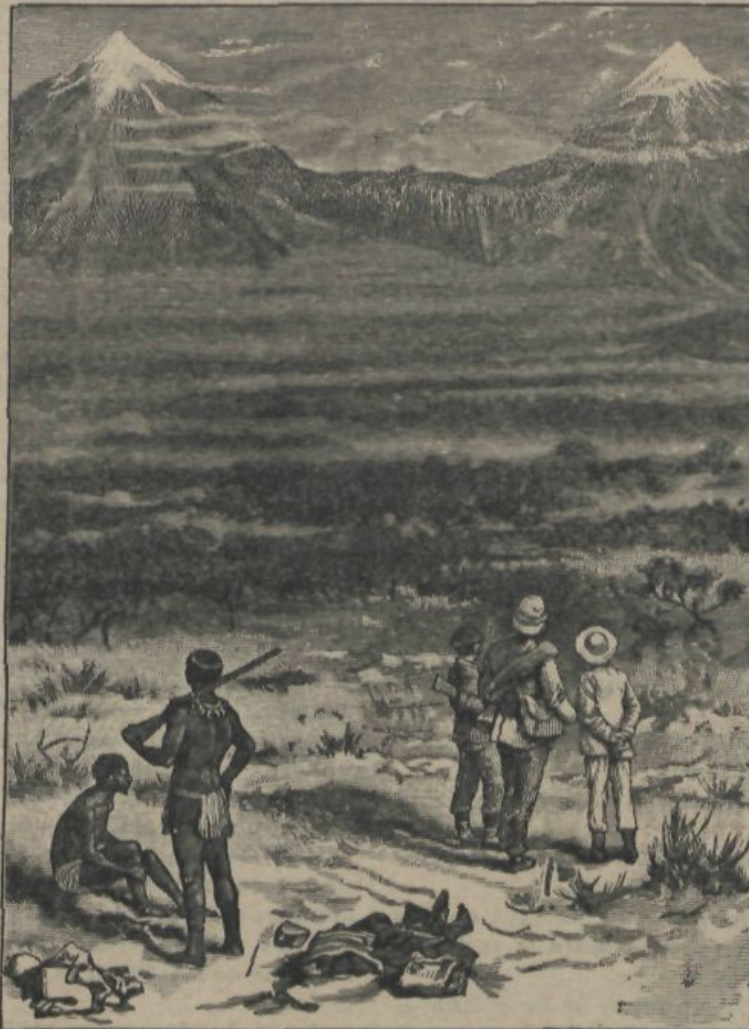
—¿Qué es eso?—pregunté yo.

como un perro de caza, y á poco le oímos decir:

—Olfateo el agua.

Estas palabras nos regocijaron, pues sabíamos cuán maravilloso es el instinto de los hotentotes.

En aquel momento el sol comenzó á brillar esplendoroso, iluminando una escena tan ad-



...é iluminadas por los rayos del sol, veíamos las Tetas de Sheba ...

Y simultáneamente nos levantamos y corrimos al sitio donde estaba el hotentote.

—¿Qué ocurre?—pregunté.—¡Ah! Eso es un pequeño brote de pita. ¿Qué nos importa?

—Las pitas no se alejan nunca mucho del agua,—contestó Ventvögel en holandés.

—Es cierto,—repuse;—no pensaba en ello, y doy gracias á Dios.

Este descubrimiento, al parecer insignificante, nos reanimó mucho. Cuando el hombre se encuentra en una situación desesperada, es singular la facilidad con que se aferra á la más ligera esperanza, creyéndose por un momento casi feliz.

En noche tenebrosa más vale una estrella que ninguna.

Entretanto, Ventvögel husmeaba el aire

mirable que nos distrajo por un instante de la sed, haciéndonos enmudecer de asombro.

A unas 40 millas tan solamente de distancia, é iluminadas por los rayos del sol, veíamos las Tetas de Sheba, y prolongándose por cada lado, en un espacio de centenares de millas, elevábase la gran montaña de Solimán. Al escribir estas páginas, en vano busco palabras para dar idea de la extraordinaria grandiosidad y belleza de aquel espectáculo. Ante nosotros veíanse dos enormes montañas que, sin duda, no tienen iguales en Africa, ni acaso en el mundo entero, pues miden lo menos 15,000 pies de altura, hallándose separadas entre sí unas 12 millas, pero comunicando una con otra por una escarpadura muy declive de roca. Estas montañas, dispuestas á modo de los pilares de

un arco gigantesco, presentaban exactamente la forma de los senos de una mujer: sus bases, elevándose suavemente desde la llanura, parecían redondeadas y lisas, y en la cima de cada una de ellas había una colinita circular cubierta de nieve, de modo que figuraba muy bien el pezón del seno. La escarpadura de roca que unía aquellas singulares montañas podría tener unos 1,000 pies de elevación, y á cada lado de ellas extendíanse, en todo el espacio que la vista alcanzaba, otras líneas semejantes de escarpas, interrumpidas acá y allá por algunas mesetas.

No me sería posible describir bien la grandiosidad del conjunto; pero había algo tan expresivo y solemne en aquellos gigantescos volcanes (*seguramente eran volcanes apagados*), que todos enmudecimos de asombro. Durante breve tiempo los rayos del sol se reflejaron en la nieve; pero después, como si la naturaleza hubiera querido cubrir con un velo tan majestuoso espectáculo, acumuláronse las nubes y una singular neblina al rededor de las Tetas de Sheba, y ya sólo pudimos distinguir los colosales contornos á través de la diáfana bruma.

Cuando las montañas quedaron casi ocultas á nuestra vista, la sed, cuestión palpitante en aquel momento, nos hizo recordar nuestra situación.

Por más que Ventvögel dijese que olfateaba el agua, nosotros no veíamos ni señales de ella por ninguna parte. Dimos vuelta á la colina, mirando con ansiedad á un lado y otro, pero sin ver pozo alguno, ni charca, ni manantial.

—Eres un tonto,—dije á Ventvögel con acento de cólera;—no hay agua.

Pero el hotentote, husmeando siempre, hacía señales afirmativas.

—La huelo en el aire, Baas (amo),—contestó;—y seguramente debe haberla.

—Sí,—repose;—sin duda, se hallará en las nubes, y de aquí á dos meses caerá la suficiente para lavar nuestros huesos.

—Tal vez esté en la cumbre de la colina,—dijo sir Enrique mesándose su barba amarillenta con aire pensativo.

—¿Quién ha oído decir nunca que se haya encontrado agua en la cumbre de una colina?—repuso el capitán.

—Pues vamos á verlo,—dijo sir Enrique.

Aunque sin esperanza, comenzamos á franquear la falda arenosa de la colina, precediéndonos Umbopa.

—¡Nanzia manzie! (aquí hay agua)—gritó de repente el zulú.

Todos nos precipitamos, y pudimos ver una profunda cavidad ó recortadura llena de agua en la misma cumbre de la colina. No nos detuvimos á reflexionar cómo podría hallarse en un sitio tan extraño, ni vacilamos tampoco ante su color y desagradable aspecto: era agua, ó, cuando menos, cosa muy parecida, y bastábanos esto. Un momento después, todos nosotros, echados de bruces, bebíamos con avidez aquel poco incitante líquido, como si fuese néctar de los dioses. ¡Cielos, cuánto bebimos! Después

nos despojamos de nuestra ropa para sentarnos al rededor del cuenco y absorber la humedad por nuestra piel apergaminada.

Cuando nos hubimos refrescado, propuse comer un poco para recobrar fuerzas, pues hacía lo menos veinticuatro horas que estábamos en ayunas. Luego cada cual fumó su pipa y nos echamos cerca de aquel bendito pozo, donde muy pronto pudimos conciliar el sueño.

Durante todo aquel día permanecimos cerca del agua, dando gracias á Dios por haberla encontrado, no sin consagrar un recuerdo de gratitud á la sombra del infeliz Silvestre, que había señalado con tanta exactitud la existencia del depósito. Lo que más extrañábamos era que se hubiese conservado tanto tiempo, y sólo pude explicarme el hecho suponiendo que habría algún manantial á gran profundidad en la arena.

Después de llenar bien nuestras botellas, y con el espíritu más reanimado, emprendimos de nuevo la marcha á favor de la luz de la luna. Aquella noche se recorrieron cerca de veinticinco millas; pero, como era de esperar, no encontramos más agua, aunque sí tuvimos la suerte de preservarnos del sol, al otro día, detrás de unos enormes hornigueros. Cuando salió el sol, disipando la misteriosa niebla, vimos la Montaña de Salomón como á unas 20 millas de distancia, pareciéndonos entonces su conjunto más majestuoso que antes. A la caída de la tarde seguimos avanzando; y, sin entrar en más detalles, diré que al amanecer del día siguiente nos hallamos en las faldas de la Teta izquierda de Sheba. Ya se había concluido otra vez el agua, y de nuevo nos aquejaba una sed horrible. Mas no veíamos medio de apagarla hasta llegar á la línea de las nieves, que aun estaba lejos de nosotros. Cuando hubimos descansado una hora ó dos, dióse de nuevo la orden de marcha, y, aguijoneados siempre por la sed, avanzamos penosamente por las pendientes de lava, abrasadas por el sol, que constituían la base de la enorme montaña.

A eso de las once estábamos completamente desfallecidos, y cada uno renegaba de su suerte más ó menos. La capa de lava que pisábamos, aunque lisa, al parecer, era bastante áspera para llagarnos los pies; y esto, unido á las otras penalidades, nos abatía física y moralmente. A pocos centenares de varas de nosotros vimos algunas moles de lava, y nos encaminamos hacia ellas con ánimo de descansar un poco á la sombra. Al llegar, no nos causó poca sorpresa, en cuanto teníamos fuerzas para sorprendernos, ver un espacio cubierto de vegetación. Evidentemente, habíase formado allí, por la descomposición de la lava, alguna tierra que, sin duda, llegó á ser receptáculo de simientes depositadas por las aves; pero esto no nos importó mucho, porque no se puede vivir comiendo yerba como Nabucodonosor: para esto se necesita un favor de la Providencia y órganos digestivos especiales. En su consecuencia, nos sentamos á la sombra de las rocas, tristes y cabizbajos, y por mi parte arrepentía-

me sinceramente de haber emprendido tan loca expedición. De improviso ví á Umbopa levantarse y correr hacia el espacio verde, y un momento después admiróme ver al zulú, siempre tan grave y digno, saltar y gritar como un loco, agitando una cosa verde en la mano. Nos acercamos á él tan rápidamente como nuestras piernas nos lo permitían, esperando que había encontrado agua.

—¿Qué ocurre, Umbopa?—grité desde lejos.

evaporación, comenzamos á sentir los agujeros del hambre. Aun nos quedaba un poco de nuestra conserva, pero era preciso economizarla, no sabiendo cuándo encontraríamos otra cosa que comer. Precisamente en aquel momento ocurrió un feliz incidente: al mirar hacia el desierto, ví una bandada de grandes aves, en número de diez ó doce que volaban directamente hacia nosotros.

—¡Skít, Baas, skít! (—¡Tirad, amo, tirad!)—



Echados de bruces, bebíamos con avidez aquel poco incitante líquido

—¡Alimento y agua, Macumazahn!—contestó el zulú.

Al aproximarse ví lo que era: Umbopa acababa de encontrar un espacio lleno de melones silvestres, muchos de ellos completamente maduros. Lo menos habría allí mil.

—¡Son melones!—dijo al capitán, que me seguía de cerca.

—Antes de que transcurriera un minuto, Good clavaba sus dientes postizos en el fruto.

Creo que cada uno de nosotros se comió lo menos seis, y, por míseros que fueran, creo que en mi vida he comido nada con tanto gusto.

Pero los melones no satisfacen mucho, y cuando hubimos apagado nuestra sed con la sustancia pulposa, cortando después varios por la mitad para que se refrescaran por la

murmuró el hotentote echándose en el suelo, ejemplo que todos seguimos.

Muy pronto reconocí que eran avutardas y que pasarían á unas 50 varas de altura sobre nosotros; por lo cual, empuñando una de las carabinas Winchesters, esperé á que se acercasen, y entonces púseme en pie y disparé dos tiros al grupo. Tuve la suerte de herir á una de las avutardas, sin duda la mejor de ellas, pues pesaba al menos 20 libras. Al cabo de media hora habíamos encendido fuego para asar el ave, y nos dimos un buen atracón, sin dejar más que los huesos y el pico; pero esto no impidió que al poco tiempo nos aquejara el hambre otra vez.

Aquella noche continuamos la marcha, llevando tantos melones como nos fué posible; y, á medida que ascendíamos, notábase que el

aire era cada vez más fresco, lo cual nos alivió mucho. Al amanecer nos hallábamos, según pudimos juzgar, á unas 12 millas de la línea de las nieves, y aquí encontramos más melones; de modo que ya no era de temer la sed, pues íbamos á llegar muy pronto á la región de aquéllas; pero la ascensión era muy fatigosa y no adelantábamos más de una milla por hora. Aquella noche dimos también fin á nuestra última ración de carne en conserva, y lo peor era que, á excepción de la avutarda, no habíamos vuelto á ver más animal viviente, ni tampoco un solo manantial ni corriente de agua. Esto último nos parecía extraño en aquellas alturas, atendida la considerable cantidad de nieve que encontrábamos y que, en nuestro concepto, debía derretirse á veces. Sin embargo, después reconocimos que, por alguna causa inexplicable para nosotros, toda el agua corría por el lado norte de la montaña.

Ya comenzaba á inquietarnos la falta de alimentos: nos habíamos librado de morir de sed, mas ahora nos veíamos expuestos á perecer de hambre. Para mayor brevedad, extractaré de mi diario los incidentes de los tres míseros días que siguieron.

«21 de mayo.—Nos ponemos en camino á las once de la mañana, pues la atmósfera está bastante fresca para viajar de día, y llevamos algunos melones de agua. No hemos encontrado más en todo el día, sin duda porque hemos pasado ya de la región donde se hallan. Tampoco he visto caza de ninguna especie. Al ponerse el sol hacemos alto para descansar. Hace ya muchas horas que no comemos nada, y el frío nos aflige mucho durante la noche.

»22.—Continúa la marcha al salir el sol, pero todos estamos muy desfallecidos y débiles, por cuya razón no se han recorrido más de cinco millas durante el día. Hemos encontrado algunos espacios cubiertos de nieve y comido una regular porción de ésta para engañar el hambre. Acampamos durante la noche bajo el borde de una extensa meseta. El frío es penetrante. Después de beber un trago de aguardiente, nos arropamos en nuestras mantas, echándonos uno junto á otro á fin de conservar el calor y la vida. El hambre nos produce tormentos indecibles. He creído que Ventvögel se moría esta noche pasada.

»23.—A duras penas avanzamos una vez más ya entrada la mañana. Nos vemos en más apurado trance que nunca, y temo que, si no encontramos alimento, ésta será nuestra última jornada. El aguardiente se acaba también. El capitán, sir Enrique y Umbopa resisten admirablemente; pero el pobre Ventvögel está muy malo; pues, así como la mayoría de los hotentotes, no puede soportar el frío. Estamos ahora al nivel de la rápida pendiente que enlaza las dos Tetas, y el golpe de vista es magnífico. Detrás de nosotros el ardiente desierto se pierde de vista en el último confín del horizonte, y por delante extiéndese una sábana de nieve endurecida, en cuyo centro elevase el pezón de la montaña á la altura de cuatro mil pies, pareciendo confundirse con las nubes. No se ve

ni un solo ser viviente. ¡Dios nos valga! Creo que nuestra última hora se aproxima.»

Dejaré ahora el diario, no sólo porque su lectura no es muy interesante, sino porque lo siguiente exige tal vez más minuciosos detalles.

En este día (23 de mayo) comenzamos á subir por la nieve lentamente, deteniéndonos á intervalos para descansar. La jornada no fué esta vez más que de 7 millas, y poco antes de ponerse el sol nos hallábamos bajo el pezón de la Teta izquierda de Sheba, que se destacaba en los aires á la altura de algunos miles de pies, coronándole una colinilla de hielo. Por desfallecidos que estuviéramos, no pudimos menos de admirar aquel espectáculo, más maravilloso entonces porque los últimos rayos del sol poniente teñían la nieve con rojizas tintas, formando en la cumbre una brillante aureola.

—Ahora debemos estar cerca de la gruta de que el viajero portugués hablaba, —dijo de pronto el capitán Good.

—Sí,—contesté yo,—si es que existe.

—Vamos, Quatermain,—replicó sir Enrique;—no sea V. tan desconfiado. Yo tengo fe en el antiguo viajero: acuérdesse del agua. Seguramente, encontraremos el sitio.

—Me alegraré,—repuse;—pero si no se halla antes de oscurecer, somos muertos.

Avanzamos silenciosos durante diez minutos, y al cabo de este tiempo, Umbopa, que iba detrás de mí, embozado en su manta y oprimida la cintura con una correa «á fin de que no le aquejara tanto el hambre», cogióme de un brazo.

—¡Mirad!—exclamó, señalando un punto de la pendiente.

Seguí con la vista la dirección indicada, y á unas doscientas varas de distancia percibí una depresión del terreno que me pareció un agujero en la nieve.

—Esa es la cueva,—dijo Umbopa.

Nos dirigimos hacia allí al punto, y vimos que el agujero era, efectivamente, la entrada de una caverna, sin duda la misma en que el infeliz Silvestra escribió. Llegábamos muy á punto, pues precisamente en aquel momento el sol se ocultó con singular rapidez, dejando aquellos parajes casi á oscuras, pues en esas latitudes es sumamente corto el crepúsculo. Nos introdujimos en la caverna, que no parecía muy grande; y después de apurar el resto del aguardiente, bien poco, por cierto, nos echamos en pelotón para conservar algún calor, procurando olvidar nuestras penalidades con el sueño. Pero tan intenso era el frío, que no nos fué posible dormir. Estoy seguro de que en aquellas alturas el termómetro no hubiera marcado menos de 14° ó 15° bajo el punto de congelación. Mis lectores podrán imaginar fácilmente lo que esto significaba para nosotros, enervados como estábamos por la fatiga, la falta de alimento y el ardiente calor del desierto, y, por lo tanto, no necesito entrar en más detalles. Basta decir que nos parecía estar ya á las puertas de la muerte. Hora tras hora

pasamos allí, sufriendo un tormento indecible, porque el aire helado de la noche penetraba hasta nosotros; de modo que, al fin, se nos enfriaron las extremidades de tal modo que parecían insensibles. En nuestros míseros cuerpos no quedaba ya calor. A veces uno de nosotros quedaba como aletargado durante algunos minutos, pero ninguno podía dormir largo rato; y tal vez esto fué una fortuna para nos

tua, y ya no me extrañó que tuviese las espaldas frías: el infeliz había muerto al exhalar aquel profundo suspiro, y su cuerpo, helado, estaba completamente rígido. Ante aquel espectáculo, todos nos alejamos del cadáver (¡qué singular es que nos horrorice la compañía de un difunto, por más que lo conozcamos!) sentado en su sitio y con los brazos aun cruzados al rededor de las rodillas.



Sentada en la extremidad de la caverna... veíase la forma de otro ser humano..

otros, pues dudo que hubiésemos llegado á despertar, y yo creo de buena fe que sólo á fuerza de voluntad pudimos conservar la vida.

Poco tiempo antes de amanecer oí al hotentote Ventvögel, que había estado castañeteando de dientes toda la noche, exhalar un profundo suspiro, y después ya no se movió. No pensé más en ello por el pronto, figurándome que se habría dormido; pero extrañóme que su espalda, apoyada en mis hombros, estuviese cada vez más fría, pareciéndome, al fin, helada.

Al rayar la aurora penetró la luz en nuestro albergue, y muy pronto los rayos del sol reflejéronse en la cima de la pared de lava. El pobre Ventvögel estaba inmóvil como una esta-

El sol iluminaba ya de lleno la entrada de la caverna, y nos disponíamos á salir cuando un grito de espanto de uno de los nuestros nos hizo volver la cabeza.

Hé aquí lo que vimos: sentada en la extremidad de la caverna, que sólo tendría unos 20 pies de longitud, veíase la forma de otro ser humano, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos pendientes. Semejante espectáculo me estremeció, porque aquello era el cadáver de un hombre, y, lo que es más, de un hombre blanco.

Los otros lo vieron también; y, sin duda, esto era demasiado para nuestros debilitados nervios, pues todos salimos de la cueva tan apresuradamente como nos fué posible.

CAPITULO VII

LA CARRETERA DE SALOMÓN

Una vez fuera de la caverna, nos detuvimos como atontados.

—Voy á volver,—dijo sir Enrique.

—¿Por qué?—preguntó el capitán.

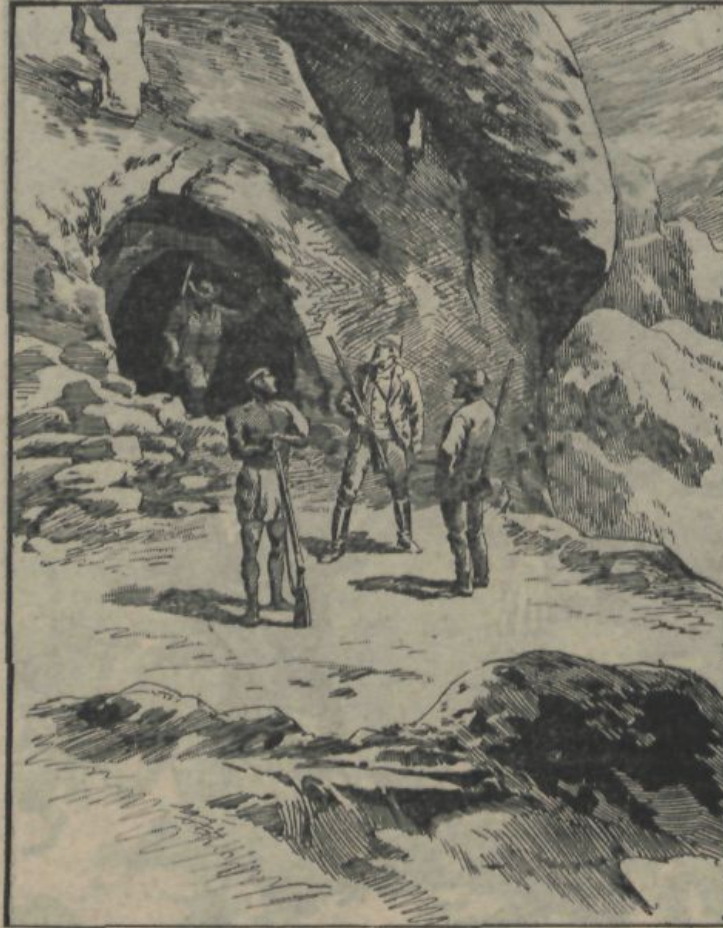
—Porque se me ha ocurrido que el esqueleto que acabamos de ver es el de mi hermano.

fuerza á los huesos. El cadáver no tenía más ropa que los restos de unos calzoncillos, al parecer de lana, y, por lo tanto, el esqueleto estaba casi desnudo. Del cuello pendía una cruz de marfil amarillento, y el cuerpo estaba helado, del todo rígido.

—¿Quién podrá ser?—murmuré, aunque bastante alto para que me oyeran.

—¿No lo adivina V.?—preguntó el capitán.

Moví la cabeza negativamente.



Dejando allí aquellos dos cuerpos... salimos de la gruta...

Esta era una nueva reflexión, y volvimos á penetrar en la gruta para asegurarnos del hecho.

Al principio, nuestros ojos, deslumbrados por el reflejo del sol en la nieve, no distinguieron nada; pero cuando se acostumbraron á la oscuridad nos adelantamos hasta la forma muerta.

Sir Enrique se arrodilló para observar bien el semblante.

—¡Gracias á Dios!—dijo después de un momento, exhalando un suspiro para desahogar su pecho.—No es mi hermano.

A mi vez, quise observar. El cuerpo era el de un hombre alto, de facciones aguileñas. La cabeza conservaba algún cabello canoso, y lo que aun se veía del bigote era negro. La piel, completamente amarilla, estaba adherida con

—Pues yo digo,—añadió el capitán,—que este cadáver no puede ser otro sino el de don José da Silvestra.

—¡Imposible!—exclamé.—Hace ya trescientos años que murió.

—Y ¿qué impide que se conserve, aunque sea mil años, en esta atmósfera de hielo?—preguntó el capitán.—Mientras reine aquí este aire tan frío, la carne y la sangre se conservarán siempre tan frescas como un carnero de Nueva Zelanda. En esta caverna no penetra nunca el sol, y ningún animal viene á desgarrar ó destruir. Es indudable que el esclavo de quien habla en su escrito le despojó de sus ropas, dejándole aquí, pues él solo no podía darle sepultura. ¡Mirad!—añadió inclinándose de pronto y recogiendo del suelo un hueso de forma singular, con la punta muy aguda. Aquí

tenéis la pluma de que el infeliz se sirvió para trazar su plano.

Todos miramos con asombro aquel objeto, olvidando nuestra miseria ante aquel espectáculo extraordinario, que nos parecía casi milagroso.

—¡Ah!—añadió sir Enrique, señalando una pequeña herida en el brazo izquierdo del cadáver.—Y aquí podéis ver de dónde tomó la tinta. ¿Habrá en el mundo hombre que haya visto algo como esto antes de nosotros?

Ya no cabía la menor duda, y no puedo menos de confesar que el hecho me hizo enmudecer de asombro. Allí estaba el cadáver del hombre cuyas indicaciones, escritas diez generaciones antes, nos habían conducido á aquel sitio. En mi propia mano estaba la tosca pluma de que el infeliz se sirvió, y al rededor de su cuello veía la cruz que sus labios moribundos besarían. Al contemplar aquel esqueleto, mi imaginación pudo representarse fácilmente toda la escena: el viajero expirante por el hambre y el frío, y esforzándose, sin embargo, para revelar al mundo el gran secreto que acababa de descubrir. ¡Qué espantosa debió ser para el desgraciado viajero aquella horrible soledad de la muerte! Hasta me pareció reconocer en las marcadas facciones del esqueleto cierta semejanza con las de mi infeliz amigo Silvestra, muerto veinte años antes en mis brazos; pero tal vez fuera esto una ilusión. Como quiera que sea, allí estaban aquellos restos, mudo testimonio de la suerte que tan á menudo sufren aquellos que tratan de penetrar en lo desconocido; y allí tal vez permanecerá, coronado de la espantosa majestad de la muerte, durante siglos y siglos, para asombrar á los viajeros que, como nosotros, se atreven á invadir aquella soledad. Aunque estábamos desfallecidos de frío y hambre, el espectáculo nos hizo enmudecer de admiración.

—Vámonos,—dijo el Sr. Curtis.—Pero no... esperad: demos un compañero á ese cadáver.

Y, levantando el cuerpo rígido del hotentote Ventvögel, colocólo junto al otro. Después rompió el cordón de que pendía la cruz, porque tenía los dedos demasiado débiles para deshacer el nudo, y se la guardó. (Creo que aun la conserva). Yo cogí el hueso que había servido de pluma, y lo tengo á la vista al escribir estas líneas.

Y, dejando allí aquellos dos cuerpos, el del altivo hombre blanco de las pasadas edades y el del pobre hotentote, mudos vigilantes de las nieves eternas, salimos de la gruta, pensando con tristeza cuántas horas pasarían antes de que nos viéramos en el mismo estado.

Después de recorrer media milla, llegamos al borde de la meseta, pues el pezón no se elevaba exactamente en el centro, aunque desde el desierto pareciese así. No podíamos ver lo que había más abajo, pues sobre el paisaje cerníanse las brumas de la mañana; mas, apenas se hubieron disipado, divisamos como á unas 500 varas, en la extremidad de una pendiente de nieve, un espacio cubierto de yerba en cuyo centro deslizábase un arroyuelo. Aun

vimos más: cerca del agua, ocho ó diez grandes animales, al parecer antílopes, retozaban alegremente, corriendo y saltando. La distancia no nos permitía reconocerlos bien.

La presencia de aquellos animales nos regocijó lo que no es decible: allí había abundante alimento; pero la cuestión era adquirirlo. Los antílopes estaban á unas 600 varas, tiro demasiado largo y del que no podíamos fiarnos tratándose de nuestras vidas.

Al punto comenzamos á discutir sobre si convendría acercarnos más para rodear la caza; mas como el viento no era favorable para esto, y podíamos ser vistos muy pronto, se renunció á este medio.

—Pues será necesario probar suerte desde aquí,—dijo el Sr. Curtis.—¿De qué armas nos serviremos, amigo Quatermain: de los rifles ó de las carabinas?

La elección era difícil, pues los rifles estaban contruídos expresamente para disparar á la distancia de 1,000 varas; mientras que las carabinas de Winchester no tenían más alcance que de 350, y el tiro era dudoso pasando de aquí; pero, en cambio, cargábanse con balas explosivas, y era más fácil dar en el blanco. El caso ofrecía dudas; pero, al fin, resolví probar fortuna con estas últimas armas.

—Que cada cual elija uno de los antílopes,—dije á mis compañeros.—Es preciso asegurar la puntería con mucha detención; y cuando Umbopa dé la señal hagamos todos fuego á la vez.

Siguióse una pausa, y después cada cual apuntó con el mayor cuidado, teniendo en cuenta que de aquello dependía tal vez su vida.

—¡Fuego!—gritó Umbopa en zulú.

En el mismo instante resonaron las detonaciones, repetidas por cien ecos, y una nube de humo nos impidió ver desde luego el resultado. Mas, apenas se desvaneció, proferimos un grito de alegría: un antílope estaba tendido boca arriba, pataleando furiosamente. Nos habíamos salvado, pues ya no moriríamos de hambre. Aunque muy débiles, nos precipitamos por la pendiente, y á los diez minutos después de haber hecho fuego, el corazón y el hígado del animal humeaban ante nosotros. Pero entonces ocurrió otra dificultad, y es que nos faltaba combustible, no siendo posible asar la carne.

Yo fijé en mis amigos una mirada de desaliento.

—Los que se mueren de hambre no deben ser escrupulosos,—dijo el capitán;—será preciso comer la carne cruda.

No había otro remedio para salir del apuro; pero tal era nuestra debilidad, que la proposición nos pareció menos desagradable que lo habría sido en ningún otro caso. En su consecuencia, enterramos en la nieve el corazón y el hígado algunos minutos para enfriarlos, laváronse después en agua fría de la corriente, y comenzamos á comer con ansia. Esto parecerá, sin duda, horrible; pero debo decir que jamás he comido nada tan sabroso como aquella carne cruda. Al cabo de un cuarto de hora ya

éramos otros hombres: con la vida renació el vigor, el pulso latía otra vez con regularidad, y la sangre circuló bien por las venas. Tuvi- mos cuidado de no comer con exceso, sabiendo bien cuáles podrían ser las consecuencias.

—¡Gracias á Dios!— exclamó sir Enrique.— Ese animal ha salvado nuestras vidas. Pero ¿es verdaderamente un antílope, amigo Quatermain?

Levantéme para examinar la víctima, y vi

llevar, fijamos nuestra atención en el paisaje. Los rayos del sol habían disipado ya la bruma por completo, pues eran las ocho de la mañana, por lo menos, y de consiguiente nos fué dado examinar el país de una ojeada. No sé cómo describir el magnífico cuadro que se desarrollaba ante nosotros, pues nunca había visto nada semejante, ni tengo esperanza de volver á verlo.

A nuestra espalda elevábanse las Tetas de



Un antílope estaba tendido boca arriba, pateando furiosamente

que tenía la talla de un asno y grandes cuernos retorcidos; el pelaje, de color pardusco, estaba cruzado por líneas rojizas y era muy espeso. La especie era completamente desconocida para mí, y después supe que los naturales de aquel maravilloso país le daban el nombre de *Inco*. Según me dijeron más tarde, era muy rara y encontrábase sólo en las grandes alturas donde no vivían otros animales. No podíamos saber quién de nosotros le había herido, pero yo creo que el capitán se atribuía el mérito, acordándose, sin duda, de su hazaña con la jirafa, y nosotros no quisimos decirle nada en contra.

Como no habíamos pensado hasta entonces más que en comer, nadie fijó su atención en los alrededores; pero después de ordenar á Umboja que cortase cuanta carne podíamos

Sheba, cubiertas de nieve, y á nuestros pies, á unas 1,600 varas de distancia del punto en que nos hallábamos, extendíase la más hermosa campiña que imaginarse pueda. Aquí se veían inmensos espacios de bosque alto; allá un río de cristalina corriente; á la izquierda divisábanse ricos pastos llenos de yerbas ondulantes, entre las que pululaban numerosas cabezas de ganado ó de otros animales, pues no podíamos distinguirlo bien, y el todo estaba cercado por una lejana línea de montañas. A la derecha, el país era más ó menos escabroso; pero veíanse varios campos en cultivo, y entre ellos algunos grupos de chozas de forma circular. El país se desarrollaba á nuestra vista como un inmenso mapa cruzado por varios ríos; y en diversos puntos destacábanse altos picos cubiertos de nieve, en los que se refleja-

ban los rayos del sol, comunicando á todo el paisaje el aspecto más risueño y encantador.

Dos hechos curiosos llamaron principa- mente mi atención: en primer lugar, que aquel país se hallase situado, por lo menos, á 5,000 pies del desierto que acabábamos de recorrer; y en segundo, que todos los ríos se dirigieran de sud á norte. Como ya sabíamos por una triste experiencia, no había agua alguna en la parte sur de la inmensa montaña en que nos hallá-

traordinario que hubiese una especie de calza- da romana en aquel país.

—Pues bien,—dijo el capitán;—llegaremos allí muy pronto si cortamos por la derecha; y opino que vayamos allá.

El consejo nos pareció oportuno, y, después de lavarnos cara y manos en el arroyo, nos pusimos en marcha. En el espacio de una milla fué preciso franquear grandes peñascos y espacios de nieve endurecida; mas, al llegar á una



Esta especie de golfo estaba lleno de grandes moles de piedra, y en el fondo veíanse algunos arcos...

bamos; pero en el lado norte había muchas co- rrientes, las más de las cuales parecían unirse con el gran río que se deslizaba á lo lejos.

Nos sentamos á descansar un rato, y con- templamos silenciosos aquel paisaje encan- tador, hasta que el Sr. Curtis rompió el silencio.

—¿No debe estar aquí,—dijo,—el camino de Salomón indicado por el portugués?

Distraído en mis observaciones, hice con la cabeza un signo negativo.

—¡Pues bien,—añadió, señalando un punto á la derecha,—allí está!

El capitán y yo miramos en la direcció- n indicada, y vimos, efectivamente, prolongándose hacia la llanura, lo que parecía ser un ancho camino. Ninguno de nosotros contestó, sin em- bargo, porque ya comenzábamos á no extra- ñarnos de nada, y porque no nos parecía ex-

eminencia, vimos el camino á nuestros pies. Era verdaderamente magnífico, y estaba abier- to en la roca viva: seguramente no tendría me- nos de 50 pies de anchura, y, al parecer, estaba muy bien conservado; pero me pareció muy sin- gular que arrancase desde aquel mismo punto. Pocos momentos después habíamos bajado este camino, y entonces observé que solamente á cien pasos detrás de nosotros, en direcció- n á las Tetas de Sheba, desaparecía completa- mente, hallándose toda la superficie de la montaña cubierta de moles pedregosas y espacios de nieve.

—¿Qué pensáis de esto, Quatermain?—pre- guntó sir Enrique.

—Nada,—contesté;—no me lo explico.

—Pues yo sí,—dijo el capitán Good.—Indu- dablemente, el camino se prolongaba sobre la

montaña y á través del desierto por el otro lado; pero las arenas le han cubierto, y sobre nosotros ha quedado oculto por alguna erupción volcánica.

La explicación era muy admisible, y, por lo tanto, la aceptamos. Aquel camino facilitaba mucho la marcha; y como, por otra parte, habíamos comido en abundancia, pudimos recorrer mucho terreno, diez veces más que cuando trepábamos muertos de hambre y casi helados. A no ser por el melancólico recuerdo del hotentote y de la caverna de la muerte, hubiéramos estado bastante alegres, á pesar de la perspectiva de peligros desconocidos. A medida que avanzábamos, la temperatura era cada vez más suave y el paisaje más risueño. En cuanto al camino, no recordaba haber visto nada mejor hecho, aunque sir Enrique decía que se parecía mucho al de San Gotardo en Suiza. Al llegar á cierto punto vimos un inmenso barranco de 300 pies de anchura por 100 de profundidad. Esta especie de golfo estaba lleno de grandes moles de piedra, y en el fondo veíanse algunos arcos que parecían indicar la construcción de algún viaducto, sobre el cual prolongábase el camino: en cierta parte presentaba varios zigzags en el lado de un precipicio de 500 pies de profundidad, y en otra veíase como un túnel de 30 varas ó más á través de la base de una colina.

Aquí observamos que los lados del túnel tenían por adorno varias extrañas esculturas en la piedra, que representaban figuras de hombres conduciendo carros; una de ellas, notable por su trabajo artístico, figuraba una batalla, y en último término un convoy de prisioneros.

—Me parece muy bien, — dijo sir Enrique, después de examinar aquella obra de arte. — que hayan llamado á esto *la carretera de Salomón*; pero me parece que los egipcios han estado aquí mucho antes que aquel rey, á juzgar por esos trabajos.

A medio camino habíamos avanzado lo suficiente para llegar á la región de los bosques, y allí vimos que el camino se prolongaba entre dos líneas de esos árboles de tronco plateado que tanto abundan en las pendientes de la Montaña de la Tabla en Cape Town.

—¡Ah! — exclamó el capitán, fijando su atención en las argentadas hojas de aquellos árboles, con expresión de entusiasmo. — Aquí hay mucha leña, y lo mejor que podemos hacer es preparar la comida, pues yo he digerido ya la carne cruda.

Nadie opuso dificultad, y, en su consecuencia, dejamos el camino para dirigirnos á un arroyo próximo, cerca del cual se encendió una hermosa hoguera. Cortáronse algunos de los mejores pedazos de la carne del inco, y, clavándolos en la punta de una pértiga bien aguzada, pudimos asarlos perfectamente. Bien repletos todos, sacamos nuestras pipas para fumar, considerándonos felices al evocar el recuerdo de nuestras pasadas tribulaciones.

Entre los árboles había espesuras de arbustos, en las que vimos algunas palomas torca-

ces y avecillas de brillantes colores: aquello parecía un paraíso.

Deleitados con nuestro bienestar, casi todos estábamos silenciosos y entregados á nuestras reflexiones: sólo sir Enrique y Umbopa conversaban con mucha viveza y algo acaloradamente, según me pareció. De pronto eché de menos al capitán, y, mirando á mi alrededor para ver qué había sido de él, observé que estaba sentado junto al arroyo, en el cual acababa de bañarse. En aquel momento no tenía puesta más que su camiseta interior de franela, y ocupábase con mucha minuciosidad en la limpieza de su ropa y de su persona. Después de lavar su cuello postizo impermeable, dobló con mucho cuidado el pantalón, la levita y el chaleco para ponérselos cuando acabara de arreglarse, y al mismo tiempo movía la cabeza con expresión melancólica al ver los descosidos y desgarrones resultantes de nuestra terrible excursión. Luego frotó sus botas con un puñado de yerba para quitar el barro, y en seguida untó la piel con un pedazo de grasa del inco muerto, dejándolas bastante limpias, y se calzó. Terminada esta operación, sacó de una bolsita un peinecillo de esos que tienen espejo, y miróse detenidamente. Sin duda, no quedaría satisfecho, pues volvió á peinarse; y, pasándose después la mano por la barba, que estaba muy crecida, hizo un ademán como si se le hubiera olvidado aquella parte de su limpieza. No pensé yo, ni por asomo, que tratara de afeitarse, pero me engañé: cogiendo otra vez el pedazo de grasa, lavólo bien, sacó de la bolsita una navaja de afeitar, y, después de frotarse bien la barba con aquél, dió principio á la operación de rasurarse. Sin duda, el procedimiento era muy doloroso, pues el pobre capitán hacía muchas muecas, tanto, que no pude contener la risa. Atendido el lugar y las circunstancias, no podía darse nada más extraño y curioso que aquel hombre, tratando de afeitarse con un pedazo de grasa. Al fin, consiguió rasparse el pelo del lado derecho de la cara; mas, apenas hubo concluído, yo, que observaba atentamente, ví de pronto brillar algo que cruzó los aires junto á la cabeza de Good.

El capitán se puso en pie al punto, lanzando una imprecación, y yo me levanté á mi vez, sin decir nada, á fin de averiguar qué ocurría. Entonces pude ver, á veinte pasos del sitio donde yo estaba y á diez del capitán, un grupo de hombres, todos ellos muy altos, de tez cobriza y adornada la cabeza, algunos de ellos, con grandes plumas negras. En primer término estaba un joven de diez y ocho á veinte años, con la mano levantada y el cuerpo inclinado hacia adelante, en la actitud de una estatua griega, de un hombre que se prepara para acometer á un enemigo. El relámpago que yo creí ver antes, era, sin duda, el brillo de un arma arrojadiza lanzada por aquel mancebo.

Mientras yo examinaba con curiosidad á los recién llegados, destacóse del grupo un hombre, cogió del brazo al joven, y, después de haberle dicho alguna cosa, avanzó hacia nosotros, seguido de los suyos.

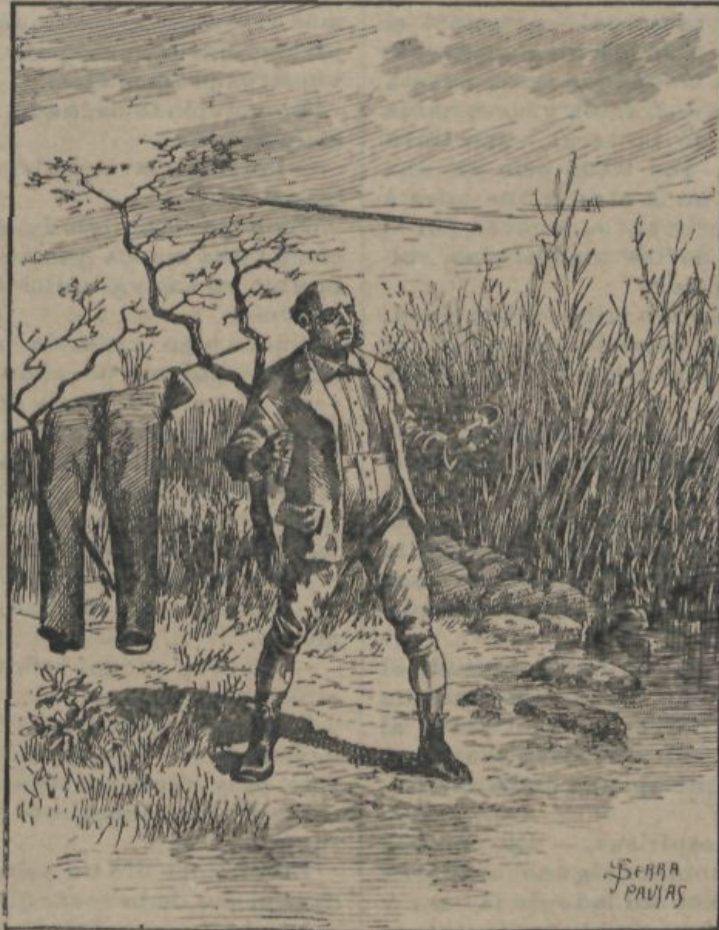
Sir Enrique, Good y Umbopa habían levantado ya las carabinas con ademán amenazador. Los indígenas seguían adelantándose, y me extrañó que no comprendiesen cuán peligrosas eran nuestras armas.

—¡Abajo las carabinas! — grité á los otros, persuadido de que sólo podríamos salvarnos por la conciliación. Todos obedecieron, y, avanzando á mi vez, dirigíme al que había hablado al joven, hombre ya de edad y que parecía el jefe.

las facciones muy semejantes á las de aquellos hombres y análogo desarrollo en las formas, pero no tuve entonces tiempo de reflexionar sobre esta coincidencia.

—Somos extranjeros, — contesté, — y no venimos en son de guerra, sino de paz. Ese hombre es nuestro servidor.

—Mentís, — replicó el jefe; — ningún extranjero puede cruzar las montañas donde todas las cosas mueren. Pero nada importan vuestras mentiras, pues si sois extranjeros habéis



Ví de pronto brillar algo que cruzó los aires junto á la cabeza de Good

—Bien venido seáis, — le dije en zulú, sin saber qué lenguaje usar. Con gran sorpresa mía, me entendió.

—Bien venido, — contestó el hombre, no en el mismo dialecto, pero en otro muy parecido, que Umbopa y yo comprendimos sin dificultad.

Según supimos después, en el país se hablaba una especie de zulú antiguo que tenía muchos puntos de semejanza con el moderno.

—¿De dónde venís, — preguntó el hombre, — quiénes sois, y por qué las caras de vosotros tres son blancas, mientras que la de vuestro compañero se asemeja á la de los hijos de nuestro país?

Al pronunciar estas últimas palabras señalaba á Umbopa, y, al mirarle yo, reconocí de pronto que era muy cierto. Nuestro zulú tenía

de morir, porque no toleramos á ninguno en la tierra de los kukuanas. Tal es la ley impuesta por nuestro soberano. ¡Oh extranjeros! ¡Preparaos á morir!

Estas palabras me inquietaron un poco, tanto más cuanto que ví las manos de algunos de aquellos hombres dirigirse al costado izquierdo, del que pendía un cuchillo de grandes dimensiones.

—¿Qué dice ese bergante? — preguntó el capitán.

—Que nos preparemos á morir, — contesté.

—¡Cielos! — exclamó Good.

Y, según su costumbre cuando estaba perplejo, echó la mano á su dentadura postiza y movióla de un lado á otro, haciéndola resonar después en la boca por un golpe seco. Fué un incidente muy afortunado, pues al observar

esto los kukuanas lanzaron un grito de horror, retrocediendo algunos pasos.

—¿Qué ocurre?—pregunté.

—Es que Good ha movido sus dientes,—murmuró sir Enrique.

Y, volviéndose hacia el capitán, añadió:

—Sáquese V. la dentadura, amigo mío.

Good obedeció al punto y púsole sobre un brazo.

Un momento después la curiosidad se sobrepuso al temor, y los indígenas avanzaron lentamente, olvidando, al parecer, sus malas intenciones respecto á nosotros.

—¿Cómo es, ¡oh extranjeros!—preguntó el jefe con gravedad,—que los dientes de ese hombre—(señalando á Good, que tenía puesta solamente su camiseta de franela y no se había afeitado sino un lado de la cara),—que lleva las piernas desnudas, que tiene pelo en una mitad del rostro y no en la otra, y que mira á través de un ojo de cristal, se mueven por sí solos y pueden salir de las mandíbulas, volviendo otra vez á su sitio?

—Abra V. la boca amigo mío,—dije á Good.

Hízolo así el capitán, dejando ver sus encías desnudas, mientras fijaba en el jefe una mirada de cólera.

—¿Dónde están los dientes?—gritaron los indígenas.—Los hemos visto antes con nuestros propios ojos.

Volviendo la cabeza lentamente y con ademán desdeñoso, Good se pasó la mano por la boca, abrió luego ésta, y mostró de nuevo á sus asombrados espectadores dos líneas de magníficos dientes.

Al ver esto, el joven que había lanzado el arma se arrojó al suelo, dejando escapar un prolongado grito de horror; y en cuanto al jefe, temblábanle de tal modo las piernas á causa de su espanto, que apenas podía mantenerse en pie.

—Ya veo que sois espíritus,—dijo con voz desfallecida.—¿Hay hombre alguno, nacido de mujer, que tenga pelo en un lado de la cara y en el otro no, ni que lleve un ojo transparente y dentadura que se disipa y reaparece? ¡Perdonad, señores nuestros!

La cosa no podía tomar mejor cariz, y ya se comprenderá que me aproveché de la situación.

—Dispensados estáis,—contesté con majestuoso ademán;—y ahora voy á deciros la verdad. Venimos de otro mundo, aunque somos hombres como vosotros: venimos de la estrella más grande que brilla en el firmamento.

—¡Oh! ¡Oh!—murmuraron los indígenas, mudos de estupor.

—Sí,—continué, sonriendo con benevolencia al decir esta estúpida mentira;—venimos á visitaros para que seáis felices mientras estamos aquí; y ya veis que me he preparado, aprendiendo vuestro lenguaje.

—Así es,—contestaron todos.

—Pero debo añadir,—dijo el jefe,—que lo habéis aprendido muy mal.

Fijé en mi interlocutor una mirada de indignación que le hizo enmudecer.

—Ahora bien, amigos míos,—proseguí;—ya comprenderéis que después de tan largo viaje no era justo recibirnos como lo habéis hecho, y que, por lo tanto, debemos castigar con la muerte al impío que arrojó el cuchillo contra aquel cuyos dientes entran y salen.

—Perdonadle, ¡oh habitantes de las estrellas!—dijo el jefe en ademán de súplica.—Es hijo del rey, y yo soy su tío. Si recibiese daño alguno, yo pagaría con mi sangre.

—Esa es la verdad,—añadió el joven con cierto énfasis.

—Tal vez dudéis de nuestro poder para tomar venganza,—continué,—sin hacer caso del joven; mas ahora vais á convenceros por vuestros propios ojos.

Y, volviéndome hacia Umbopa, díjele con rudo acento:

—Perro esclavo, dadme el tubo mágico que habla.

Umbopa comprendía mi intención, y, haciendo una mueca que no me hubiera parecido posible en sus varoniles facciones, entregóme el arma.

Ahora bien: antes de pedir la carabina, yo había visto un pequeño antílope sobre una roca, á unas 70 varas de distancia, y resolví arriesgar el tiro.

—¿Veis aquel animal?—continué, señalando el antílope á los indígenas.—Decídmeme si es posible que hombre alguno, nacido de mujer, lo mate desde aquí haciendo ruido.

—No es posible, señor,—contestó el jefe.

—Pues yo lo mataré,—repuse tranquilamente.

—No creo que mi señor lo consiga,—replicó el indígena sonriendo.

Levanté la carabina é hice la puntería cuidadosamente. Era un animal pequeño: habría sido muy fácil no tocarle; pero no convenía errar el tiro. Acerqué el dedo al gatillo é hice fuego.

El antílope dió un salto en el aire y fué á caer al pie de la roca, quedando inmóvil.

Los indígenas dejaron escapar un grito de terror.

—Si queréis carne, id á buscarla,—dije á los indígenas fríamente.

El jefe hizo una señal á uno de sus hombres para que fuese á buscar la víctima, y poco después estaba delante de nosotros, observando yo con satisfacción que la herida era mortal.

Los indígenas se agruparon al rededor del antílope muerto, contemplando con terror el agujero abierto por la bala.

—Ya veis que no hablo en vano,—dije al jefe.

Nadie contestó.

—Si dudáis aún,—añadí,—que vaya uno de vosotros á situarse en la roca, y haré con él lo mismo que con el antílope.

Nadie pareció dispuesto á darse por aludido, hasta que, al fin, habló el hijo del rey.

—Muy bien,—contestó.—Me parece, querido tío, que podrías ir á colocarte tú allí: el mágico no ha matado más que un antílope, y

seguramente no haría lo mismo con un hombre.

Al jefe no pareció agradaarle la indicación, ni se mostró dispuesto á complacer al joven.

—¡No, no!—replicó apresuradamente.—Mis viejos ojos han visto ya bastante. Estos hombres son hechiceros, seguramente, y, por lo tanto, debemos presentarlos al rey; pero si alguno de vosotros quiere ir á situarse en la roca para que el tubo mágico hable con él, le autorizo para que lo haga.

Todos hicieron con la cabeza un movimiento negativo.

—Inútil fuera emplear para nuestros pobres cuerpos tan buena magia,—dijo uno.—Nos damos por convencidos. En todo nuestro pueblo no se encontraría un solo hombre capaz de hacer otro tanto.

—Es indudable,—observó el jefe, con expresión más tranquila;—es indudable. Escuchad, hijos de las estrellas, de los ojos brillantes y de los dientes movibles, que lanzáis el trueno con vuestra mano, matando desde lejos: yo soy un Infadoos, hijo de Kafa, en otro tiempo rey del pueblo Kukuana, y este joven es Scragga.

—¡Valiente pillito!—murmuró el capitán.—Por poco me escabecha.

—Scragga,—continuó el jefe,—es hijo de Twala, el gran rey Twala, esposo de mil mujeres, jefe y señor permanente de los Kukuanas, guardián del gran camino, terror de sus adversarios, maestro en las Artes Negras y jefe de cien mil guerreros; Twala el Tuerto, el Negro, el Terrible.

—Bien,—contesté con indiferencia;—conducidos á presencia de Twala, pues nosotros no queremos hablar con gente inferior.

—Está bien, altos señores: iremos allá; pero se ha de andar bastante, y necesitamos tres días para llegar á la residencia del rey. Tened un poco de paciencia.

—Muy bien,—contesté;—poco nos importa el tiempo, pues nosotros no morimos nunca; pero tened cuidado, Infadoos y Scragga, y no nos preparéis ningún lazo, pues antes de que vuestros cerebros de cieno puedan imaginar nada en contra nuestra, tomaríamos una venganza terrible. El hombre del ojo transparente y de las piernas desnudas—(refiriéndome al capitán)—os destruiría á ambos y á todo vuestro pueblo: sus dientes movibles devorarán á las madres y á los hijos, y los tubos mágicos os harán pedazos. ¡Cuidado!

Este discurso no dejó de producir su efecto; mas apenas era necesario, pues los indígenas estaban bien convencidos de nuestra fuerza.

El jefe hizo una señal de asentimiento, murmurando la palabra *kum, kum*, que, según supe después, era el saludo real, y, volviéndose hacia sus hombres, dirigióles la palabra. Dos de ellos se encargaron de llevar nuestros efectos, menos las carabinas, que no quisieron tocar de ningún modo, y apoderáronse hasta de la ropa del capitán, que, como ya se recordará, éste había doblado después de limpiarla.

Good corrió hacia los hombres y prodújose un altercado.

—Que no las toque, mi señor, el del ojo transparente,—dijo el jefe;—pues mis esclavos lo llevarán todo con cuidado.

—¡Pero es que quiero ponerme mi ropa!—gritó Good con acento de enojo.

Umbopa tradujo estas palabras.

—Supongo que mi alto señor,—repuso Infadoos,—no querrá ocultar sus hermosas piernas blancas—(aunque el capitán era moreno, tenía el cuerpo muy blanco)—á los ojos de sus servidores. ¿Hemos ofendido á nuestro señor para que haga tal cosa?

Al oír esto, apenas pude reprimir una carcajada, y entretanto uno de los hombres se alejó con la ropa.

—¡Maldito sea!—exclamó el capitán.—¡Ese tunante se lleva mis pantalones!

—Escuche V., amigo mío,—dijo sir Enrique;—V. se ha presentado de cierto modo en este país, y opino que debe de permanecer como está. De modo que de aquí en lo sucesivo se deberá V. limitar á la camiseta interior de franela, á las botas y al monóculo.

—Sí, sí,—añadí;—y también será preciso dejarse la patilla que le queda, pues si cambia alguna cosa creerán que somos unos impostores. Lo siento mucho por V., pero importa en gran manera hacerlo así, porque la más leve sospecha acerca de nosotros pondrá en peligro nuestras vidas.

—¿Lo cree V. así verdaderamente?—preguntó el capitán con expresión de tristeza.

—Estoy seguro de ello. Esas blancas piernas y el lente son las cosas que más han llamado la atención, y por lo tanto será forzoso resignarse. Aun puede V. dar gracias de que le hayan dejado las botas; y, como hace calor, podrá pasarlo muy bien sin la levita y los pantalones.

El capitán suspiró sin decir palabra, pero necesitó quince días para acostumbrarse á ir tan á la ligera.

CAPITULO VIII

ENTRAMOS EN KUKUANA

Toda aquella tarde viajamos por la magnífica carretera de Salomón, que se prolongaba en la dirección noroeste. Infadoos y Scragga iban con nosotros, pero los soldados nos precedían á unos cien pasos de distancia.

—¿Quién construyó este camino?—pregunté á Infadoos.

—Es antiquísimo, señor,—contestó el jefe,—y nadie sabe cómo y cuándo se hizo, ni siquiera la mujer sabia Gagool, que ha vivido durante varias generaciones. Ahora no se construyen semejantes caminos, y por eso el rey no permite que la yerba crezca en éste.

—Y ¿quién hizo aquellas escrituras en las paredes de aquellas cuevas por las que hemos salido á la carretera?—pregunté, refiriéndome á las esculturas, parecidas á las egipcias, que habíamos visto en el túnel.

—Señor, deben haber sido hechas por las mismas manos que abrieron el camino; pero nosotros no sabemos quiénes fueron los autores.

—Y ¿cuándo vino á este país la raza de los Kukuanas?

—Señor, la raza llegó aquí, como el viento de la tempestad, hace miles y miles de lunas, y procedía de las grandes tierras que se extienden por allá—(al decir esto, señaló el norte).—Según las palabras de nuestros padres, que han llegado hasta nosotros, y según Gagool, la echadora de los malos espíritus, no pudieron pasar de aquí á causa de las grandes montañas que rodean al país; pero como éste era bueno, estableciéronse en esta tierra, donde han crecido, haciéndose fuertes. Ahora somos tan numerosos como los granos de la arena en la mar; y cuando el rey Twala pasa revista á sus regimientos, sus plumas cubren la llanura en todo el espacio que la vista alcanza.

—Y si el país está rodeado de montañas,—dije yo,—¿quién se ha de batir contra vuestros regimientos?

—¡Oh! Es que el país está abierto por allá,—replicó el jefe, señalando otra vez hacia el norte,—y de vez en cuando vienen por allí nubes de guerreros de un país desconocido de nosotros, pero los matamos. Hace la tercera parte de la vida de un hombre que no hemos tenido guerra. Muchos miles de hombres murieron en la última, pero exterminamos á los que venían á combatirnos.

—Vuestros guerreros deben aburrirse estando siempre ociosos.

—Sepa, mi señor, que á veces nos aflige la guerra civil, y que entonces luchan lobos contra lobos, como sucedió hace poco tiempo.

—¿Por qué causa?

—El rey, que es pariente mío, tenía un hermano gemelo, y, cuando nacen dos varones del mismo parto, tenemos la costumbre de no dejar vivir más de uno: el más débil debe morir siempre. Ahora bien: la madre del rey ocultó al niño menos robusto, nacido el último, pues su corazón se angustió ante la idea de verle morir, y este niño es el rey Twala. Yo soy su hermano menor, nacido de otra mujer.

—Ya entiendo.

—Kafa, nuestro padre,—continuó diciendo el jefe,—murió cuando éramos ya hombres, y mi hermano Imotu fué elegido rey. Al cabo de algún tiempo tuvo un hijo de su esposa favorita; y cuando el niño llegó á los tres años, poco después de la gran guerra durante la cual no se permitió á nadie sembrar ni recoger la cosecha anterior, sobrevino el hambre, y el pueblo murmuró, quejándose de aquella horrible situación. Entonces fué cuando Gagool, la mujer terrible que no muere, arengó al pueblo diciéndole: «—El rey Imotu no es rey». Imotu estaba enfermo á consecuencia de una herida en la pierna, y no podía salir de su choza.

»Después Gagool entró en su vivienda y volvió á salir con Twala, el hermano gemelo del

rey, á quien había tenido oculto en las cuevas y las rocas desde que nació; despojóle de su *moocha* (tejido ó plumas que cubren la cintura hasta la rodilla), y, mostrando al pueblo la señal de la sagrada serpiente, con la cual se marca al hijo del rey cuando nace, gritó:

»—¡Ved aquí vuestro soberano! ¡Yo he conseguido guardarle hasta hoy para vosotros!

»Y como el pueblo estaba muerto de hambre, falto de razón é ignorante de la verdad, todos gritaron: «—¡El rey! ¡El rey!» Sin embargo, yo sabía que no era así; pues Imotu, mi hermano, el mayor de los gemelos, era el monarca legítimo. Cuando el tumulto llegaba á su apogeo, el rey Imotu, aunque estaba muy enfermo, salió de su choza, arrastrándose, llevando á su mujer de la mano y seguido de su hijo Ignosi, todavía niño.

»—¿Qué ruido es ése?—preguntó.—¿Por qué gritáis: «—¡El rey! ¡El rey!»?

»Entonces Twala, su propio hermano nacido de la misma mujer y á la misma hora, corrió hacia él, y, cogiéndole por los cabellos, atravesóle el corazón de una cuchillada. Y el pueblo, siempre dispuesto á rendir culto al sol naciente, aplaudió y gritó: «—¡Twala es rey!»

—Y ¿qué sucedió con su mujer y su hijo Ignosi? ¿Los mató también Twala?

—No, señor: al ver que su esposo había muerto, cogió al niño, profiriendo un grito de angustia, y huyó. Dos días después llegó á un kraal muy hambrienta y nadie quiso darle alimento alguno, porque los hombres odian á los desgraciados; pero, llegada la noche, una niña fué á buscarla y dióle de comer, y, después de dar gracias á su bienhechora, dirigióse hacia las montañas con su niño antes de que el sol saliera. Sin duda, pereció allí, pues nadie ha vuelto á verla desde entonces, ni tampoco á su hijo Ignosi.

—Entonces,—dije yo,—si ese señor hubiera vivido sería el verdadero rey del pueblo kukuana. ¿No es así?

—Precisamente: en su cintura lleva la serpiente sagrada: si vive, es el rey; pero... ¡ay!... hace mucho tiempo que habrá muerto.

—Mirad,—añadió señalando un inmenso grupo de chozas resguardadas con una cerca;—aquél es el kraal donde se vió por última vez á la mujer de Imotu con el niño Ignosi. Allí es donde dormiremos esta noche, si es que mis señores duermen en esta tierra.

—Cuando estamos entre los kukuanas, amigo mío,—contesté majestuosamente,—hacemos como ellos.

Y, al volver la cabeza para hablar al capitán, extrañóme ver detrás de mí, casi tocándome, á Umbopa, quien evidentemente había escuchado toda mi conversación con Infadoos. La expresión de su semblante me pareció muy singular, como la de un hombre satisfecho por haber recordado alguna cosa largo tiempo olvidada.

Entretanto, nos acercábamos hacia la llanura donde estaba el grupo de chozas. Las montañas se destacaban á bastante distancia detrás de nosotros, y las Tetas de Sheba apare-

—cían veladas por una niebla diáfana. El país era cada vez más agradable y la vegetación magnífica, aunque no tropical. El sol brillaba en todo su esplendor sin ser demasiado ardiente, y una suave brisa llegaba susurrando de las laderas de las montañas. En resumen: aquella tierra era poco menos que un paraíso, por su belleza, por su rico suelo y por su clima. Jamás había visto yo nada semejante.

Los habitantes del kraal, prevenidos de antemano por un mensajero que Infadoos tuvo la precaución de enviar antes de ponernos en marcha, estaban preparados para recibirnos, y añadiré que aquello era una especie de puesto militar del que era jefe nuestro guía.

Bien pronto conocimos el resultado del mensaje, pues al llegar á una milla del kraal vimos salir de él varias compañías de guerreros que emprendieron la marcha en dirección á nosotros.

Sir Enrique me cogió del brazo para decirme que, en su concepto, nos iban á recibir demasiado calurosamente; pero Infadoos, adivinando, sin duda, el sentido de las palabras por el tono de mi compañero, apresuróse á tranquilizarnos.

—No tengan mis señores ningún cuidado,—dijo,—porque en mi pecho no cabe la traición. Esos hombres están bajo mis órdenes, y solamente vienen á recibirles.

Hice una señal de asentimiento, pero debo confesar que no las tenía todas conmigo.

Como á media milla de las puertas del kraal, veíase una eminencia, y allí habían formado las compañías, compuestas de unos trescientos hombres cada una. Con sus brillantes armas, sus plumas ondulantes y su aspecto marcial, aquella tropa, cuyo número no bajaría de tres mil seiscientos guerreros, presentaba un golpe de vista magnífico.

Debo confesar que me admiró el continente varonil y belicoso de aquellos hombres: todos ellos, veteranos, al parecer, eran ya de edad madura, pues ninguno bajaría de los cuarenta, y los más medían, cuando menos, 6 pies de estatura. Tenían la cabeza adornada con largas plumas negras; de la cintura pendía una especie de mandil hecho con pelo blanco de vaca, y en el brazo izquierdo ostentaban unos escudos redondos, consistentes en una plancha de hierro batido, con tiras de cuero cruzadas. En cuanto al armamento, era sencillo, pero sólido: reducíase á una especie de lanza corta, muy pesada, cuya extremidad de hierro consistía en una hoja de 6 pulgadas de anchura. Estas armas no eran rojizas, y, lo mismo que las azagayas de los zulús, empleábanse más bien para la lucha cuerpo á cuerpo, siendo terribles las heridas que inferían. Además de esto, cada hombre llevaba tres grandes y pesados cuchillos, de al menos dos libras de peso: uno en el cinto, y los otros dos en el dorso del escudo. Estos cuchillos, llamados en el país *sollas*, equivalen á la azagaya de los zulús. El guerrero kukuana sabe lanzarlos con singular habilidad á la distancia de 50 varas, y cuando se trata de cargar al enemigo co-

mienza por arrojarle una nube de estas temibles armas.

Cada compañía permanecía inmóvil, como si aquellos hombres fueran estatuas de bronce; pero cuando estuvimos al frente, y á una señal hecha por los oficiales, cuyo distintivo consistía en una especie de capote de piel de leopardo, de todas las bocas salió la palabra *kum*, que es el saludo real. Después de pasar nosotros, la compañía formaba detrás, hasta que, al fin, tuvimos por escolta á todo el regimiento de los *Guardias Grises*, así llamados por sus escudos. Las pisadas de aquella tropa hacían retemblar el suelo.

Al fin, separándonos del gran camino de Salomón, llegamos al ancho foso que rodeaba al kraal y que no tendría menos de una milla de circuito. Estaba protegido por una empalizada construída con gruesos troncos de árboles, y para cruzar el foso había un puente muy primitivo que se podía levantar y bajar. El kraal me pareció bastante bien distribuído. Por el centro prolongábase un ancho paso con varias ramificaciones que conducían á las diversas chozas, todas de forma circular y muy bien construídas con zarzos. Son más grandes que las de los zulús, tienen puerta, y están rodeadas de una especie de galería de 6 pies de anchura, con el suelo de cal endurecida. A cada lado del paso central vimos centenares de mujeres alineadas, y atraídas, sin duda, por la curiosidad de vernos. Las facciones de muchas de estas mujeres eran bastante agraciadas: su cabello, aunque corto, es más bien rizado que lanoso; la nariz aguileña es muy común, y los labios no son demasiado gruesos, como se observa en las más de las razas africanas. Lo que más nos extrañó fué su expresión de dignidad, por la cual difieren mucho de las mujeres de los zulús y de las de los Masai, que habitan el distrito situado detrás de Zanzíbar. Aunque dominadas por la curiosidad, no se permitieron expresiones de asombro ni de salvaje crítica, ni aun cuando Infadoos señaló con la mirada las blancas piernas del capitán, que seguramente les causaron la mayor admiración, á juzgar por la fijeza con que las miraban.

Cuando llegamos al centro del kraal, Infadoos se detuvo á la puerta de una choza muy grande, rodeada, á cierta distancia, de otras más pequeñas.

—Entrad, hijos de las estrellas,—nos dijo Infadoos con majestuosa gravedad,—y dignaos descansar un poco en nuestra humilde vivienda. Ahora os traerán algún alimento, miel y leche, y una vaca ó dos, con algunos carneros. No es mucho, pero tendréis lo suficiente.

—Muy bien,—contesté,—mas ahora estamos cansados de viajar por las regiones del aire, y quisiéramos descansar.

Infadoos nos hizo señal para que entrásemos en el interior de la choza, y vimos que estaba preparada con mucha comodidad: había allí varios lechos formados con pieles, y agua para lavarnos.

Poco después oyóse un gran ruido fuera, y, al salir á la puerta para ver qué ocurría, nos encontramos ante una línea de mujeres que llevaban miel, leche y carne asada. Detrás de ellas iban varios jóvenes indígenas conduciendo un buey muy gordo. Uno de ellos, empuñando el cuchillo que llevaba en el cinto, degolló el animal á nuestra presencia, y pocos minutos después estaba ya descuartizado. Se cortó la mejor carne para nosotros, y yo dí el resto á los guerreros que nos rodeaban, que la distribuyeron en nuestro nombre.

Umbopa, siempre activo, encargóse de preparar nuestra comida, á cuyo fin encendiése una hoguera en el exterior; y cuando todo estuvo á punto, enviamos un recado á Infadoos y Scragga, invitándoles á que nos acompañasen.

Pocos momentos después entraron y sentáronse en un taburete, objeto muy común en todas las viviendas, pues los kukuanas no se sientan en el suelo como los zulús. El jefe indígena se mostró muy afable y cortés, pero nos extrañó que el hijo del rey nos mirase con recelo. Hasta entonces habían influido en él nuestra presencia y propiedades mágicas; mas, al observar que comíamos, bebíamos y dormíamos como los demás mortales, comenzaba á sospechar de nosotros, lo cual no dejaba de inquietarnos.]

Durante la comida el Sr. Curtis me indicó que convendría hacer algunas preguntas para averiguar si se conocía el paradero de su hermano; pero yo opiné que sería más prudente no hablar del asunto por de pronto, y, en su consecuencia, nada se dijo.

Terminada la comida, comenzamos á fumar, cosa que asombró mucho á Infadoos y á Scragga. Los kukuanas no conocían, evidentemente, el uso del tabaco en esta forma. La planta abunda mucho en su país; pero, así como los zulús, los indígenas la usan solamente para tomar rapé.

Pregunté á Infadoos que cuándo continuaríamos el viaje, y alegréme mucho al saber que se hacían preparativos para emprender la marcha á la mañana siguiente: varios mensajeros habían marchado antes para dar conocimiento de nuestra llegada á Twala. El rey, según nos dijeron, estaba entonces en Loo preparándolo todo para la gran fiesta anual que se celebraba el primero de junio. Con este motivo, todos los regimientos, excepto algunas fuerzas destacadas para vigilar varios puntos, debían ser revistados por el rey, verificándose después la gran cacería de brujos y hechiceros, de la cual hablaremos en otro lugar.

Debíamos marchar al amanecer, é Infadoos, que se proponía acompañarnos, esperaba llegar á Loo en la noche del segundo día, á menos de ocurrir algún accidente en el camino.

Aquella noche dormimos perfectamente en nuestros lechos de pieles, encargándose Umbopa de vigilar por si se intentaba algo contra nosotros.

CAPITULO IX

EL REY TWALA

No será necesario detallar los incidentes ocurridos durante nuestro viaje á Loo: basta decir que necesitamos dos días para recorrer el gran camino de Salomón, que se prolongaba hasta el centro del territorio de los kukuanas. A medida que avanzábamos, el país nos parecía cada vez más rico, y más numerosos los kraals y las tierras de cultivo. Todos aquéllos presentaban el mismo tipo de construcción y contenían mayor ó menor número de guerreros, pues en el país de los kukuanas, así como entre los alemanes y los zulús, todo hombre hábil es soldado; de modo que la fuerza entera de la nación se puede utilizar para la guerra y la defensa del territorio. Durante el camino pasaron junto á nosotros miles de guerreros que se dirigían presurosos á Loo para asistir á la gran revista anual.

Al ponerse el sol, el segundo día, nos detuvimos un poco á descansar en unas alturas sobre las cuales continuaba el camino, y de allí pudimos ver Loo en una magnífica y fértil llanura. Esta ciudad indígena no tendría menos de 5 millas de circuito, y vimos fuera numerosos kraals, que, según supe después, servían á veces para acantonar á los regimientos. También nos llamó la atención una colina en forma de herradura, situada á unas 2 millas al norte, y la cual debíamos conocer bien más adelante: dividía en dos partes un kraal, y en su centro deslizábase un río que, al parecer, tenía varios puentes. A la distancia de 60 ó 70 millas destacábanse tres grandes montañas con las cimas cubiertas de nieve y situadas como los vértices de un triángulo.

Como Infadoos notó que las mirábamos mucho, quiso explicarnos lo que era.

—El camino termina allí, — dijo, — y esas montañas que veis son conocidas en el país con el nombre de *las Tres Hechiceras*.

—Y ¿por qué termina allí el camino? — pregunté.

—¿Quién lo sabe? — contestó Infadoos encogiéndose de hombros. — Las montañas están llenas de grutas, y entre ellas hay un pozo profundo. Allí iban los hombres sabios de las pasadas épocas para ver si encontraban lo que venían á buscar aquí, y allí es también donde ahora se da sepultura á nuestros reyes en el Antro de la Muerte.

—Y ¿qué buscaban aquí? — pregunté con ansiedad.

—Lo ignoro, — replicó el jefe dirigiéndonos una mirada, por la cual comprendí que sabía más de lo que juzgaba conveniente decir; — pero si venís de las estrellas deberíais saberlo.

—Sí, — repuse, — tenéis razón: en las estrellas sabemos muchas cosas, y así, por ejemplo, no ignoramos que los sabios de remotas épocas fueron á esas montañas á buscar piedras brillantes y hierro amarillo (oro).

—Mí señor es un sabio, — contestó Infadoos

fríamente; — yo soy un niño comparado con vosotros, y no puedo hablar de esas cosas. Gagool es la que os dará cuantas explicaciones queráis, porque también es muy sabia.

Al decir esto, Infadoos se retiró.

Cuando se hubo alejado, volvíme hacia mis compañeros.

—Allí están las minas de diamantes, — les dije, señalando á las montañas.

Umbopa, que estaba junto á nosotros, sumido, al parecer, en una de sus acostumbradas meditaciones, cogió al vuelo mis palabras.

—Sí, Macumazahn, — contestó; — los diamantes están allí con seguridad, y vuestros serán, puesto que á los blancos les agradan tanto los juguetes y el dinero.

—Y ¿cómo sabes eso, Umbopa? — pregunté con cierto enojo, porque no me agradaban las palabras misteriosas del zulú.

—Lo he soñado anoche, — contestó.

Y, dando media vuelta, alejóse también.

—Páreceme, — dijo sir Enrique, — que nuestro auxiliar indígena sabe más de lo que nos quiere decir. Y, á propósito, amigo Quatermain: ¿sabe V. si ha oído decir algo de mi hermano?

—Nada absolutamente: ha preguntado á varios de los que se han hecho amigos suyos, pero todos dicen que ningún blanco ha estado en el país antes.

—Y ¿les parece á Vds que puede haber llegado aquí? — preguntó el capitán. — Nosotros lo hemos conseguido por milagro, y no creo que á él le fuera posible sin tener las necesarias indicaciones para guiarse.

—No sé qué pensar, — dijo el Sr. Curtis; — pero un presentimiento me dice que, al fin, le encontraré en una parte ú otra.

El sol se ocultó lentamente, siguiéndose la oscuridad sin transición, la noche al día, pues en esas latitudes no hay crepúsculo, y el cambio es tan rápido y absoluto como el de la vida á la muerte. Desapareció el sol, dejando el espacio sumido en las tinieblas; mas no largo tiempo, pues por el este divisóse un débil resplandor, una luz argentada, y poco después la magnífica luna iluminó con su melancólica luz toda la campiña.

Todos enmudecimos al contemplar aquel espectáculo encantador, observando como las estrellas palidecían ante la majestad del astro de la noche. Mi vida ha sido muy ruda, pero doy gracias á Dios por haberme permitido ver algunas cosas, y una de ellas es la salida de la luna en el país de los kukuanas.

Infadoos interrumpió nuestras meditaciones.

—Si mis señores han descansado ya, — dijo, — continuaremos la marcha hacia Loo, donde ya tendrán preparada su vivienda para esta noche. La luna es clara y no habrá temor de tropezar.

Una hora después dábamos vista á Loo, cuya extensión, indicada por miles de hogueras, me pareció no tener límites, y á poco llegamos á la entrada de un puentecillo, donde se oía ruido de armas, y allí nos detuvo el ¡quién vive!

del centinela. Infadoos dió el santo y seña, que no pude comprender, y en seguida penetramos en la calle central. Al cabo de media hora de camino, pasando por delante de una línea de chozas, Infadoos se detuvo ante un grupo de ellas, rodeado de una galería, y dijo: nos que aquella sería nuestra pobre vivienda.

Al entrar vimos que para cada uno de nosotros había una choza, y que eran mejores que todas las demás, pues contenían lechos muy cómodos formados con pieles extendidas sobre una espesa capa de yerbas aromáticas. También estaba ya preparado nuestro alimento, y, apenas nos lavamos en unos barreños llenos de agua que allí había, varias mujeres jóvenes, de muy buen aspecto, nos presentaron, en una especie de bandejas de madera, carne asada y bebida del país.

Satisfecha la primera necesidad, indiqué nuestro deseo de que se trasladasen nuestras camas á una misma choza, precaución que hizo sonreír á las mujeres, y poco después dormíamos profundamente, porque estábamos muy cansados del viaje.

Al despertar vimos que ya era muy entrado el día. Las mujeres encargadas de servirnos no parecían avergonzadas de verse entre nosotros, y hallábanse ya dentro de la choza, habiendo recibido orden de ayudarnos á vestir si era necesario.

—¡A vestir! — exclamó el capitán. — No teniendo más que mi camiseta de franela y las botas, no necesito vestirme. Quisiera, amigo Quatermain, que pidiera V. mis pantalones.

Traduje la petición de mi amigo, pero contestáronme que aquella sagrada reliquia había sido llevada al rey, que nos recibiría aquella mañana.

Después de rogar á las mujeres, con gran asombro y disgusto suyo, que hicieran el favor de salir, nos ocupamos en arreglar nuestra ropa lo mejor que fué posible. El capitán se afeitó otra vez el lado derecho de la cara, sin tocar el izquierdo, cuya patilla estaba ya muy crecida, pues dijimosle que sería mejor no hacer ningún cambio. En cuanto á nosotros, nos contentamos con lavarnos bien y peinarnos. Sir Enrique, con su ropa algo destrozada, parecía entonces, más que nunca, un antiguo danés.

Después de almorzar y de fumar recibimos un mensaje del rey por conducto del mismo Infadoos, quien nos dijo que Twala estaba dispuesto á recibirnos si teníamos á bien presentarnos.

Contestamos que preferiríamos esperar hasta que entrase más el día, porque aun estábamos muy cansados, etc., etc. Cuando se trata con salvajes, siempre es bueno no apresurarse mucho, porque pueden considerar la cortesía como servilismo; y hé aquí por qué, aunque deseábamos mucho ver á Twala y éste á nosotros, nos detuvimos una hora más, eligiendo entretanto algunos objetos, de los pocos que teníamos, para regalárselos al rey. Se acordó darle la carabina Winchester que el pobre Ventvögel usaba, y algunos abalorios: éstos últimos serían para las mujeres y cortesanos,

y el arma para Twala. Ya habíamos dado algunos á su hijo y á Infadoos, y pudimos reconocer que les complació mucho el regalo. Al fin, anuncié que estábamos dispuestos, y, conducidos por el jefe indígena, emprendimos la marcha, llevando Umbopa los regalos.

Después de recorrer un espacio de varios centenares de varas, llegamos á una cerca semejante á la de nuestras chozas, pero cincuenta veces más grande. Al rededor había otras

concentraban en nosotros. Aquel rato fué desagradable, mas le sufrimos con resignación.

Al fin, abrióse la puerta de la choza, y vimos salir un hombre gigantesco que llevaba una magnífica túnica de pieles. Seguíanle el joven Scragga y lo que nos pareció ser una especie de mono, pues se ocultaba casi completamente con un manto de piel. El rey fué á sentarse en un banquillo, Scragga se colocó detrás, y la fi-



El rey fué á sentarse en un banquillo... y la figura extraña se acurrucó en el suelo...

muchas, que eran las viviendas de las mujeres del rey; y frente á la puerta veíase una aislada, que era la del monarca. Fuera de ella extendíase un inmenso espacio, ó más bien una llanura, en parte ocupada en aquel instante por un ejército de guerreros cuyo número no bajaría, seguramente, de diez mil. Aquellos hombres parecían estatuas, y difícilmente podría dar idea del magnífico espectáculo que ofrecían con sus negras plumas, sus brillantes armas y sus escudos.

En el espacio que había delante de la morada del rey vimos varias banquetas, en las cuales nos sentamos á una señal de Infadoos, permaneciendo Umbopa detrás de nosotros. El jefe indígena se colocó junto á la puerta, y así permanecimos por espacio de diez minutos en medio del mayor silencio, pero sabiendo muy bien que las miradas de diez mil personas se

gura extraña se acurrucó en el suelo á la sombra de la choza.

El silencio continuaba.

El hombre gigantesco, evidentemente el rey, dejó caer la túnica de sus espaldas y pudimos ver su figura. Era un verdadero coloso, con las facciones más repulsivas que jamás conocí: tenía los labios tan gruesos como los de un negro, la nariz muy achatada, y además era tuerto; pero su único ojo tenía una expresión cruel y sensual á la vez. Adornaban su cabeza magníficas plumas blancas de avestruz. Tenía el pecho protegido por un tejido de malla de acero, y en la cintura ostentaba el adorno común á todos los indígenas, consistente en colas de buey curtidas, de color blanco. Con la mano derecha empuñaba una enorme lanza. En su cuello brillaba un collar de oro, y en medio de la frente, sujeto por una cinta al rededor de

la cabeza, un enorme diamante sin tallar.

No duró mucho el silencio, pues el rey levantó la lanza, é inmediatamente agitóronse otras diez mil, y todos los que allí estaban gritaron:—*¡Kum!* (ya hemos dicho que es el saludo real). Tres veces se repitió la misma operación, produciéndose un ruido comparable solamente con el fragor del trueno.

—*¡Sé humilde, oh pueblo!*—dijo una vocecita que parecía salir de aquella figura extraña

A pesar de su piel oscura, pudimos reconocer que el pobre hombre palidecía.

—Ha sido una casualidad, ¡oh ternero de la vaca negra!—murmuró.

—Pues si ha sido una casualidad, vas á recibir el castigo: prepárate á morir.

—Soy el ternero del rey,—repuso el soldado.

—*¡Scragga!*—vociferó el rey.—*¡Veamos cómo sabes hacer uso de tu lanza! ¡Mátame á ese perro!*



Scragga blandió su lanza dos veces, y á la tercera clavóla en el pecho del infeliz

que nosotros habíamos tomado por un mono ó una bruja.—*¡Es el rey!*

—*¡Es el rey!*—contestaron diez mil voces.—*¡Sé humilde, oh pueblo!*

Después sucedióse otra vez un profundo silencio, que no tardó en interrumpirse, pues un soldado que estaba á nuestra izquierda dejó caer su escudo, el cual emitió un fuerte sonido metálico.

Twala miró con su único ojo hacia donde estaba el hombre.

—*¡Ven acá!*—gritó con voz de trueno.

Un joven indígena, de arrogante presencia, salió de las filas y detúvose ante el rey.

—Tu escudo es el que ha caído, perro torpe,—díjole Twala,—y me has puesto en ridículo á los ojos de esos extranjeros venidos de las estrellas. ¿Qué puedes contestar á esto?

El joven se adelantó, haciendo una mueca horrible, y levantó su arma. La pobre víctima cubrióse los ojos con las manos y permaneció inmóvil. En cuanto á nosotros, estábamos horrorizados.

Scragga blandió su lanza dos veces, y á la tercera clavóla en el pecho del infeliz, con tal fuerza que vimos salir la punta por la espalda. La víctima extendió los brazos y cayó sin vida. De la multitud elevóse como un murmullo que, transmitiéndose de unos á otros, extinguióse, al fin.

La tragedia había terminado, y allí estaba el cadáver, sin que apenas hubiéramos tenido tiempo para darnos cuenta del hecho. Sir Enrique se levantó dejando escapar un juramento; pero sentóse al ver que todos callaban.

—El golpe ha sido bueno,—dijo el rey.—Llevoos ese cadáver.

Cuatro hombres salieron de las filas, y levantando el cuerpo del infeliz sacáronle de allí.

—Tapad las manchas de sangre, tapadlas,—dijo la vocecita de la bruja.—Ya se ha cumplido la justicia del rey.

Una muchacha se presentó al punto llevando un jarro de cal en polvo, y esparció ésta sobre las manchas hasta que ya no se vieron.

Sir Enrique estaba ciego de cólera, y con dificultad podíamos permanecer impasibles.

—Siéntese V., por favor,—murmuré,—porque nuestras vidas están en peligro.

Cuando ya hubieron desaparecido las señales de aquella tragedia, el rey nos dirigió la palabra:

—Hombres blancos,—dijo;—no sé de dónde venís ni á qué, pero recibid mi enhorabuena.

—¡Salud á Twala, rey de los kukuanas!—contesté.

—Hombres blancos,—repitió Twala;—¿de dónde venís, y qué buscáis en esta tierra?

—Venimos de las estrellas, y no preguntéis cómo, para visitar este país.

—Pues venís de muy lejos para ver bien poca cosa. Y ¿quién es ese hombre que os acompaña?—añadió, señalando á Umbopa.—¿Viene también de las estrellas?

—También: allá en los cielos hay gente de todos colores. Mas no preguntéis nada sobre asuntos en demasía elevados para un rey de esa tierra.

—Habláis muy alto, hombres de las estrellas,—contestó Twala con un tono que no me agradó mucho.—Recordad que las estrellas se hallan muy lejos y que vosotros estáis aquí. ¿Qué sucedería si os tratase como al torpe á quien acabo de castigar?

Al oír esto solté la carcajada, aunque no tenía muchos deseos de reír.

—¡Oh rey!—repliqué.—No andéis sobre las piedras calientes, porque os quemaríais los pies; y coged la lanza por el mango, porque sería fácil cortaros. Tocad uno solo de nuestros cabellos y quedaréis aniquilado. Preguntad, si no,—añadí, señalando á Infadoos y Scragga (este joven bribón ocupábase en tapar bien la sangre del hombre que había asesinado),—qué clase de hombres somos. ¿Habéis visto jamás algo que se parezca á nosotros?

Y señalé al capitán Good, seguro de que el rey no contestaría afirmativamente.

—Es verdad que no,—contestó Twala.

—¿No os han dicho,—continué,—cómo herimos de muerte desde lejos?

—Sí; pero no lo creo. Veamos cómo lo hacéis. Matadme un hombre de esos que están allá abajo, y entonces no dudaré.

—No,—repose;—no vertemos la sangre de un hombre sino para castigarle; pero si queréis ver, mandad á vuestros criados que saquen un buey, y antes de que haya recorrido veinte pasos caerá muerto.

—No,—replicó Twala sonriendo;—matad un hombre y creeré mejor.

—Bien,—contesté fríamente;—dirigíos vos mismo á ese espacio abierto, y antes de llegar á la cerca caeréis sin vida; ó, si no, que vaya Scragga—(con mucho gusto le hubiera pegado un tiro en aquel instante.)

Al oír esto, el joven profirió una exclamación y fué á ocultarse en el interior de la choza.

Twala frunció el ceño, pues mi proposición no le agradaba.

—Que saquen un buey,—dijo.

Dos hombres fueron á buscar el animal.

—Ahora, amigo Curtis,—dije á mi compañero,—es preciso que V. tire, á fin de que este tunante vea que no soy el único mágico.

Sir Enrique cogió la carabina y preparóse.

—Espero que tocaré en el blanco,—murmuré.

—Es preciso. Si yerra el primer tiro, dispare V. el segundo, haciendo la puntería á 150 varas.

Signióse una pausa, hasta que vimos un buey corriendo hacia la puerta del kraal; pero, espantado, sin duda, por la mucha gente, detúvose y se volvió de espalda.

—¡Ahora es el momento!—murmuré.

El Sr. Curtis disparó, y con tal acierto que el buey cayó de espaldas, herido de muerte.

Todos los espectadores dejaron escapar una exclamación de asombro.

—¿He mentido?—pregunté volviéndome hacia el rey.

—No, hombre blanco: es verdad,—contestó Twala.

—Escuchad,—continué;—ahora que habéis visto, puedo decir que venimos de paz y no en son de guerra. Aquí tenéis un tubo hueco—(era la carabina de Winchester)—que os permitirá matar como lo hacemos nosotros; pero debo advertiros que está encantado y que, si tratáis de emplearle contra un hombre, seréis la primera víctima. Esperad: voy á enseñaros cómo se hace. Mandad á un hombre clavar una lanza en el suelo, á cuarenta pasos, de modo que la hoja de hierro esté frente á nosotros.

A los pocos minutos quedó hecho así.

—Ahora mirad,—dije al rey;—voy á romper la lanza.

Haciendo la puntería cuidadosamente, solté el gatillo. La bala fué á chocar contra la parte más ancha de la lanza, y la hoja saltó en pedazos.

Entonces resonó un murmullo de admiración.

—Twala,—continué, entregándole la carabina;—os regalamos este tubo mágico y ya os enseñaré su uso; pero no os sirváis de él contra un hombre de la tierra.

Twala cogió el arma con mucho recelo y colocóla á sus pies.

En el mismo instante observé que la especie de bruja que habíamos visto se adelantaba arrastrándose hacia nosotros; pero, al llegar donde estaba el rey, púsose en pie y dejó caer el manto que cubría su rostro y sus formas, mostrándonos la figura más repugnante de que se puede formar idea. Era una mujer, sin du-

da, de una edad sumamente avanzada, tan pequeña y encogida que no tenía más estatura que la de un niño. Su boca se reducía á un simple agujero rodeado de profundas arrugas; la barba se encorbaba singularmente, terminando en punta; la nariz no existía casi; y el conjunto se hubiera podido tomar por el de una momia, á no ser por dos grandes ojos negros, llenos aún de fuego é inteligencia y que brillaban como los de una fiera en la oscuridad. En

La voz de la vieja parecía producir el mismo efecto que el fúnebre tañido de una campana tocando á muerto, pues todos se estremecieron al oír sus palabras, incluso nosotros mismos. Aquella vieja era terrible.

—¡Sangre, sangre, sangre!—continuó.—¡Veo ríos de sangre por doquiera; la olfateo; me llega hasta los labios... es salada; inunda la tierra, y hasta cae del cielo! ¡Oigo rumor de pisadas y más pisadas! Son las de los hombres



BERRA
FRUJAS

—¡Sangre, sangre, sangre!—continuó.—¡Veo ríos de sangre por doquier!...

cuanto al cráneo, completamente desnudo de cabello, tenía un color amarillento de pergamino, y la piel se contraía como la de una serpiente.

Aquel ser hediondo, que nos produjo un estremecimiento al pasar junto á nosotros, permaneció inmóvil un instante, y, extendiendo después el brazo, semejante al de un esqueleto, apoyó una mano, cuyos dedos estaban armados de largas uñas, en el hombro del rey.

—¡Escuchad,—dijo con voz cascada y penetrante,—oh rey, oh pueblo, oh montañas y llanuras, oh habitantes de la tierra de los kuanas! ¡Escuchad, oh cielos, oh sol, oh lluvias y tempestades! ¡Escuchad! ¡Todas las cosas viven y mueren, y las que han de existir de nuevo, vuelven á perecer! ¡Escuchad! ¡El espíritu de la vida está en mí, y yo profetizo, profetizo, profetizo!

blancos que vienen de lejos y hacen retemblar la tierra á su paso.

»¡La sangre es buena; la sangre roja es brillante; nada exhala tan grato perfume cuando es reciente! Los leones se apresurarán á lamerla, rugiendo de placer; los buitres humedecerán en ella sus alas, lanzando gritos de alegría.

»¡Soy vieja, muy vieja! He visto correr mucha sangre... ¡ja, ja!... pero aun veré más antes de morir, y me regocijaré. ¿Qué edal os parece que tengo? He conocido á vuestros padres, á vuestros abuelos y tatarabuelos; he visto á los hombres blancos, y sé lo que desean. Soy vieja, pero las montañas lo son más que yo. ¿Quién abrió el gran camino? ¿Quién labró las esculturas de las rocas? ¿Quién erigió las tres silenciosas que veis allá abajo? —Al decir esto, señalaba las tres montañas

que nos habían llamado la atención el día antes.—Vosotros no lo sabéis, pero yo sí. Fué un pueblo blanco que estuvo aquí antes que los kukuanas y que volverá para aniquilarnos.

»Y ¿á qué vienen aquí los hombres blancos, los terribles, los sabios y hechiceros? ¿Qué significa esa piedra brillante que adorna tu frente, oh rey? ¿Qué esas mallas que protegen tu pecho? Tú no lo sabes, pero yo sí, yo, la vieja, la sabia, la *Isanusi* (doctora en artes de urujería.)»

Y, volviendo hacia nosotros su pelada cabeza de buitre, añadió:

—¿Qué buscáis aquí, hombres blancos de las estrellas... sí, de las estrellas? ¿Habéis perdido alguno de los vuestros? Pues no le encontraréis, porque no está aquí. Han pasado ya muchas generaciones sin que ningún pie de hombre blanco hollara esta tierra: solamente se presentó uno, hace ya mucho tiempo, y no salió de aquí más que para morir. Venís á buscar las piedras brillantes, ya lo sé: las hallaréis cuando la sangre se haya secado. Pero ¿os será dado volver al punto de donde vinisteis, ú os quedaréis conmigo? ¡Ja, ja, ja!

»Y tú, el de la piel oscura y de la frente altiva,—añadió, señalando á Umbopa con su descarnado dedo;—¿quién eres, y qué buscas aquí? Seguramente, no ambicionas las piedras que brillan y el metal que reluce. Creo reconocer te, y hasta me parece oler la sangre que circula por tus venas. Descubre tu cintura.»

Al decir esto, las facciones de la hedionda vieja se descompusieron, y vímosla caer en tierra como atacada de un accidente epiléptico. Dos hombres la introdujeron en la choza.

El rey se levantó tembloroso é hizo una señal con la mano, y en el mismo instante los batallones comenzaron á desfilar, dejando la llanura desierta. Solamente quedamos allí nosotros, el rey y algunos de sus servidores.

—Hombres blancos,—dijo Twala;—intenciones me dan de arrancaros la vida, pues Gaggool ha pronunciado palabras muy graves. ¿Qué os parece?

—¡Tened cuidado, oh rey!—contesté tranquilamente.—Recordad lo del buey. ¿Querriais sufrir la misma suerte?

—No se debe amenazar á los reyes,—repuso Twala frunciendo el ceño.

—No amenazamos,—repliqué,—sino que decimos la verdad. Haced la prueba y veréis.

—Id en paz,—dijo al fin el rey, tocando su frente con la mano.—Esta noche se efectuará la gran danza, y quiero que la presenciéis. No temáis una emboscada. Mañana pensaré.

—Está bien,—contesté con indiferencia.

Y, acompañados de Infadoos, volvimos á nuestro alojamiento.

CAPITULO X

LA CAZA DE LOS HECHICEROS

Al llegar á nuestra choza rogué á Infadoos que entrase con nosotros.

—Amigo mío,—le dije,—quisiéramos hablaros.

—Digan mis señores lo que gusten,—contestó.

—Nos parece, Infadoos, que el rey Twala es hombre muy cruel.

—Tenéis razón. ¡Ah! El país entero está clamando contra sus iniquidades. Ya veréis esta noche, cuando se efectúe la caza de los hechiceros: muchos serán *olfateados* como tales, y todos morirán. Si el rey ambiciona el ganado de algún hombre, ó su vida, ó si teme que cualquiera suscite una rebelión, la vieja Gaggool, las mujeres á quienes enseña, acusarán al individuo, y éste morirá sin remedio. ¡Cuántos dejarán de existir antes que la luna palidezca esta noche! Siempre es así. Tal vez yo también sucumbiré; y si hasta ahora me he librado es porque soy hábil guerrero y muy querido de cuantos están á mis órdenes. El pueblo murmura contra las crueldades de Twala, y está cansado ya de su sanguinaria tiranía.

—Entonces,—dije yo,—¿cómo es que el pueblo no le destrona?

—¡Oh! Porque, siendo el rey, si le matasen, Scragga ocuparía su lugar, y el corazón de este joven es más negro aún que el de su padre; de modo que su yugo sería mucho peor. Si Inmotu no hubiese sido asesinado, ó si su hijo Ignosi viviera, en otra situación nos hallaríamos; pero ambos han muerto.

—Y ¿cómo sabéis que Ignosi ha muerto?—preguntó una voz detrás de nosotros.

Volvímos la cabeza con asombro para ver quién hablaba: era Umbopa.

—¿Qué quieres decir, muchacho?—preguntó Infadoos con acento de enojo.—¿Quién te ha dado permiso para hablar?

—Escucha, Infadoos,—repuso Umbopa;—quiero contarte una historia. Hace algunos años, el rey Inmotu murió asesinado en este país, y su mujer huyó con el niño Ignosi. ¿No es así?

—Precisamente.

—Díjose que la mujer y el niño habían muerto en las montañas. ¿No es verdad?

—Sí.

—Muy bien; pero es el caso que la madre y el niño Ignosi no murieron. Después de cruzar las montañas, encontraron una tribu errante del desierto, que los condujo más allá de las arenas, y pudieron llegar al país donde hay agua, yerba y árboles.

—¿Cómo sabes eso?

—Escucha. Viajaron durante muchos meses, y al fin pudieron llegar al país habitado por los amazulús, tribu guerrera de la misma raza de los kukuanas, con la cual vivieron algunos años, hasta que la madre murió. Su hijo Ignosi anduvo desde entonces errante; fué á un país maravilloso, donde casi todos son blancos, y por espacio de largo tiempo aprendió algo de su sabiduría.

—¡Bonita historia!—dijo Infadoos con expresión incrédula.

—Durante largos años,—continuó Umbopa,

—el joven trabajó como criado y guerrero, pero conservando siempre en la memoria cuanto su madre le había dicho sobre su país, ideando los medios de volver allí para ver su pueblo y la casa de su padre antes de morir. Transcurrió mucho tiempo sin que se presentase oportunidad de realizar sus fines; mas llegó un día en que tuvo la suerte de encontrar unos blancos que se proponían descubrir esta tierra ignorada, y reunióse con ellos. Aquellos hombres, que buscaban una persona perdida, cruzaron el ardiente desierto, y, después de franquear las montañas cubiertas de nieve, llegaron á la tierra de los kukuanas, siendo tú, ¡oh Infadoos!, el primero que los vió.

—Seguramente, estás loco al hablar así,—dijo el viejo soldado con expresión de asombro.

—Lo crees así, ¿eh? ¡Pues ahora verás que eres mi tío y que *yo soy Ignosi, legítimo rey de los kukuanas!*

Y, desatando el *moocha* que ocultaba su cintura, Umbopa se mostró desnudo á nuestra vista.

—¡Mira!—exclamó, señalando una figura de color azul que representaba una serpiente con la extremidad de la cola entre las fauces.

Infadoos miró con las facciones desencajadas y los ojos desmesuradamente abiertos, y un momento después dejóse caer de rodillas.

—¡Kum! ¡Kum!—exclamó.—¡Es el hijo de mi hermano! ¡Es el rey!

—¿No te lo decía yo, tío?—continuó Umbopa.—Levántate, que aun no soy el rey; pero con tu ayuda y la de estos valerosos blancos, que son mis amigos, lo seré. La vieja Gagool tenía razón: la sangre correrá en esta tierra, y con ella la de esa infame mujer, pues mató á mi padre con sus palabras. Y ahora, Infadoos, elige. ¿Quieres poner tus manos entre las mías y defender mi causa? ¿Quieres compartir los peligros que me amenazan y ayudarme á destronar á ese tirano asesino, ó prefieres retirarte?

Infadoos apoyó una mano sobre la frente y reflexionó. Después levantóse, y, adelantándose hacia Umbopa, ó más bien Ignosi, se arrojó ante él y cogióle la mano.

—Ignosi,—dijo,—legítimo rey de los kukuanas: pongo mi mano entre las tuyas, y seré tu servidor hasta la muerte. Cuando eras niño te tuve sobre mis rodillas, y ahora mi viejo brazo luchará por ti y por la libertad.

—Muy bien, Infadoos: si venzo, tú serás, después de mí, el primer hombre del reino; si caigo, morirás conmigo. Levántate.

—¿No me ayudaréis también?—añadió Umbopa, volviéndose hacia nosotros.—¿Qué puedo ofrecer en cambio si obtengo el triunfo? Las piedras blancas si se encuentran. Tomaréis tantas como podáis llevaros. ¿Os bastará esto?

Traduje estas palabras á mis compañeros.

—Dígale V.,—contestó sir Enrique,—que juzga mal á un inglés. La riqueza es buena, y si la encontramos al paso la tomaremos; mas un caballero no se vende para alcanzarla. Por lo demás, mi contestación se reduce á lo si-

guiente: siempre me fué simpático Umbopa, y, en cuanto de mí dependa, estaré á su lado en este asunto. Me agradaría mucho habérmelas con ese sanguinario demonio que llaman Twala. ¿Qué dicen Vds. á esto, amigo Good, amigo Quatermain?

—En cuanto á mí,—contestó el capitán,—puede V. decirle que siempre es bueno sacudirse un poco el polvo, porque esto calienta el corazón; y que, por lo tanto, puede contar conmigo. Lo único que pido es que se me permita ponerme los pantalones.

Traduje las respuestas.

—Está muy bien, amigos míos,—dijo Ignosi (antes Umbopa).—Y vos, Macumazahn, veterano cazador, ¿qué me decís?

Reflexioné un poco, rascándome la cabeza.

—Umbopa ó Ignosi,—contesté, al fin;—á mí no me agradan las revoluciones, porque soy hombre de paz y algo pusilánime—(al oír esto, Umbopa sonrió);—mas, por otra parte, debo estar con mis amigos. Os habéis conducido como un hombre y quiero ayudaros; pero recordad que soy traficante y que deseo ganarme la vida, por lo cual aceptaré las *pedras blancas* en el caso de que se encuentren. ¡Ah! Otra cosa: ya sabéis que vamos en busca del hermano de mi amigo, y será preciso que nos ayudéis á encontrarle.

—Así lo haré,—contestó Ignosi.—Escucha, Infadoos,—añadió;—dime la verdad: ¿sabes tú que haya venido algún hombre blanco á esta tierra?

—Ninguno, Ignosi.

—Si se hubiese presentado ó visto un blanco, ¿lo sabrías tú?

—Seguramente.

—Ya lo oís, Incubu,—dijo Ignosi al señor Curtis;—no ha estado aquí.

—Bien, bien,—repuso mi compañero ahogando un suspiro;—debo suponer que no ha llegado aquí. ¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho! Nos hemos cansado inútilmente. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—Hablemos ahora del negocio,—dije, deseoso de distraer á sir Enrique de sus tristes reflexiones.—Se puede ser rey por derecho divino, Ignosi; pero ¿cómo os proponéis llegar á serlo de hecho?

—No lo sé: tal vez Infadoos tenga algún plan.

—Ignosi, hijo del rayo,—contestó el jefe;—esta noche se verifica la gran danza y la cacería de los hechiceros. Muchos serán olfateados y morirán, y en los corazones de otros habrá angustia é ira contra el rey Twala. Cuando la danza termine hablaré con algunos de los grandes jefes; y si puedo convencerlos, los haré venir para que vean que eres verdaderamente el rey. En este caso, creo que mañana podrás tener veinte mil lanzas á tu disposición. Por lo pronto debo marcharme para ver, observar y prepararme. Cuando concluya la danza nos veremos aquí para hablar, si escapamos con vida. De todos modos, habrá lucha.

Nuestra conferencia fué interrumpida por el anuncio de que llegaban varios mensajeros de

parte del rey. Así, adelantándonos hasta la puerta, dimos orden para que se los permitiera entrar, y pocos momentos después presentáronse tres hombres, cada uno de los cuales llevaba en la mano una cota de malla muy brillante y flexible y una magnífica hacha de armas.

—Estos son los regalos de mi señor el rey á los hombres blancos,—gritó un heraldo que iba delante.

—Damos gracias al rey,—contesté.—Podéis retiraros.

Los hombres salieron, y entonces examinamos con el mayor interés aquellos objetos. Era el más delicado trabajo que jamás había visto en este género: las mallas de acero eran tan flexibles y compactas que cada cota se hubiera podido abarcar con ambas manos.

—¿Se fabrica esto aquí, Infadoos?—pregunté al jefe.

—No,—contestó;—creo que provienen de nuestros antepasados. Nadie sabe quién las fabricó, y ahora quedan muy pocas. Solamente los individuos de la familia real pueden usarlas. Son cotas mágicas que ninguna lanza puede atravesar; de modo que aquel que se ponga una puede estar seguro en la batalla. El rey está satisfecho ó muy atemorizado; pues, á no ser así, no las enviaría. Debéis ponéros las esta noche.

El resto del día se pasó descansando y haciendo comentarios sobre la situación, que nos parecía bastante crítica. A la hora de ponerse el sol, brilló el resplandor de mil hogueras, y poco después oímos el rumor de muchas pisadas y el choque de armas de los regimientos que se dirigían al lugar de la ceremonia. A eso de las ocho, la luna brilló en todo su esplendor, y cuando estábamos contemplándola presentóse Infadoos completamente armado y seguido de los veinte hombres que debían servirnos de escolta. Ya nos habíamos puesto las cotas de malla debajo de la ropa, y por cierto que nos admiró su poco peso. Evidentemente se habían construido para hombres muy corpulentos, pues eran demasiado grandes para el capitán y para mí; pero á sir Enrique le sentaba la suya como un guante. Nos pusimos en el cinto los revólvers, empuñamos las hachas de combate regaladas por el rey, y emprendióse la marcha.

Al llegar al gran kraal donde habíamos visto al rey por la mañana, encontramos ya reunidos unos veinte mil guerreros, formados en batallones, entre cuyas filas quedaba suficiente espacio para que pudieran pasar las descubridoras de hechiceros. El cuadro era imponente, pues todos aquellos hombres permanecían inmóviles y silenciosos. La luz de la luna iluminaba un bosque de lanzas y reflejábale en los brillantes escudos de los guerreros.

—Seguramente, está aquí todo el ejército,—dije á Infadoos.

—No, Macumazahn,—contestó;—eso es una tercera parte: la otra se ha distribuido en diversos puntos por si acaso ocurre algún trastorno durante la matanza, y el resto de las

fuerzas vigila los kraals más lejanos. Ya veis que es un gran pueblo.

—Esa gente está muy silenciosa,—observó el capitán.

—¿Qué dice el Bougwan?—preguntó Infadoos.

Traduje las palabras.

—Aquellos sobre quienes la muerte agita su guadaña deben estar silenciosos,—repuso el jefe con amarga sonrisa.

—¿Matarán muchos?

—Más de los que podéis pensar.

—Páreceme,—dije á mis compañeros,—que vamos á presenciar una sangrienta lucha de gladiadores.

Sir Enrique se estremeció, y el capitán dijo que le agradaría estar lejos de allí.

—¿Estamos en peligro nosotros?—pregunté á Infadoos.

—Lo ignoro, pero confío en que os respetará. Si salís de la noche, todo puede ir bien, pues los soldados murmuran contra el rey.

Entretanto, avanzábamos hacia el espacio despejado, en cuyo centro habían puesto algunas banquetas, y de pronto vimos un grupo que parecía venir de la choza real.

—Es el rey, su hijo Scragga y la vieja Gagool,—dijo Infadoos.—Mirad: con ellos van los matadores.

—Y señaló otro grupo de diez ó doce individuos, especie de gigantes de aspecto feroz, armado cada cual de lanza y hacha.

El rey fué á sentarse en la banqueta central; Gagool se echó á sus pies, y sus acompañantes permanecieron en pie detrás.

—¡Salud, blancos!—gritó Twala al vernos llegar.—Daos prisa, pues la noche es demasiado corta para todo lo que se ha de hacer. Llegáis á buena hora, y seréis espectadores de una magnífica función. Mirad,—añadió señalando sus batallones con expresión maligna;—¿habéis visto en las estrellas algo que se parezca á eso? Observad cómo se estremecen todos los que tienen perversidad en el corazón y temen la justicia del cielo.

—¡Comenzad, comenzad!—gritó Gagool con su voz penetrante.—Las hienas aúllan porque están hambrientas. ¡Comenzad pronto!

Siguióse un silencio profundo que nos pareció horrible por el presagio de lo que iba á suceder. El rey elevó su lanza, y en el mismo instante veinte mil hombres levantaron un pie y sentáronle después en el suelo, haciendo retemblar la tierra. Después, en un punto lejano del círculo, una voz solitaria entonó un cántico algo triste, cuyo estribillo era, poco más ó menos:

—¿A qué está destinado el hombre nacido de mujer?

Y todos contestaron:

—¡A la muerte!

Aquel cántico fúnebre fué entonado sucesivamente por todos los guerreros, hasta que las voces de la multitud entera parecieron confundirse en una sola, y entonces ya no pude comprender las palabras; pero, seguramente, se quería expresar con ellas las diversas fases

de las pasiones humanas: el amor, el entusiasmo, la cólera, el temor, el pesar. De nuevo se restableció el silencio, y otra vez fué interrumpido al levantar el rey la mano. Después oyóse rumor de pisadas, y de entre las filas de guerreros vimos salir unas extrañas figuras que se dirigieron corriendo hacia nosotros. Cuando estuvieron cerca reconocí que eran mujeres las más de ellas de edad avanzada, á juzgar por su cabello blanco, adornado de espinas de peces. Tenían la cara pintada de blanco y amarillo, de sus hombros pendían grandes pieles de serpiente, al rededor de la cintura llevaban una sarta de huesos humanos que producían un ruido seco, y con sus manos temblorosas agitaban una varilla en forma de tridente. Conté ocho ó diez de estas harpías. Cuando llegaron frente á nosotros, detuviéronse, y una de ellas, extendiendo el brazo hacia Gagool, gritó:

—¡Madre, aquí estamos!

—¡Bien, bien!—replicó aquella bruja con su voz chillona.—¿Son vuestros ojos penetrantes, Isanasis? (doctoras en hechizos). ¿Veis en las tinieblas?

—Sí, madre.

—¡Bien, bien! ¿Podéis oír las palabras que la lengua no pronuncia?

—Sí, madre.

—¡Bien, bien! ¿Están bien despiertos vuestros sentidos? ¿Podéis oler la sangre y purgar la de los malos que conspiran contra el rey y sus amigos? ¿Estáis dispuestas á ser ejecutoras de la justicia del cielo, vosotras que habéis comido del pan de mi sabiduría y bebido del agua de mi magia?

—Sí, madre.

—¡Pues id! Los buitres tienen hambre, los ejecutores se impacientan, y aquellos hombres blancos están ansiosos de ver. Id.

Profiriendo un grito salvaje, aquellas brujas se diseminaron en todas direcciones, como los fragmentos de una bomba, haciendo resonar los huesos, y dirigieron á diversos puntos del círculo humano que nos rodeaba. No pudimos observar á todas, porque teníamos la vista fija en la que se hallaba más cerca de nosotros. Cuando estuvo cerca de los guerreros detúvose y comenzó á bailar, dando vueltas con una velocidad increíble y gritando á intervalos:

—¡Ya olfateo al perverso! ¡Está próximo! ¡Es aquel que envenenó á su madre! Leo los pensamientos de aquel que habló mal del rey.

Y, dando siempre vueltas, excitóse, al fin, de una manera que inspiraba horror: sus ojos parecían saltarse de las órbitas, y sus miembros estaban convulsos. Después se detuvo de repente, y, con la varilla extendida, aproximóse á los guerreros que tenía delante. Pareciónos entonces que aquellos hombres perdían su serenidad y retrocedían ante la vieja. En cuanto á nosotros, seguíamos sus movimientos con horrible fascinación.

De improviso, la hedionda bruja, profiriendo un grito, precipitóse hacia adelante, y con su tridente tocó á un guerrero muy alto y de buena presencia. Acto continuo sus dos compañe-

ros, los que estaban á derecha é izquierda, cogieronle cada cual de un brazo y se adelantaron hacia el rey.

El infeliz no se resistió; parecía estar paralizado, y su lanza se le escapó de las manos.

Dos de los ejecutores le salieron al encuentro, volviendo después la cabeza hacia el rey como para recibir órdenes.

—¡Mata!—gritó el soberano.

—¡Mata!—aulló Gagool.

—¡Mata!—repitió Scragga.

Apenas pronunciadas estas palabras, el horrible acto quedó consumado: uno de los ejecutores había atravesado el corazón de la víctima, y, para rematarle, otro le aplastó el cráneo con su maza.

—¡Uno!—dijo el rey, con el tono de una Madame Defarge negra, mientras que dos hombres se llevaban el cadáver.

Apenas se hubo hecho esto, otro infeliz fué conducido ante Twala como un buey al matadero. Esta vez la víctima era un oficial, á juzgar por su túnica de piel de leopardo; pero sufrió igual suerte. Pronunciáronse las mismas fatídicas palabras, y el hombre cayó sin vida.

—¡Dos!—contó el rey.

De este modo continuó la matanza, hasta que hubo unos cien cadáveres alineados detrás de nosotros. He oído hablar de las luchas de gladiadores en tiempos de los Césares; pero, seguramente, no eran, ni con mucho, tan horribles como el espectáculo que presenciábamos.

Una vez nos levantamos para protestar, pero Twala nos reprendió enérgicamente.

—Dejad que se cumpla la ley, hombres blancos,—exclamó;—esos perros son mágicos y están poseídos del demonio: han de morir.

A eso de las diez y media hubo un descanso: las viejas volvieron á reunirse, fatigadas, al parecer, de su sangriento trabajo, y creímos que con esto terminaba el acto; pero con gran sorpresa vimos á Gagool levantarse de pronto y dirigirse al espacio despejado, apoyada en una varita. Era extraño espectáculo el que ofrecía aquella vieja horrible, con su cabeza de buitre, encorvada por los años, y que poco á poco comenzó á moverse con tanta agilidad como sus compañeras. Entonando un cántico fúnebre, corrió de un lado á otro, y, acercándose, al fin, á un hombre alto que estaba al frente de uno de los batallones, tocóle con su varita. Los guerreros, de que, sin duda, era jefe, dejaron escapar un murmullo de reprobación; pero dos hombres se apoderaron de él y fué ejecutado como los demás. Después supimos que era hombre muy rico y primo del rey.

Twala contó ciento tres, y Gagool continuó su danza, acercándose poco á poco á nosotros.

—¡Que me ahorquen si no creo que trata de tocarnos también!—exclamó el capitán, horrorizado.

—No hay cuidado,—dijo sir Enrique.

En cuanto á mí, temblé de pies á cabeza al ver que aquel demonio se aproximaba cada vez más; y al mirar los cadáveres que esta-

ban detrás de mí no pude menos de estremecerme.

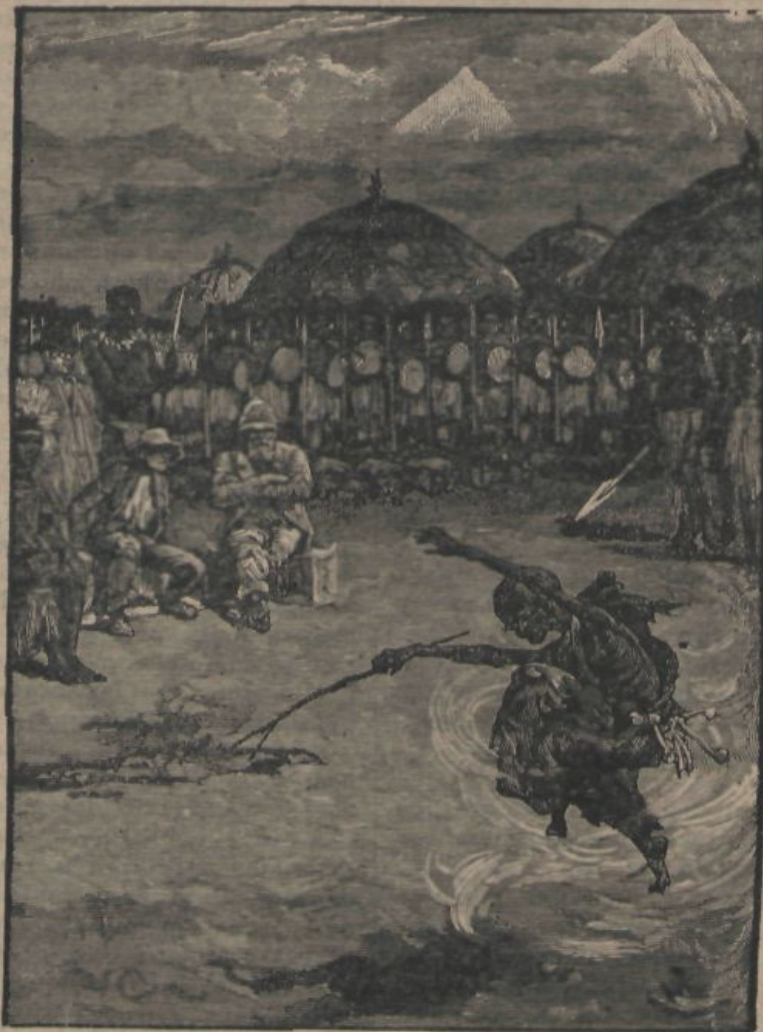
Con los ojos brillantes y la mirada fija, la vieja infernal siguió avanzando. Todo el mundo observaba sus movimientos con la mayor ansiedad, hasta que, al fin, se detuvo, extendiendo su varita.

—¿A quién será?—murmuró sir Enrique.

—¡Pues no será [así!—repliqué.—¡El que llegue á tocarle es hombre muerto!

—¡Cogedle!—gritó el rey á los ejecutores, que estaban á su alrededor sedientos de sangre.

Aquellos hombres se dirigieron hacia nosotros, y después vacilaron; mientras que Ignosi levantaba su lanza, resuelto, al parecer, á vender cara su vida.



Con los ojos brillantes y la mirada fija, la vieja infernal siguió avanzando

Pronto se desvanecieron las dudas, pues Gagool dió un salto y fué á tocar á Umpopa (Ignosi) en el hombro.

—¡Le olfateo!—gritó la vieja.—¡Matadle, matadle! ¡Está lleno de malignidad! ¡Matadle, oh rey, antes que la sangre corra por causa suya!

Sucediose una pausa, de la cual me aproveché al punto.

—¡Oh rey!—exclamé levantándome de mi asiento.—Ese hombre es criado de vuestros huéspedes, es su perro, y herirle á él es herirnos á nosotros. Por las sagradas leyes de la hospitalidad pido protección para él.

—Gagool, madre de las hechiceras, le ha olfateado y, por lo tanto, debe morir,—contestó el rey.

—¡Atrás, perros,—grité,—si queréis ver la luz de mañana! ¡Tocad un solo cabello de ese hombre, y vuestro rey caerá sin vida!

Al decir esto, apunté con mi revólver á Twala, mientras que mis compañeros empuñaban sus pistolas. El Sr. Curtis mantuvo en jaque al jefe de los ejecutores, que se adelantaba ya para coger su víctima, y el capitán eligió por blanco á la vieja Gagool.

Twala se estremeció marcadamente al ver el cañón de mi arma dirigido contra su pecho.

—¡Vamos!—dije al rey.—¿Qué resolvéis?

—Apartad vuestros tubos mágicos,—repuso.—Habéis invocado la hospitalidad, y por ella, mas no por miedo de lo que podáis hacer, le perdono. Idos en paz.

—May bien,—contesté con indiferencia.—

Y ahora os advertiré que estamos cansados de matanza y deseamos dormir. ¿Se ha concluido la danza?

—Sí,—contestó Twala con acento de enojo. —Que lleven esos cadáveres á las hienas y á los buitres,—añadió, dirigiéndose á sus hombros y levantando su lanza.

A esta señal, todos los batallones comenzaron á desfilar silenciosamente, quedando sólo algunos guerreros para ayudar á la traslación de los cadáveres lejos de allí.

Entonces nos levantamos y, saludando al rey, que apenas se dignó contestar, nos dirigimos á nuestro kraal.

—Bien,—dijo sir Enrique cuando estuvimos en nuestro alojamiento y después de encender una lámpara indígena, cuya torcida se compone de las fibras de una especie de palmera alimentada por grasa de hipopótamo;—bien: ¿qué me decís sobre esa espantosa hecatombe?

—Por mi parte,—contestó el capitán.—si aun vacilara en ayudar á Umbopa, me declararía en su favor desde luego. No sé cómo he podido permanecer quieto durante esa horrible matanza; pues, aunque cerraba los ojos, abríalos involuntariamente. Bien puede darnos gracias Umbopa, porque ha faltado muy poco para que le taladren la piel.

—Os estoy muy agradecido,—contestó Ignosi cuando hube traducido las palabras,—y os aseguro que no lo olvidaré. Infadoos vendrá pronto y debemos aguardarle aquí.

Encendimos nuestras pipas al oír esto, y esperamos.

CAPITULO XI

DAMOS UNA PRUEBA

Durante unas dos horas permanecimos sentados y silenciosos, pues nos preocupaba mucho el recuerdo de los horrores presenciados aquel día; pero, al fin, oímos rumor de pasos. Después resonó el grito del centinela del kraal, que daba el *quién vive*, y á los pocos momentos Infadoos entró en la choza, seguido de una media docena de jefes de aspecto resuelto.

—Señores,—dijo,—vengo á cumplir mi palabra en compañía de estos amigos, que son grandes hombres entre nosotros, pues cada uno de ellos manda tres mil soldados. Ya saben lo que yo he visto y oído, pero es necesario que se cercioren por sí mismos.

Y, volviéndose hacia Umbopa, añadió:

—Muestra la serpiente sagrada á mis compañeros, y refiéreles tu historia, Ignosi, para que juzguen si deben declararse en tu favor contra Twala.

Hízolo así Ignosi. Los jefes se acercaron para examinar bien el sagrado símbolo á la débil luz de la lámpara, y después pasaron al otro lado de la choza sin decir palabra.

Siguióles Ignosi á los pocos momentos, y repitió la historia que había referido por la mañana.

—Ya habéis oído, jefes,—dijo Infadoos cuan-

do Ignosi hubo terminado.—Hablad ahora, y sepamos si queréis ó no pronunciarnos en favor de ese hombre y ayudarle á recobrar el trono de su padre. El país entero está contra Twala, y la sangre de sus súbditos corre como las aguas de un manantial. Bien lo habéis visto esta noche: allí había otros dos jefes con quienes me proponía hablar, pero ya no existen: sus cuerpos son pasto de las hienas, y pronto sucederá lo mismo con vosotros si no herís antes. Elegid, hermanos.

El más respetable de los seis jefes, hombre de escasa estatura y de cabello blanco, pero muy fornido, adelantóse un paso, y tomó la palabra para contestar.

—Tus palabras son verdad, Infadoos,—dijo;—el pueblo se queja con razón, y, sin ir más allá, mi propio hermano ha sido una de las víctimas de esta noche; pero el asunto es muy delicado, y apenas se creará el hecho. ¿Qué seguridad podemos tener de que al levantarnos en armas no lo hacemos en beneficio de un impostor? Repito que el asunto es muy delicado, porque, si la cosa se prueba, la sangre correrá á torrentes antes de conseguirse el objeto, pues muchos seguirán siendo fieles al rey: los hombres rinden culto al sol que aun brilla en los cielos, y no al que está por salir. Esos blancos de las estrellas son poderosos, é Ignosi se halla bajo su protección. Si éste es el rey legítimo, que nos lo demuestren con alguna señal que todo el pueblo pueda ver. Así nos atraeremos partidarios, sabiéndose que los blancos están con nosotros.

—Ya tenéis la señal de la serpiente,—contesté.

—No basta.—repuso el jefe;—ese símbolo podría ser falso. Se necesita una señal, y no haremos nada sin ella.

Los demás jefes aprobaron, y yo me volví perplejo hacia mis amigos para explicarles el caso.

—¡Me parece haber encontrado el medio!—exclamó el capitán, de pronto.—Dígales V. que nos dejen pensar un momento.

Hízelo así, y los jefes se retiraron. Entonces Good abrió la caja en que guardaba sus medicinas y sacó un almanaque.

—Escúchenme Vds.,—nos dijo;—¿no estamos mañana á 4 de junio?

Habíamos apuntado cuidadosamente los días, y, por lo tanto, pudimos contestar que así era.

—Bien,—continuó Good;—pues aquí lo tenemos. Veán Vds.: «4 de junio: eclipse total de luna: comienza á las ocho y quince minutos del Observatorio de Greenwich, siendo visible en Africa, etc.» En esto tenemos la señal: dígales V. que oscureceremos la luna en la noche de mañana.

La idea era magnífica: sólo se podía temer que el almanaque de Good no fuese correcto, pues si hacíamos una falsa profecía en tales circunstancias, perdíase nuestro prestigio y la ocasión de que Ignosi recobrase el trono de los kukuanas.

—Snpongamos,—dijo sir Enrique á Godo,

ocupado en aquel momento en hacer sus cálculos,—que en ese almanaque hay un error.

—No veo ninguna razón para suponer eso,—contestó el capitán.—Tengo observado que los eclipses no faltan nunca, y aquí se especifica que el de mañana será visible en Africa. Ya están hechos mis cálculos, aunque no conozco nuestra posición exacta, y deduzco que el eclipse comenzará aquí á las diez de la noche, terminando á eso de las doce y media; de modo que por espacio de cerca de dos horas debe haber casi oscuridad completa.

—Bien,—dijo el Sr. Curtis;—creo que lo mejor será probar fortuna.

Opiné lo mismo, aunque dudando, pues no me fio mucho de eclipses, y dije á Umbopa que llamara á los jefes para dirigirles la palabra.

—Grandes hombres de los kukuanas,—les dije al entrar,—y vos, Infadoos: escuchadme. No nos agrada dar pruebas de nuestro poder, porque al hacerlo así alteramos el curso de la Naturaleza, produciendo en el mundo temor y confusión; pero como este asunto es de importancia y estamos resentidos contra el rey por haber ordenado tan espantosa carnicería, atentando contra la vida de nuestro amigo Ignosi, romperemos esta vez con nuestra costumbre, dándoos una señal visible para todos. Venid acá,—añadí conduciéndolos á la puerta de la choza y mostrándoles el luminoso globo de la luna.—¿Qué veis allá?

—La luna,—contestó el jefe principal.

—Bien. Decidme ahora,—continué,—si hay algún mortal que pueda oscurecerla antes de ponerse, extendiendo en la tierra las sombras de la noche.

—No, señor,—contestó el jefe sonriendo;—eso no puede hacerlo ningún hombre, ni tampoco cambiar su curso.

—Así lo creéis; pero yo os digo que mañana, dos horas antes de la media noche, la luna desaparecerá por espacio de hora y media, reinando entonces la oscuridad más profunda. Esta señal deberá servirnos para reconocer que Ignosi es el verdadero rey de los kukuanas. ¿Quedaréis satisfechos si lo hacemos así?

—Sí,—contestó el anciano jefe con una sonrisa que se reflejó en el semblante de sus compañeros;—*si hacéis eso*, quedaremos satisfechos.

—Pues se hará. Incubu, Bougwan y Macumazhan lo quieren, y ha de ser así. ¿Oís, Infadoos?

—Sí, señor; pero me parece maravilloso prometer que apagaréis la luna, la madre del mundo, cuando esté en su lleno.

—Sin embargo, lo haremos, Infadoos.

—Está bien, queridos señores. Ahora debo deciros que, dos horas después de ponerse el sol, Twala enviará á buscaros para que presenciéis la danza de las doncellas. Cuando concluya, la que haya agradao más al rey será muerta por Seragga como sacrificio á las *Silenciosas* que guardan las montañas.

Al decir esto, señaló los tres extraños picos donde se suponía que terminaba el camino de Salomón.

—Si mis señores apagan la luna, salvando después la vida de la doncella, seguro es que el pueblo creará.

—¡Ah! No cabe duda,—dijo el anciano jefe sonriendo aún;—el pueblo verá en ello un presagio.

—A dos millas de Loo,—prosiguió Infadoos,—hay una colina que afecta la forma del cuarto creciente de la luna: es una posición muy buena que se halla ocupada ahora por mi regimiento y otros tres de mis amigos. Esta misma mañana pondremos en juego nuestra influencia para atraer á nuestro favor algunos más, y entonces, si mis señores consiguen oscurecer el astro de la noche, les conduciré á dicho punto, fuera de Loo, donde podremos declarar la guerra á Twala.

—Muy bien,—contesté;—pero ahora dejádnos dormir un poco y preparar nuestra magia.

Infadoos se levantó, saludónos y marchóse con los otros jefes.

—Amigos míos,—dijo Ignosi cuando estuvimos solos;—¿tendréis, efectivamente, la maravillosa facultad de oscurecer la luna, ó lo habéis ofrecido así para pasar el tiempo?

—Creemos poder hacerlo así,—contesté.

—Es muy extraño,—repuso Ignosi;—y si no fuerais ingleses no lo creería; pero ya sé que todos los de vuestra nación sois hombres formales. Si salimos del paso, estad seguros de que os demostraré mi agradecimiento.

—Ignosi,—dijo sir Enrique,—prometedme una sola cosa.

—La prometo, Incubu, amigo mío, aun antes de saber lo que es,—contestó Umbopa con una sonrisa.—Decid.

—Se reduce á pedirnos que si llegáis á ser rey no consentiréis en lo futuro la caza de los hechiceros presenciada por nosotros, y que no se matará nunca á ningún hombre sin juzgarle antes.

Ignosi reflexionó un momento después de haber traducido yo las palabras, y contestó, al fin:

—Las costumbres de los negros no son como las de los blancos, Incubu, ni apreciamos la vida tanto como vosotros; pero prometo hacer lo que pedís. Si está en mi mano evitarlo, ya no habrá más caza de hechiceros ni se matará á ningún hombre sin juzgarle antes.

—Eso ya es una ventaja,—dijo el Sr. Curtis.—Y ahora vamos á descansar un poco.

No tardamos en quedarnos profundamente dormidos, prolongándose nuestro sueño hasta eso de las once, hora en que Ignosi nos despertó. Nos levantamos al punto, y, después de lavarnos y almorzar, salimos á pasear un poco fuera de la choza.

—Espero,—dijo el Sr. Curtis,—que no nos faltará el eclipse.

—Si no se produjera, pronto darían cuenta de nosotros,—contesté tristemente,—pues no cabe duda que alguno de los jefes á quienes hemos hablado se lo referiría todo al rey, y entonces habría otro eclipse nada agradable para nosotros.

Volvimos á la choza para comer y pasamos

el resto del día recibiendo las visitas de los curiosos. Al fin, se puso el sol, y pudimos estar dos horas solos reflexionando sobre nuestra situación. A eso de las ocho y media llegó un mensajero de Twala para invitarnos al gran baile anual de las doncellas, que debía celebrarse aquella noche.

Nos pusimos al punto nuestras cotas de malla, y, tomando nuestras armas y municiones por si acaso era preciso huir, emprendióse la marcha con bastante ánimo, aunque interiormente experimentábamos algunos temores.

El grande espacio despejado que se extendía delante del kraal del rey presentaba un aspecto muy distinto del de la noche anterior. En vez de las compactas filas de guerreros veíase una multitud de jóvenes kukuanas, vestidas, por cierto, muy á la ligera, pero adornada la cabeza con una corona de flores, y ostentando en una mano una hoja de palmera y en la otra un ramito de lilas. En el espacio más iluminado por la luna hallábase el rey con la vieja Gagool á sus pies, y detrás Infadoos, Scragga y doce guerreros. También había allí algunos jefes, entre los cuales reconocí á casi todos nuestros amigos de la noche anterior.

Twala nos saludó con aparente cordialidad, aunque fijando en Umbopa la siniestra mirada de su único ojo.

—Bienvenidos seáis, hombres de las estrellas,—dijo.—Ahora veréis una cosa muy diferente de la de anoche, aunque no tan buena. Las muchachas son agradables, y, si no fuera por ellas, ninguno de nosotros se hallaría aquí esta noche; pero los hombres son mejores. Las caricias y las dulces palabras de la mujer son gratas, pero más atractivos tienen el choque de las armas y el olor de la sangre. ¿Queréis algunas de nuestras mujeres? En tal caso, elegid las más bellas, tantas como queráis, y serán vuestras.

Parecióme que este ofrecimiento tenía mucho atractivo para el capitán, que, como la generalidad de los marinos, era muy aficionado al bello sexo; y temiendo las complicaciones que la aceptación de God podría acarrear, pues las mujeres ocasionan disturbios con tanta seguridad como el día sigue á la noche, contesté modestamente:

—Gracias, ¡oh rey! Nosotros, los hombres blancos, sólo nos unimos con mujeres de nuestro color. Vuestras doncellas son hermosas, mas no podemos aceptarlas.

—Muy bien,—contestó el rey sonriendo.—En nuestro país hay un proverbio según el cual «los ojos de la mujer son siempre brillantes, sea cual fuere su color», y otro que dice: «ama á la que está presente, porque es seguro que te faltará la que está ausente», pero tal vez no suceda así en las estrellas. En un país donde los hombres son blancos, todas las cosas me parecen posibles. De todos modos, bienvenidos seáis; y tú también, negro,—añadió fijando su mirada en Umbopa,—si se hubiera cumplido el deseo de Gagool, ahora estarías rígido y frío. ¡No tienes poca suerte en haber venido de las estrellas! ¡Ja, ja!

—Sábetete que puedo matarte antes que tú á mí,—contestó Ignosi con calma,—y piensa que tal vez estarás rígido antes que mis miembros dejen de doblarse.

Al oír esto, Twala se incorporó bruscamente.

—Eres muy atrevido, muchacho,—exclamó con acento de enojo;—no presumas demasiado.

—Puede ser atrevido aquel que dice la verdad,—repuso Umbopa.—La verdad es afilada lanza que hiere sin remisión; y advierte que mis palabras son un mensaje de las estrellas, ¡oh rey!

Twala dirigió á su interlocutor una mirada furibunda, mas no le contestó.

Siguióse una pausa.

—¡Vamos!—gritó el rey.—Dése principio al baile.

Un momento después las jóvenes avanzaron, entonando una dulce canción y haciendo ondular las hojas de palmera y las flores. Luego comenzaron á bailar con inimitable gracia, tan pronto en grupos como separadamente, y todas lucieron á porfía sus habilidades. El espectáculo que ofrecían aquellas mujeres, iluminadas por la melancólica luz de la luna, era verdaderamente fantástico. Terminado este primer ejercicio, salió de entre las filas una hermosa joven ejecutando unas piruetas y movimientos tan difíciles que hubieran causado envidia á cualquiera de las primeras bailarinas de nuestros teatros. Cuando estuvo cansada retiróse, y fué sustituida por otra y otra y varias más; pero ninguna igualó á la primera en gracia, habilidad y atractivos personales.

Cuando todas las elegidas hubieron bailado, el rey hizo una señal.

—¿Cuál os parece la más bella, hombres blancos?—preguntó.

—La primera,—contesté yo impensadamente; pero un momento después me arrepentí de mis palabras, recordando que Infadoos me había dicho que la mujer más hermosa sería ofrecida en sacrificio.

—Pues pienso como vosotros, y mis ojos ven por los vuestros,—repuso el rey;—páreceme la más bella, y es triste cosa, porque ha de morir.

—¡Sí, sí! ¡Debe morir!—dijo Gagool, dirigiendo una furtiva mirada á la pobre joven, que, ignorante aún de la suerte que la esperaba, hallábase al frente de un grupo de sus compañeras, entretenida en deshojar una flor.

—¿Por qué, oh rey?—pregunté, conteniendo á duras penas mi indignación.—La muchacha ha bailado bien, y á todos nos ha gustado; también es bella, y sería una crueldad recompensarla con la muerte.

—Es nuestra costumbre,—contestó Twala sonriendo.—Las figuras de piedra que están allí,—y señaló los tres lejanos picos,—deben recibir su tributo, y si yo no sacrificase hoy la más hermosa doncella, las desgracias caerían sobre mí. La profecía de mi pueblo dice: «Si el rey no ofrece en sacrificio una bella joven á las Silenciosas en el día del baile de las doncellas, será aniquilado con todos los suyos». Escuchad, hombres blancos: mi hermano, que reinó an-

tes, no ofreció sacrificio por haberse apiadado de la mujer, y cayó con su casa, y yo ocupó su lugar. Esa joven, por lo tanto, debe morir.

Y, volviéndose hacia los guardias, añadió:

—Traedla aquí; y tú, Scragga, prepara tu arma.

Dos hombres se adelantaron, y entonces la joven, comprendiendo por primera vez de qué se trataba, dió un grito y quiso huir; pero robustos brazos la sujetaron y trajéronla llorosa á nuestra presencia.

—¿Cómo te llamas, joven? — preguntó Gagool. — ¿No quieres contestar? ¿Deseas que el hijo del rey ejecute su obra de una vez?

Entonces Scragga adelantó un paso como sonriendo con expresión cruel, y al mismo tiempo observé que la mano del capitán Good se acercaba á su revólver. La pobre joven vió á través de sus lágrimas el brillo del acero, y, dejando de luchar para escaparse, unió sus manos convulsivamente y permaneció inmóvil, temblando de pies á cabeza.

—Mirad, — dijo Scragga sonriendo; — ya se estremece al ver el juguete que tengo en la mano, aunque no lo ha probado aún.

—Si alguna vez tengo ocasión, ya me la pagarás, perro, — murmuró el capitán entre dientes.

—Ahora que estás más tranquila, — dijo Gagool con sorna, — dínos cómo te llamas. Vamos: habla y no temas.

—¡Oh madre! — contestó la joven con acento tembloroso. — Mi nombre es Fulata, de la casa de Suko. ¡Oh madre! ¿Por qué he de morir? Nunca hice daño á nadie.

—Consuélate, — repuso la vieja con tono burlesco, — pues vamos á ofrecerte en sacrificio á las *Silenciosas*, y más vale dormir en la noche eterna que luchar con los disgustos de la vida. Además, has de morir á las manos del hijo del rey, lo cual debe consolarte.

—¡Esto es cruel siendo yo tan joven! — exclamó Fulata retorciéndose las manos con angustia. — ¿Qué he hecho yo para no ver más como sale el sol y palidecen las estrellas, para no coger nunca las flores cubiertas de rocío ni oír el murmullo de las aguas? ¡Ay de mí! ¿Será posible que no vuelva á ver jamás la choza de mi padre ni á recibir las caricias maternales? ¿Será posible que ninguna mirada de amor se cruce ya con las mías y que muera sin posteridad? ¡Oh suerte cruel, suerte cruel! — añadió retorciéndose los brazos con desesperación.

Aquella infeliz estaba tan hermosa en su angustia y dolor, con sus mejillas inundadas de lágrimas y fija la mirada en el cielo, que, seguramente, hubiera conmovido á corazones menos duros que los de Twala, su hijo y la vieja.

Pero estos tres personajes no se inmutaron en lo más mínimo, si bien observé señales de compasión en los guardias que estaban detrás y en los jefes. En cuanto al capitán, poseído de indignación, hizo un movimiento como para dirigirse á la joven. Con la rápida comprensión que caracteriza á la mujer, aquella infe-

liz adivinó lo que el capitán pensaba, y precipitándose de improviso sobre él, abrazóse á sus piernas.

—¡Oh padre blanco de las estrellas! — exclamó. — Cúbreme con el manto de tu protección y déjame penetrar en la sombra de tu fuerza para que pueda salvarme. ¡Librame de esos hombres crueles y de los favores de Gagool!

—No tengas cuidado: yo te protegeré. Vamos, levántate y dame la mano.

Twala hizo una señal á su hijo, que avanzó con el arma levantada.

—Ahora es el momento, — murmuró el señor Curtis á mi oído. — ¿Qué aguarda V.?

—Espero el eclipse, — contesté; — hace media hora que observo la luna, y nunca la he visto tan brillante.

—Pues no hay más remedio que jugar el todo por el todo, porque, de lo contrario, matarán á la joven. El rey se impacienta.

Reconociendo la fuerza del argumento, y después de fijar una última mirada en la luna con ansiedad, adelantéme con aspecto grave y me interpuse entre la joven y Scragga.

—¡Rey! — exclamé. — ¡Esto no será! ¡No podemos tolerar semejante cosa!

Twala se levantó de su asiento, estupefacto y rojo de cólera, mientras que los jefes y los grupos de jóvenes que se habían acercado á nosotros, presintiendo una tragedia, dejaron escapar un murmullo de asombro.

—¿Que no será, perro blanco que ladras al león en su caverna? — gritó el rey, ciego de ira. — ¿Que no será? ¿Estás loco? ¡Cuidado que no te suceda lo que al pollo á ti y á los tuyos! ¿Cómo podréis impedirlo? ¿Quiénes sois vosotros para oponeros á mi voluntad? ¡Retiraos pronto! ¡Scragga, máatala! ¡Guardias, apoderaos de esos hombres!

Al oír esto, varios hombres armados que estaban detrás de la choza, esperando, sin duda, aquella orden, corrieron hacia nosotros.

Sir Enrique, el capitán y Umbopa se colocaron á mi lado, preparando sus armas.

—¡Deteneos! — grité atrevidamente, aunque en aquel momento me desfallecía el corazón.

—¡Deteneos! Nosotros, los hombres blancos de las estrellas, decimos que eso no será. Adelantad un paso más, y apagaremos la luna, cubriendo la tierra de tinieblas. Así conoceréis nuestra magia.

Mi amenaza produjo su efecto, pues los hombres se detuvieron, y Scragga permaneció inmóvil con su arma levantada.

—¡Escuchadle, escuchadle! — gritó Gagool. — Escuchad al embustero que dice que apagará la luna como si fuese una lámpara. Que lo haga así y se perdonará á la joven; y si no lo hace, él y los suyos morirán con ella.

Al oír estas palabras miré á la luna, y con indecible alegría observé que no nos habíamos equivocado: en el borde de la inmensa órbita veíase una ligera sombra que invadía poco á poco la brillante superficie.

Entonces extendí el brazo con ademán majestuoso, movimiento que imitaron mis amigos, recitando un versículo del *Antiguo Testamento*.

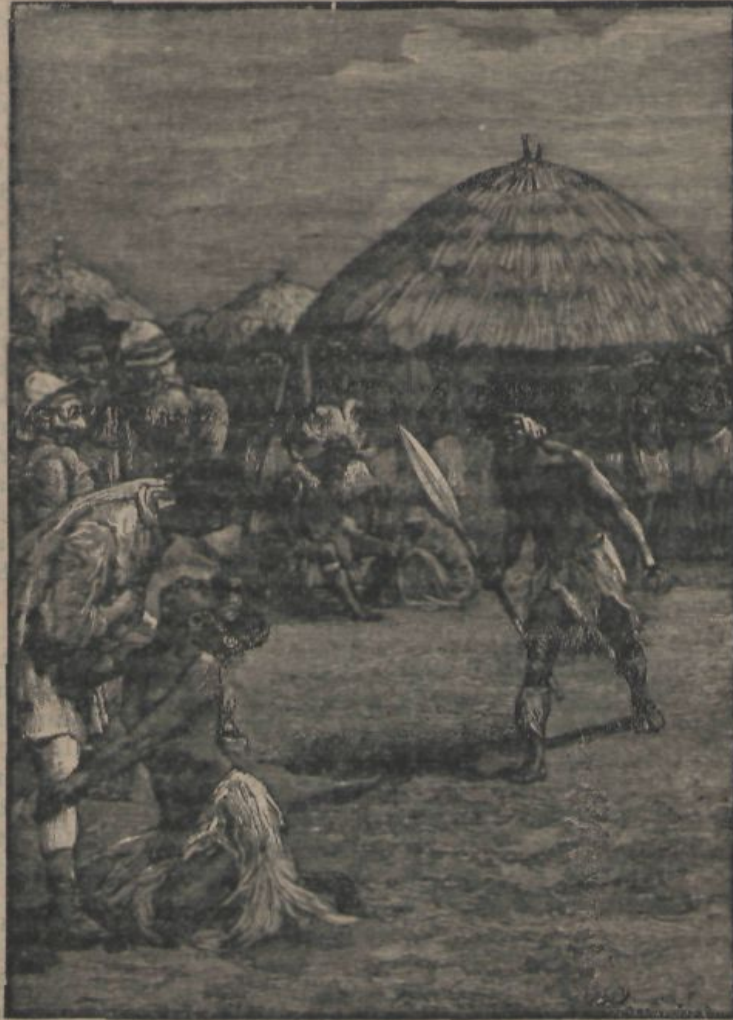
La penumbra avanzó gradualmente por la superficie luminosa, y, al ver esto, la multitud dejó escapar un murmullo de temor.

—¡Mirad, oh rey! ¡Mirad, Gagool! ¡Mirad, jefes y pueblo, y ved si los hombres blancos de las estrellas faltan á sus palabras! La luna se oscurece á vuestra vista, y pronto reinarán las tinieblas. Habéis pedido una señal, y os la damos. ¡Oscurécete, oh luna! ¡Retira tu luz,

menso globo tomó un color cobrizo, y la parte de la superficie aun luminosa se oscureció á su vez. El aire comenzó á ser más pesado, y, al fin, apenas pudimos ver los rostros feroces del grupo que estaba delante de nosotros.

—¡La luna se muere! ¡Los brujos la han matado!—gritó Scragga de pronto.—¡Vamos á perecer en la oscuridad!

Y, poseído de temor ó de cólera, ó de ambas



Precipitándose de improviso sobre él, abrazóse á sus piernas

reduce á polvo el corazón orgulloso, y cubre el mundo de sombras!

De todas las bocas se escapó un grito de terror, algunos quedaron como petrificados, y otros cayeron de rodillas, mudos de espanto. En cuanto al rey, permaneció inmóvil, aunque se le vió palidecer á pesar de su oscura piel. Solamente Gagool conservó su valor.

—Eso pasará,—gritó;—ya he visto algo semejante otras veces: permaneced quietos, y ya veréis como se desvanece la sombra.

Entretanto, el oscuro anillo iba extendiéndose, y aquella inmensa multitud observaba el cielo con mirada atónita. La luz de la luna disminuía, y al rededor de nosotros reinaba un silencio de muerte. El astro de la noche penetró más y más en la sombra de la tierra, el in-

cosas, levantó su arma y descargó con toda su fuerza un golpe en el pecho de sir Enrique, olvidando, sin duda, las cotas de malla que el rey nos había regalado. El acero del arma rebotó, y, antes de que Scragga pudiera repetir el golpe, sir Enrique se la arrancó de las manos y hundiósela en el pecho, tendiéndole sin vida á sus pies.

Al ver esto, y enloquecidas por el espanto, todas las jóvenes bailarinas huyeron en confusión, lanzando agudos gritos; pero no se limitó á ellas el pánico: el mismo rey, seguido de los guardias, algunos jefes y Gagool, huyeron hacia las chozas; de modo que á los cinco minutos no quedamos allí más que Fulata, salvada milagrosamente, Infadoos, y los más de los jefes con quienes habíamos hablado la noche.

anterior. El cadáver de Scragga yacía allí tal como cayó.

—Ahora, amigos míos,—dije á los jefes,—ya podéis estar satisfechos después de haber visto la señal, y, por lo tanto, vamos al sitio de que nos habéis hablado. Aprovechémonos de la oscuridad, porque el encanto no durará más de hora y media.

—Vamos,—dijo Infadoos dando el ejemplo.

Los asombrados jefes y nosotros le seguimos. El capitán conducía á Fulata cogida de la mano.

Antes de llegar á la puerta del kraal, la luna se oscureció del todo, y en el firmamento ennegrecido brillaron las estrellas cual diamantes.

CAPITULO XII

ANTES DE LA BATALLA

Afortunadamente para nosotros, Infadoos y los jefes conocían muy bien todos los pasos de la gran ciudad; de modo que, á pesar de las tinieblas, pudimos franquear en poco tiempo la distancia.

Al cabo de una hora el eclipse comenzó á pasar, y el borde de la luna, que primero desapareciera, volvió á ser visible. Cinco minutos después las estrellas comenzaron á desvanecerse, y ya hubo suficiente luz para ver por dónde íbamos. Entonces reconocióse que nos hallábamos del todo fuera de Loo y próximos á una gran colina cuya cumbre formaba una especie de meseta y que tendría unas 2 millas de circunferencia. En el punto de mayor elevación, su altura no excedería, seguramente, de 200 pies, pero afectaba la forma de herradura, y las laderas eran rápidas pendientes sembradas de moles de piedra. En la cima, en forma de meseta, había suficiente espacio para acampar, y el todo constituía una posición muy ventajosa.

Allí encontramos un considerable número de guerreros, muchos de los cuales parecían poseídos de la mayor consternación por el fenómeno natural que habían presenciado. Cruzando á través de aquellos hombres, sin decir palabra, llegamos á una choza situada en el centro, donde, con grande asombro nuestro, vimos dos indígenas con nuestros efectos, los cuales habíamos dejado detrás en nuestra fuga.

—Yo envié á buscar vuestro equipo,—dijo Infadoos,—y también esto,—añadió, mostrando los pantalones del capitán.

Lanzando una exclamación de alegría, Good se precipitó sobre ellos, y púsoseles en un abrir y cerrar de ojos, á pesar de las protestas de Infadoos, quien sentía mucho que nuestro amigo ocultara sus blancas piernas. Good era un hombre muy modesto y contentábase, en punto á ventajas estéticas, con su patilla única, su ojo transparente y sus dientes de quita y pon.

El jefe nos dijo después que había dado orden para que se uniesen los regimientos al

amanecer, á fin de explicarles las circunstancias de la rebelión, resuelta ya por los jefes, presentándoles á Ignosi como legítimo heredero del trono.

Apenas salió el sol, las tropas, en número de unos veinte mil hombres, que constituían la flor del ejército kukuaná, hallábanse reunidas en un espacio descubierto, al que nos trasladamos al punto. Los guerreros, formados en tres divisiones, presentaban un aspecto magnífico. Nosotros nos colocamos en el centro, y muy pronto nos rodearon los principales jefes y oficiales.

Después de reclamar silencio, Infadoos dirigió á las tropas su alocución. Con vigoroso y elegante estilo, pues, así como los más de los kukuanas de cierta categoría, era orador, refirió la historia del padre de Ignosi, asesinado por Twala; demostró que el pueblo sufría bajo el yugo de este rey cruel, y recordó la última matanza, en la que muchos de los hombres más notables del país habían sido sacrificados sin compasión. Luego dijo que los hombres blancos de las estrellas, compadecidos al ver tantas iniquidades y deseos de aliviarlas, habían ido á buscar á Ignosi á su destierro para conducirlo á su país á través de las montañas. Añadió que, indignados ante las crueldades del rey, habían hecho una señal para darse á conocer, oscureciendo la luna cuando se trataba de sacrificar á Fulata, y matando á Scragga; terminando con decir que él y los jefes que le acompañaban estaban dispuestos á destronar á Twala, sustituyéndole con Ignosi, que era el rey legítimo.

El discurso de Infadoos fué escuchado hasta el fin con un murmullo de aprobación, y después Ignosi se adelantó para tomar la palabra. Después de confirmar cuanto su tío había dicho, pronunció el siguiente expresivo discurso:

—¡Oh jefes, capitanes, soldados y pueblo! Habéis oído mis palabras, y ahora es preciso que elijáis entre aquel que ocupa mi trono y yo; aquel que asesinó á su hermano, y el niño que debió huir en brazos de su madre. Que yo soy verdaderamente el soberano, esos lo pueden decir,—y señalaba á los jefes,—porque han visto en mí la serpiente sagrada. Si yo no fuese el rey, ¿estarían conmigo esos hombres blancos, tan temibles por su magia? ¡Temblad, jefes, capitanes, soldados y pueblo! Si esos poderosos auxiliares míos cubrieron la tierra de sombra, sólo fué para confundir á Twala, para favorecer nuestra fuga. ¿No lo habéis visto todos?

—Sí,—contestaron los guerreros.

—Os digo que soy el rey,—continuó Ignosi, irguiéndose altanero y elevando sobre su cabeza el hacha de combate;—y si hay alguno entre vosotros que no lo creyere así, que salga de las filas y me batiré con él cuerpo á cuerpo, para que su sangre sea la prueba evidente de que os digo la verdad.

Como nadie parecía inclinado á medir sus armas con Ignosi, éste continuó su discurso.

—Soy el rey legítimo,—dijo;—y si estáis á mi lado en la batalla y alcanzo el triunfo, par-

tiiciparéis conmigo de los honores de la victoria: os daré mujeres y ganados; y si caigo, moriré con vosotros. Desde ahora os prometo que, cuando ocupe el trono de mis padres, la sangre no se verterá inútilmente en esta tierra: ya no pediréis en vano justicia, ni habrá mantanzas, ni cacería de hechiceros, ni seréis sacrificados sin causa. No morirá ningún hombre sino aquel que infrinja las leyes. El saqueo de vuestras viviendas cesará, y todos podrán

ron los guerreros con el saludo real; *Kum!*, lo cual indicaba que los soldados aceptaban como rey á Ignosi.

Media hora después celebramos un consejo de guerra, en el cual tomaron parte todos los jefes que allí estaban. Era evidente que muy pronto seríamos atacados por fuerzas considerables, pues desde nuestra posición veíamos que se reunían tropas y que de Loo salían mensajeros en todas direcciones. Nosotros



—; Oh jefes, capitanes, soldados y pueblo! Habéis oído mis palabras...

dormir tranquilos en sus chozas. ¿Habéis elegido, jefes, capitanes, soldados y pueblo?

—Hemos elegido, ¡oh rey!—contestaron todos.

—Muy bien: pues ahora volved las cabezas y veréis como los mensajeros de Twala salen de la gran ciudad, dirigiéndose al E. y al O., á fin de reunir un poderoso ejército para aniquilarnos, á vosotros, á mis amigos y á mí. Mañana, ó tal vez pasado, vendrá con todas sus fuerzas, y entonces veré luchar á los que me son adictos, á los que no temen defender mi causa; y os aseguro que no serán olvidados cuando llegue el momento de repartirse el botín. He dicho, ¡oh jefes, capitanes, soldados y pueblo! Retiraos ahora á vuestras chozas, y prepárense todos para la batalla.

Sucediose una pausa, y después uno de los jefes levantó la mano, á cuya señal contesta-

contábamos con unos veinte mil guerreros, entre los cuales figuraban siete de los mejores regimientos del país; pero Twala, según nos dijo Infadoos, tenía á su disposición de treinta á treinta y cinco mil, por lo menos, siendo probable que para el día siguiente reuniera cinco ó seis mil más. Era posible que algunas de sus tropas desertaran pasándose á nosotros; mas no podíamos fiarnos de esto. Entretanto, no cabía duda que se hacían grandes preparativos para atacarnos, y ya comenzaban á patrullar al pie de la colina algunos fuertes destacamentos.

Infadoos y los demás jefes opinaban, sin embargo, que no habría ataque hasta el día siguiente, pues por el pronto se procuraría desvanecer el efecto moral producido en el ejército por el oscurecimiento de la luna.

Entretanto, se trabajó en fortificar nuestra

posición tanto como fué posible; con grandes moles pedregosas cerráronse todos los pasos que conducían á la meseta, y se adoptaron todos los medios para impedir que el enemigo pudiera acercarse impunemente. Además de esto, amontonáronse en diversos puntos de la meseta grandes piedras para arrojarlas contra los sitiadores, señalóse á cada regimiento su posición, y se terminaron todos los preparativos de la mejor manera que nuestro ingenio nos sugirió.

Poco antes de ponerse el sol, cuando nos habíamos sentado á descansar un poco, vimos algunos hombres que se dirigían á nuestra posición, habiendo salido, al parecer, de Loo. Uno de ellos llevaba una hoja de palmera en la mano, indicando con esto que era un heraldo.

Ignosi, Infadoos, dos ó tres jefes y nosotros bajamos al pie de la colina para recibir al mensajero. Era un joven de arrojante presencia, sin duda oficial, á juzgar por su túnica de piel de leopardo.

—¡Salud!—gritó.—¡Salud en nombre del rey á los que promueven contra él una guerra injusta, á los chacales que aúllan al rededor del león!

—¡Hablad!—dije con acento breve.

—Estas son las palabras del rey: rendíos á merced suya, ó, de lo contrario, sufriréis peor suerte. Ya se ha herido al toro negro, y el rey le arrastra ensangrentado por el campamento (1).

—¿Cuáles son las condiciones de Twala?—pregunté por curiosidad.

—Son generosas y dignas de un gran soberano. Hé aquí las palabras de mi rey, el tuerto, el poderoso, el marido de mil mujeres, señor de los kukuanas, guardián del gran camino de Salomón, amado de *las tres Silenciosas* de las montañas, ternero de la vaca negra, elefante cuyas pisadas hacen retemblar el suelo, terror de los mágicos, avestruz cuyos pies devoran el desierto, rey de generación en generación. Mi señor ha dicho: «Haré merced satisfaciéndome con poca sangre; de cada diez morirá uno, y los demás quedarán libres; pero el blanco Incubu, que mató á mi hijo; su criado el negro, que aspira á mi trono, é Infadoos, mi hermano, que promueve la rebelión, morirán en el tormento como ofrenda á las Silenciosas. Tales son las equitativas condiciones de Twala.

Después de consultar con mis compañeros, contesté en voz alta para que todos pudieran oír:

—Perro: ve, y dile al rey que te envié que nosotros, Ignosi, verdadero rey de los kukuanas; Incubu, Bougwan y Macumazahn, los sabios blancos de las estrellas, que pueden oscurecer la luna; Infadoos, de la casa real; los jefes, capitanes y pueblo aquí reunidos, tenemos á bien contestar que no nos rendiremos, y que,

antes de haberse puesto el sol dos veces, el cuerpo de Twala estará rígido en la puerta de su kraal, é Ignosi ocupará su puesto. Ahora vete antes que te expulsemos á latigazos, y no te atrevas á levantar la mano contra nosotros. El heraldo soltó la carcajada.

—Con esas palabras pomposas,—dijo,—no espantaréis á los hombres. Estad igualmente animosos mañana, vosotros los que oscurecéis la luna, y procurad alegraros antes que los cuervos se alimenten de vuestra carne hasta no dejar más que los huesos. ¡Adiós! Tal vez nos encontremos en la lucha mañana, y yo quisiera que me esperaseis, hombres blancos.

Dichas estas palabras con acento irónico, el mensajero se retiró, precisamente cuando el sol se ocultaba.

Aquella noche fué muy atareada, pues, á pesar de nuestro cansancio, aprovechamos la luz de la luna para ultimar los preparativos. Una hora después de media noche quedaba terminado todo cuanto podíamos hacer, y en nuestro campamento no se oía ya más que los gritos de los centinelas. Sir Enrique y yo, acompañados de Ignosi y de uno de los jefes, bajamos al pie de la colina para inspeccionar las avanzadas. A medida que pasábamos, en los sitios menos pensados veíanse brillar de improviso armas, que desaparecían apenas dábamos el santo y seña. Era evidente que nadie dormía ni descuidaba la vigilancia.

Al volver al campamento vimos también muchos soldados dormidos, con las armas á su alcance y en las más diversas posturas. Vistos á la luz del astro de la noche, con sus cuerpos casi desnudos, sus robustas formas, sus cabezas adornadas de plumas y sus brillantes lanzas, parecían verdaderamente seres fantásticos.

—¿Cuántos de éstos cree V. que vivirán mañana?—me preguntó sir Enrique.

Miré á los durmientes otra vez con triste expresión, y parecióme que la muerte los había tocado ya á todos. Entonces despertáronse en mi espíritu singulares ideas sobre el misterio de la vida humana, y entristéciome profundamente su futilidad y doloroso fin. Estaba contemplando en aquel instante miles de hombres que dormían sanos y buenos, y que al día siguiente se hallarían tendidos sin vida en el campo de batalla: sus mujeres serían viudas, sus hijos quedarían huérfanos de padre, y tal vez sus viviendas desaparecerían también.

A todas estas reflexiones me entregaba yo, lamentándome de que, á medida que me hacía más viejo, más se arraigaba en mí la detestable costumbre de pensar en estas cosas.

—Amigo Curtis,—contesté,—yo reflexiono sobre mi triste situación y no sé qué decir.

—Mi compañero se sonrió, manoseándose la barba.

—Ya le he oído á V. hacer la misma observación antes de ahora, amigo Quatermain,—repuso.

—Pues ahora le diré á V.,—añadí,—que du-
do mucho que ninguno de nosotros esté vivo mañana. Seremos atacados por considerables

(1) Esta cruel costumbre no es exclusiva de los kukuanas, y no deja de ser muy común entre las tribus de África cuando estalla una guerra ó ocurre cualquier otro acontecimiento importante.

fuerzas, y es muy dudoso que podamos sostener esta posición.

—De todos modos,—dijo sir Enrique,—daremos buena cuenta de algunos de ellos. Escuche V. Reconozco que nos hallamos en un mal paso y verdaderamente comprometidos; pero, una vez en el baile, hemos de bailar. En cuanto á mí, prefiero morir peleando que de otra manera; y ahora que he perdido la esperanza de encontrar á mi hermano, me conformo más fácilmente. Sin embargo, la fortuna favorece á los hombres de corazón, y tal vez salgamos de apuro, aunque la matanza será espantosa y nos será forzoso estar en medio de ella.

Sir Enrique dijo estas últimas palabras con triste acento, pero sus ojos brillaban, lo cual me convenció de que mi amigo era verdaderamente aficionado á la lucha.

Terminado este diálogo, fuimos á dormir un par de horas.

Al amanecer nos despertó Infadoos para decirnos que se observaba mucha actividad en Loo, y que algunos exploradores del rey se acercaban á nuestras avanzadas.

Nos levantamos y vestimos apresuradamente sin olvidar nuestras cotas de malla, muy útiles en semejante ocasión. Pero sir Enrique quiso hacer las cosas en toda regla, y en vez de su traje prefirió el equipo de un verdadero guerrero indígena que Infadoos le proporcionó. Púsose la túnica de piel de leopardo como las que usaban los oficiales, se adornó la cabeza con plumas negras de avestruz, permitidas solamente á los jefes de alta categoría, y al rededor de la cintura se ciñó un magnífico *moocha* de colas blancas de buey, calzando unas sandalias de pelo de cabra. Una pesada hacha de armas, un escudo redondo y el acostumbrado número de cuchillos arrojadizos completaron su equipo; mas no olvidó su revólver. El Sr. Curtis, vestido así de salvaje, estaba verdaderamente magnífico, pues veíanse mejor sus robustas y admirables formas. A poco llegó Ignosí ataviado de una manera análoga, y al contemplar aquellos dos hombres pensé que jamás había visto otros que los aventajaran por su físico. En cuanto al capitán, con su lente, su patilla única y su cota de malla sujeta con correas, porque era demasiado grande para él, tenía más de extraño que de imponente. Yo me puse mi cota sobre la ropa y me remangué los pantalones á fin de ir más ligero en el caso de que fuese preciso emprender una rápida retirada. Una lanza, un escudo que no sabía cómo usar, dos cuchillos, el revólver y una larga pluma sujeta en mi sombrero de caza completaron mi modesto equipo. Además de esto, cada uno de nosotros llevaba su carabina, y teníamos á nuestra disposición un hombre para llevar las municiones.

Terminados estos últimos preparativos, tomamos apresuradamente algún alimento y fuimos á ver qué se hacía. En el punto más lejano de la cima de la montaña encontramos á Infadoos rodeado de su regimiento, el de los guardias grises, que era, indudablemente, el mejor del ejército de Kukuana. Componíase de tres

mil quinientos hombres; y como se le había destinado para la reserva, los soldados descansaban observando como salían de Loo las fuerzas del rey, cuyas columnas parecían no tener fin: formaban tres divisiones de al menos diez ó doce mil hombres cada una.

Apenas salieron de la ciudad, una de dichas divisiones avanzó por la derecha, la otra por la izquierda, y la tercera dirigióse lentamente hacia nosotros.

—¡Ah!—exclamó Infadoos.—¡Se proponen atacarnos por tres puntos á la vez!

Esto era grave, porque, como nuestra posición en la meseta de la montaña era muy extensa, debíamos concentrar cuanto fuera posible nuestras fuerzas, comparativamente escasas. Por otra parte, no sabíamos de qué modo se nos atacaría; pero enviamos órdenes á los diferentes regimientos para que se preparasen á rechazar ataques aislados.

CAPITULO XIII

EL ATAQUE

Lentamente y sin la menor excitación, las tres divisiones avanzaron en silencio. Cuando estuvieron á unas quinientas varas de nosotros, la del centro se detuvo al principio de una lengua de tierra que conducía á la colina, y con esto dió tiempo á que las otras dos circunvalasen nuestra posición, que afectaba, poco más ó menos, la forma de herradura. Sin duda, se proponían atacar por tres puntos simultáneamente.

—¡Oh! ¡Si tuviésemos un cañón!—exclamó Good al contemplar las compactas falanges de nuestros enemigos.—Yo despejaría la llanura en veinte minutos.

—Sí; pero, como no le tenemos, la reflexión es inútil.—contestó el Sr. Curtis.—En cambio, amigo Quatermain,—añadió,—bueno sería que tratara V. de acertar á ese mocetón que parece ejercer el mando. Casi le apostaría á V. una libra, que será pagada religiosamente si salimos de esto, á que no alcanza V. ni con diez balas á ese hombre.

Estas palabras me picaron el amor propio: cargué mi carabina con otra bala más sólida, y cuando el jefe indígena estuvo en la posición que me pareció más conveniente, hice fuego. En aquel instante mi hombre estaba inmóvil, lo cual era favorable; pero, bien fuese por mi excitación, por el viento ó porque el jefe estaba demasiado distante, cuando se disipó el humo observé con enojo que no había tocado en el blanco, mientras que otro indígena que estaba más lejos yacía en tierra, sin duda muerto. Volviéndose rápidamente el jefe á quien yo apuntara, corrió hacia sus hombres, muy alarmado, al parecer.

—¡Bravo, Quatermain!—exclamó el capitán.—¡No le ha dado V. mal susto!

Esto me encolerizó, pues siempre he procurado no ponerme en ridículo, y, cuando uno solamente hace una cosa bien, agrádale conservar la reputación adquirida. Renegando de

mi torpeza, quise corregirla: apunté rápidamente al general, que corría, y disparé el segundo tiro. El pobre hombre levantó los brazos y cayó de bruces. Esta vez no equivoqué la puntería, y (lo digo por lo poco que pensamos en los demás cuando el orgullo ó la reputación están en juego) fui bastante cruel para felicitar me de aquel tiro.

Los guerreros enemigos, al ver aquella prueba de la magia de los blancos, profirieron ruidosos gritos; mientras que las fuerzas mandadas por el general muerto, pues efectivamente tenía este grado, comenzaron á retroceder en desorden.

Sir Enrique y el capitán hicieron fuego á su vez contra la compacta masa de enemigos, y entre los tres pusimos fuera de combate ocho ó diez hombres.

De repente oímos una tremenda gritería á derecha é izquierda de nuestra posición: era que las otras dos divisiones nos atacaban.

Innumerables enemigos franqueaban los lados de la colina entonando un cántico de muerte, y al ver esto rompimos el fuego á través, ayudados por Ignosi. Algunos hombres cayeron; pero en aquella compacta masa de enemigos esto producía el mismo efecto que arrojar piedras contra la ola que rueda hacia la orilla.

Los guerreros habían acometido á las avanzadas que teníamos al pie de la colina, y después de esto los sitiadores no pudieron avanzar tan apresuradamente, porque érales preciso trepar. Nuestra primera línea defensiva hallábase á medio camino de la pendiente; la segunda cincuenta varas más allá, y la tercera ocupaba la meseta.

A pesar de todo, los sitiadores ganaban terreno, profiriendo de continuo su grito de guerra:—*Twala, Twala! ¡Chielé, Chielé!* (—*¡Twala, Twala! ¡Mata, mata!*); mientras que los nuestros contestaban:—*¡Ignosi, Ignosi! ¡Chielé, Chielé!* Pronto estuvimos bastante cerca unos de otros, y entonces comenzaron á brillar por el aire los cuchillos arrojados, arreciando desde aquel momento la pelea.

Los hombres caían como las hojas del árbol; pero bien pronto pudimos reconocer que las fuerzas enemigas eran muy superiores en número. Nuestra primera línea de defensa fué desbaratada, y los sitiadores llegaron á la segunda. Aquí hubo una lucha espantosa, pero los nuestros se vieron rechazados también, hasta que, al fin, al cabo de veinte minutos, la batalla se empeñó en la tercera.

Sin embargo, el enemigo había perdido mucha gente: sus muertos y heridos formaban una barrera impenetrable, y durante algunos momentos aquella furiosa marea de hombres avanzó y retrocedió sucesivamente, pareciendo el éxito dudoso.

El Sr. Curtis, que observaba con atención todos los movimientos, precipitose de pronto, seguido del capitán, en lo más recio de la pelea. Yo me quedé donde estaba.

Al ver los enemigos la elevada estatura de sir Enrique, que avanzaba con irresistible ímpetu, oyóse el grito de:—*¡Nanzia, Incubu!*

¡Nanzia, Unkungunklovo! (—*¡Aquí está el elefante!*) *¡Chielé, Chielé!*

Desde aquel momento el desenlace no fué ya dudoso. A pesar de su desesperado valor, los sitiadores, perdiendo terreno palmo á palmo, retiráronse hasta sus reservas en bastante confusión. En aquel mismo instante llegó un mensajero para decir que el ataque de la izquierda había sido rechazado; y ya me congratulaba yo de que hubiese terminado el combate, cuando vimos con espanto que las fuerzas destinadas á defender la derecha retrocedían en dirección á nosotros, seguidas por una legión de enemigos.

Ignosi, que estaba á mi lado, expidió al punto una orden, é inmediatamente el regimiento de reserva (los guardias grises) se extendió en ala.

Un momento después Ignosi dió otra, repetida por los capitanes, y con gran disgusto mío encontréme en medio de una espantosa refriega. Fué preciso hacer de tripas corazón, y pensé que era llegada mi última hora. Ví que nuestra gente se desbandaba y volvía á formarse, y ya no sé lo que pasó después. Solamente recuerdo que se me apareció de repente una especie de coloso con su lanza levantada para atravesarme; pero no me desanimé. Viendo que si permanecía inmóvil era hombre muerto, precipitéme contra mi enemigo con la cabeza baja y le hice caer. Sin darle tiempo para levantarse, le disparé un tiro con mi revólver y dejéle inmóvil.

Poco después de esto, algún enemigo me descargó un golpe en la cabeza y caí sin conocimiento.

Cuando recobré el uso de mis sentidos halléme en medio de mis compañeros. El capitán se inclinaba sobre mí con una calabaza llena de agua en la mano.

—*¿Qué tiene V., amigo mío?*—me preguntó con ansiedad.

—Nada de particular por ahora,—contesté.

—*¡Gracias á Dios!* Cuando ví que se lo llevaban pensé que ya le habían despachado.

—Por esta vez no ha sido así. Sin duda, caí aturrido al recibir un golpe en la cabeza. *¿Cómo ha terminado esto?*

—Por ahora se ha rechazado al enemigo en toda la línea, pero la matanza ha sido espantosa. Nuestra pérdida asciende, por lo menos, á dos mil hombres, entre muertos y heridos, y las fuerzas del rey no cuentan menos de tres mil bajas. Debo advertir que á los heridos de gravedad se les abre una arteria para rematarlos á fin de que no padezcan; pero á los otros se les prestan los auxilios que las circunstancias permiten. Por lo menos, así se ha procedido hoy, según he observado.

Dicho esto, el capitán me condujo á donde estaba sir Enrique, á quien ví con un hacha ensangrentada en la mano, Ignosi, Infadoos y dos de los otros jefes, en consejo, al parecer.

—*¡Gracias á Dios que estáis aquí, amigo Quatermain!*—exclamó el Sr. Curtis.—No comprendo bien lo que Ignosi quiere hacer. Aunque hemos rechazado el ataque, parece

que Twala está recibiendo muchos refuerzos, proponiéndose, sin duda, sitiarnos por hambre.

—Malo sería esto,—contesté yo.

—Sin contar,—añadió el Sr. Curtis,—que el agua falta ya, según asegura Infadoos.

—Sí, señores,—dijo el jefe;—el manantial que tenemos no basta para satisfacer las necesidades de semejante multitud, y antes de la noche padeceremos sed. Vos, que sois tan sabio, Makumazahu, debéis emitir vuestra opinión sobre lo que debemos hacer. Twala ha recibido refuerzos para llenar las bajas, lo cual no impide que se le haya dado una buena lección. El milano creía encontrar desprevenida á la garza; mas ha recibido un picotazo, y ahora, en vez de atacar, procurará sitiarnos por hambre.

—Ya comprendo,—contesté.

—Ya veis,—continuó Infadoos,—que falta el agua y nos quedan muy pocos víveres; de modo que nos vemos en la alternativa de languidecer aquí como un león hambriento en su caverna, ó ir en busca de Twala y atacarle de una vez. ¿Qué haríais en nuestro lugar, Makumazahn? Ignosi hablará el último, porque es su derecho de rey tratándose de guerra; pero quisiera oír antes vuestro parecer y el de vuestro amigo, el del ojo transparente.

—¿Qué decís, Ignosi?—pregunté.

—Aunque rey,—contestó,—no soy más que un niño á vuestro lado en cuanto á sabiduría, y, de consiguiente, quisiera oír hablar antes.

Invitado así á manifestar mi opinión, consulté brevemente con el capitán y sir Enrique, y expuse después mi parecer, diciendo que, atendida la falta de víveres y agua, debíamos atacar desde luego á las fuerzas del rey, antes que nuestros soldados, al ver el número de sus enemigos, perdieran el ánimo y se desmoralizaran ó nos hicieran traición, pasándose al enemigo.

Mis palabras fueron escuchadas con evidentes muestras de aprobación; pero como Ignosi acababa de ser reconocido rey legítimo, á él correspondía adoptar la última resolución, y en él se fijaron todas las miradas.

Siguióse una pausa, durante la cual pareció reflexionar profundamente, y después tomó la palabra.

—Incubu, Makumazahn y Bougwan, valerosos blancos y amigos míos; Infadoos, mi tío; y vosotros, intrépidos jefes: sabed cuál es mi resolución. Atacaré á Twala hoy mismo, jugando el todo por el todo, exponiendo mi vida y también las vuestras.

»Después de la batalla, natural es que las tropas se hayan entregado al reposo, y, de consiguiente, poco antes de que el sol esté próximo á ocultarse, mi tío avanzará con su regimiento hasta la lengua de tierra, donde será atacado apenas le divisen las fuerzas de Twala; pero como el paso es angosto y los regimientos no podrán avanzar sino de uno en uno, serán aniquilados. Con Infadoos irá Inkubu, mi amigo; y cuando Twala vea brillar su hacha en medio de la pelea al frente de los guardias grises, su corazón desfallecerá. Yo

avanzaré con otro regimiento; y si el primero es derrotado, como puede suceder, aun quedará el rey para sostener la lucha. Makumazahn, el sabio, vendrá conmigo.»

—Está bien, ¡oh rey!—contestó Infadoos con la mayor calma, aunque presagiaba la completa destrucción de su regimiento.—La muerte no inspira temores á esos intrépidos guerreros, que saben cumplir con su deber.

—Y mientras el grueso de las fuerzas de Twala tendrá la vista fija en la lucha,—continuó Ignosi,—una tercera parte de nuestros hombres, cuyo número puede ser de seis mil, caerán sobre el flanco izquierdo del ejército del rey, atacando simultáneamente la derecha. Si la fortuna nos favorece, la jornada será nuestra, y antes de que la noche extienda sus sombras sobre las montañas, podremos descansar en Loo. Tomaremos ahora algún alimento, é Infadoos organizará el plan.

Terminados todos los preparativos, nuestras fuerzas se pusieron en movimiento con una rapidez que decía mucho en favor del sistema militar de los kukuanas. En poco más de una hora repartióse á los guerreros su ración, formáronse las tres divisiones, explicóse á los jefes el plan de ataque, y todas las fuerzas avanzaron, salvo un fuerte destacamento, que se dejó para cuidar de los heridos.

El capitán Good se acercó para estrecharnos la mano á mí y al Sr. Curtis.

—Adiós, amigos míos,—dijo;—me voy con el ala derecha en cumplimiento de las órdenes recibidas, y he querido daros un apretón de manos por si acaso no volvemos á vernos.

Los dos abrazamos al capitán, no sin experimentar cierta emoción.

—La situación es grave,—dijo el Sr. Curtis,—y confieso que no tengo esperanza de ver el sol de mañana. Según entiendo, los guardias grises, con los cuales voy, deben batirse hasta el último trance para que, entretanto, las alas izquierda y derecha puedan sorprender á Twala. Así sea; pero, si caigo, moriré como un hombre. ¡Adiós, capitán! ¡Buena suerte! Espero que viváis para recoger los diamantes; y si salís de ésta, os aconsejo que no volváis á tomar parte en favor de ningún pretendiente.

El capitán se alejó después de estrecharnos la mano, y á poco llegó Infadoos para conducir á sir Enrique al frente de los guardias grises, mientras que yo iba á ocupar mi puesto en la división de Ignosi.

CAPÍTULO XIV

LA ÚLTIMA RESISTENCIA DE LA GUARDIA GRIS

A los pocos minutos las tropas que debían ejecutar los movimientos de flanco habían recorrido bastante terreno á favor de una eminencia que les ocultaba á la vista de los exploradores de Twala.

Dejóse transcurrir media hora antes de que los grises emprendieran la marcha apoyados por las fuerzas del regimiento llamados *de los Búfalos*. Estas tropas eran todas de refresco,

y sólo habían perdido algunos hombres. En cuanto á los Búfalos, como formaban antes la tercera línea defensiva, casi no tomaron parte en la acción.

Infadoos, que era un general muy experto y conocía la importancia de conservar el mejor espíritu en sus tropas en la víspera de tan desesperada lucha, dirigió á la guardia gris una entusiasta alocución demostrando el honor que recibía al ser elegida para formar la vanguardia llevando entre sus filas al guerrero blanco de las estrellas

No pude reprimir un suspiro de tristeza al contemplar todos aquellos veteranos, cuya mayor parte, si no todos, estarían mordiendo el polvo dentro de una hora. Se les había destinado al sacrificio: debían morir, y no lo ignoraban, pues tenían orden de batirse con todas las fuerzas de Twala que sucesivamente se presentasen, hasta quedar aniquilados si las otras fuerzas no llegaban en su auxilio. A pesar de esto, no vacilaron un instante, ni sorprendí la menor señal de temor en ninguno de aquellos hombres.

—¡Contemplad vuestro rey!—exclamó Infadoos terminando su alocución.—Batíos y morid por él como cumple á los hombres valerosos, y humillado sea aquel que tiemble ante la muerte ó vuelva la espalda al enemigo. ¡Contemplad vuestro rey, jefes, capitanes y soldados! ¡Rendid culto á la serpiente sagrada, y seguidnos á Incubu y á mí para herir en el corazón á las huestes del rey tirano!

Signióse una pausa, y un momento después elevóse de las compactas filas que estaban delante de nosotros un murmullo semejante al de las olas del mar, murmullo que se propagó lentamente, convirtiéndose, al fin, en estrepitosas aclamaciones que resonaron hasta en las montañas. Después se extinguieron los sonidos poco á poco, y oyóse el saludo real, pronunciado por veinte mil bocas como un solo grito.

Esto me hizo pensar que Ignosi debía estar orgulloso aquel día, pues ningún emperador romano debió recibir jamás semejante saludo de los gladiadores cuando iban á morir.

Ignosi contestó al saludo levantando el hacha de armas sobre su cabeza, y entonces los guardias grises formaron en tres líneas, compuesta cada una de cerca de mil guerreros, sin los oficiales. Cuando la última hubo recorrido un espacio de quinientas varas, Ignosi se puso á la cabeza de los Búfalos, cuyo regimiento había formado del mismo modo, y emprendimos la marcha. Yo pedía á Dios mentalmente que me concediera salir con vida de aquel apurado trance. En muchas situaciones críticas me había visto durante mi vida, pero en ninguna como aquélla.

Cuando llegamos al borde de la meseta, los guardias grises se hallaban ya á medio camino de la pendiente, que terminaba en la lengua de tierra. Notábase entonces mucha excitación y actividad en el campamento de Twala: los batallones marchaban uno tras otro á paso de carga para ocupar su puesto en la columna de

ataque que se organizaba en la llanura de Loo.

La lengua de tierra de que he hablado, llana al principio, formaba después, á causa de una depresión del terreno, un desfiladero profundo, que en su parte más ancha sólo media ciento cincuenta pasos, y en lo más estrecho noventa. Los guardias grises llegaron pronto á este punto, formados en columna, y después dividiéronse en tres líneas, quedando inmóviles como estatuas.

Después los Búfalos, con los cuales iba yo, emprendieron la marcha á su vez; y como debían formar la reserva, hicieron alto á unas cien varas detrás de la última línea de la guardia gris. Desde aquel punto podíamos observar muy bien las huestes de Twala, que, al parecer, se habían reformado mucho á pesar de las pérdidas, y compondrían un cuerpo de cuarenta mil hombres, por lo menos. Habíanse puesto ya en movimiento en dirección á nosotros; mas al acercarse á la lengua de tierra vacilaron, sobre todo al reconocer que solamente podían avanzar por el desfiladero un regimiento á la vez, y que aun á setenta varas de la entrada, en la cual era preciso marchar de frente á causa de la altura de las paredes de roca, hallábase el famoso regimiento de los grises, flor y nata del ejército kukuana, dispuesto á disputar el paso. La vanguardia enemiga no tenía, al parecer, el menor deseo de cruzar sus armas con aquellas tres líneas de guerreros veteranos; pero de pronto apareció un jefe muy alto, adornada la cabeza con plumas de avestruz y seguido de un grupo de oficiales y ayudantes: creí reconocer al mismo Twala, y víle dar una orden al primer regimiento, que, lanzando un grito, se precipitó contra los guardias grises. Estos últimos permanecieron tranquilos y silenciosos hasta que el enemigo estuvo á la distancia de cuarenta varas; y entonces lanzaron una nube de cuchillos arrojados.

Profiriendo su grito de guerra, el enemigo empuñó la lucha, y los dos regimientos vinieron á las manos. El rumor producido por las lanzas al chocar contra los escudos llegaba hasta nosotros semejante al fragor del trueno, y los cuchillos parecían rayos al cruzar los aires. La lucha era tremenda, sin tregua ni cuartel; pero no duró mucho. La columna de ataque pareció disminuir, y un momento después los guardias grises pasaron sobre ella, así como una ola grande avanza y se precipita sobre el barco que se hunde.

El primer regimiento que atacó quedó destruido; pero, en cambio, la guardia gris no tenía ya más que dos líneas: una tercera parte de sus hombres estaban ya fuera de combate.

La segunda línea avanzó para esperar el ataque, y regocijéme mucho al ver á sir Enrique ir de un lado á otro arreglando las filas. ¡Aun estaba vivo!

Entretanto habíamos avanzado hasta el lugar del encuentro, donde yacían tendidos, al menos, cuatro mil hombres entre muertos, heridos y moribundos; de modo que el suelo estaba

anegado en sangre. Ignosi expidió al punto una orden para que no se rematara á los enemigos, y creo que se cumplió escrupulosamente.

Un segundo regimiento, que se distinguía por sus plumas blancas y sus brillantes escudos, avanzaba ya para atacar á los dos mil guardias grises restantes, que esperaban siempre silenciosos y firmes en sus puestos, hasta que, hallándose sus enemigos á unas cuarenta varas, cayeron sobre ellos con irresistible ímpetu. Otra vez comenzó el estruendo producido por las lanzas y escudos, y repitióse la misma tragedia; pero esta vez el éxito pareció más dudoso, y hasta creímos imposible que la guardia gris pudiera vencer de nuevo. El regimiento que atacaba componíase de jóvenes que se batían con indecible furia; de modo que la matanza fué espantosa: los hombres caían como las hojas del árbol en el otoño, y entre los gemidos de los moribundos y el estrépito de las armas oíase resonar á cada momento el grito de: —¡S'gee! ¡S'gee!, que es el grito de triunfo de los vencedores al caer sus enemigos.

Pero la buena disciplina y el valor hacen milagros, y pronto pudimos reconocer que un soldado veterano vale por dos de los otros. Cuando ya creíamos que los grises estaban fuera de combate y nos preparábamos á ocupar su puesto, oí la voz estentórea de sir Enrique, y vile agitar el hacha de armas sobre su cabeza. Entonces se produjo un cambio: la guardia gris permaneció inmóvil como una roca, contra la cual fueron á estrellarse las oleadas de enemigos. A los cinco minutos cesó casi la matanza.

—¡Ah! ¡Esos son hombres!—exclamó Ignosi rechinando los dientes por efecto de su excitación.—¡Ya está hecho!

Semejantes á una nube de golondrinas, los restos del segundo regimiento que atacó se dispersaron en todas direcciones, dejando el suelo sembrado de blancas plumas, y á sus adversarios vencedores. Pero, ¡ay!, los guardias grises no eran ya un regimiento, de aquella triple línea de guerreros veteranos que habían entrado en acción, formando un cuerpo de nueve mil hombres, sólo quedaban seiscientos; y, sin embargo, aun tuvieron éstos ánimo suficiente para agitar sus armas, lanzando un grito de triunfo. Después, en vez de retroceder, como esperábamos, lanzáronse en persecución de los fugitivos, tomando posesión de una eminencia y formándose otra vez en tres líneas á su alrededor. Entre aquellos guerreros divisé al capitán Good, y también al señor Curtis con nuestro amigo Infadoos. Los regimientos de Twala avanzaban contra ellos.

Ya he dicho en otro lugar que soy algo pusilánime y nada aficionado á batirme, aunque algunas veces he debido hacerlo por fuerza; pero en aquel momento, por primera vez en la vida, sentíme poseído de marcial ardimiento.

Solamente Ignosi parecía tan tranquilo como siempre, aunque á veces manifestaba su excitación. Me impacienté al ver tanta calma, y quise saber qué se proponía.

—¿Vamos á echar aquí raíces, Ignosi, mientras que Twala devora á nuestros amigos?

—No, Makumazahn,—contestó;—ahora llega el momento oportuno y lo aprovecharemos.

Apenas acababa de hablar, un nuevo regimiento atacó la nueva posición de los grises; pero en el mismo instante Ignosi dió la señal de avanzar, y, lanzando su grito de guerra, los Búfalos se precipitaron contra el enemigo con el ímpetu de un huracán.

No sé lo que pasó después: sólo recuerdo haber oído un estruendo infernal que hacía temblar el suelo, un choque ruidoso, gritos atronadores y estrépito de armas, pareciéndome ver todo esto á través de una niebla de sangre.

Cuando recobré mis sentidos halléme entre el resto de los guardias grises, en medio de la eminencia y junto al Sr. Curtis, quien me dijo que los Búfalos, al dar su primera furiosa carga, me habían impelido hacia adelante, casi hasta donde él estaba.

En cuanto á la lucha que siguió, no intentaré describirla: basta decir que el enemigo, atacando una y otra vez, fué rechazado siempre con grandes pérdidas.

Era imponente espectáculo el que ofrecían aquellos batallones atacándonos con denuedo y retirándose después dejando el suelo cubierto de cadáveres. Infadoos, tan sereno como si estuviese en una parada, expedía sus órdenes de continuo, conservando el mejor espíritu entre sus tropas. Sir Enrique, cuyas plumas habían sido cortadas durante la pelea, parecía multiplicarse, y con su hacha teñida en sangre y su brillante cota de malla parecía verdaderamente un héroe legendario.

En una de las acometidas del enemigo oyóse el grito de: ¡Twala! y ¡Twala!, y de repente salió de entre las filas el gigantesco rey, armado de hacha y escudo y con su cota de malla.

—¿Dónde estás, Incubu, el blanco que mató á mi hijo Scragga?—gritó.—¡Ven á ver si puedes matarme á mí también!

Y, al decir esto, lanzó un cuchillo arrojadizo á sir Enrique, que, por fortuna, pudo pararle con su escudo.

Después, lanzando un grito, Twala se precipitó contra nuestro compañero, y con su hacha le descargó tal golpe en el escudo, que la misma fuerza de la sacudida hizo doblar las piernas al Sr. Curtis, á pesar de su vigor.

Pero el ataque no pasó de aquí, pues en aquel instante mismo oyóse como un grito de espanto entre las fuerzas enemigas que nos rodeaban.

Y al mirar comprendí la causa.

Por derecha é izquierda de la llanura veíase correr una nube de guerreros que iban en nuestro auxilio, y por cierto que no hubieran podido llegar más oportunamente. Eran las fuerzas que habían defendido antes nuestros flancos derecho é izquierdo en la colina, y que tenían orden de atacar mientras el ejército de Twala fijaba sólo su atención en la guardia gris y en los Búfalos. La sorpresa fué tan imprevista

para nuestros enemigos que ni siquiera tuvieron tiempo para prepararse á la defensa.

A los cinco minutos se decidió el éxito de la batalla. Atacadas por ambas alas y disminuidas por la espantosa matanza, las fuerzas de Twala se dispersaron, y muy pronto no se vió en toda la llanura que nos separaba de Loo más que grupos de guerreros fugitivos. Pero ¡qué espectáculo se ofrecía á nuestra vista! Al rededor de nosotros yacían montones de

rogándonos á Infadoos, á sir Enrique y á mí que fuéramos á reunirnos con él. En su consecuencia, dióse orden á los noventa y cinco guardias grises de recoger los heridos, y marchamos en busca de Ignosi, quien nos dijo que avanzaría sin detenerse hasta Loo para completar la victoria, apoderándose del mismo Twala, si era posible. Apenas habríamos recorrido un espacio de 200 varas, cuando divisamos al capitán Good sentado en un montecillo,



Lanzando un grito, Twala se precipitó contra nuestro compañero...

exterpos humanos, y de la intrépida guardia gris sólo quedaban ya noventa y cinco hombres: más de dos mil novecientos habían caído sólo de este regimiento, la mayor parte para no volver á levantarse.

—Intrépidos guerreros,—dijo Infadoos con calma á los hombres que habían quedado de su regimiento y mientras se vendaba una herida que tenía en el brazo;—habéis mantenido vuestra reputación, y de esta jornada hablarán los hijos de vuestros hijos.

Después, volviéndose hacia el Sr. Curtis, cogióle la mano y se la estrechó.

—Sois un grande hombre, Incubu,—le dijo;—he vivido largo tiempo entre guerreros y conocido muchos valerosos, pero ninguno que os igualase.

Los Búfalos marchaban ya en dirección á Loo, y á poco recibimos un mensaje de Ignosi

y detrás de él un guerrero kukuana tendido en tierra.

—Estará herido,—dijo el Sr. Curtis con ansiedad.

De repente vimos una cosa extraña: el kukuana que parecía muerto á su lado levantóse de pronto, descargó al capitán un golpe en la cabeza, tendiéndole en tierra, y comenzó á darle lanzadas. Al observar esto nos precipitamos poseídos de terror, y al vernos el guerrero kukuana emprendió la fuga, gritando con aire de triunfo:—¡ Ya tendrás bastante, hechicero!— Como Good no se movía, creímos que estaba muerto, y al llegar á su lado nos inclinamos con inquietud sobre su cuerpo. Estaba pálido, pero sonreía, conservando siempre el lente puesto.

—¡ Buena cota de malla es!—murmuró al ver que le mirábamos.

Al decir esto se desmayó. Examinámosle al punto y vimos que tenía una herida en la pierna. La cota de malla le había preservado de las lanzadas de su enemigo, pero no de algunas contusiones. Habíase salvado milagrosamente, y lo único que pudimos hacer por el pronto fué colocarlo en unas parihuelas y llevárnosle.

Al llegar á la puerta más próxima de Loo encontramos á uno de nuestros regimientos vigilando, en cumplimiento de las órdenes recibidas de Ignosi, quien nos dijo que otros guardaban las demás salidas. El oficial que lo mandaba saludó á nuestro compañero como rey, manifestándonos que el resto del ejército enemigo se había refugiado en la ciudad, donde estaba el mismo Twala, cuyas tropas se proponían rendirse á discreción. En su consecuencia, Ignosi, después de consultar con nosotros, envió mensajeros á todas las puertas ordenando á los defensores que las abrieran y prometiendo perdonar la vida á todos aquellos que entregasen las armas. El mensaje produjo su efecto, pues muy pronto se nos abrieron las puertas entre los gritos de triunfo de los Búfalos.

Después de adoptar las debidas precauciones por temor á una traición, penetramos en la ciudad. En todos los pasos veíamos guerreros con la cabeza inclinada y con sus lanzas y escudos á los pies. Al pasar Ignosi saludábanle como rey, y sin ninguna novedad llegamos al kraal de Twala. Al acercarnos á la inmensa planicie donde uno ó dos días antes habíamos presenciado la cacería de los hechiceros, vimos que estaba desierta, aunque no del todo, pues en la parte más lejana, sentado frente á su choza, hallábase el mismo Twala con Gagool á sus pies.

Triste espectáculo ofrecía aquel hombre, con su hacha y su escudo á un lado, la cabeza inclinada sobre el pecho, y sin más compañía que aquella vieja infernal. A pesar de sus crueldades y de su perversidad, no pude menos de compadecerle al verle caído desde su altura. Allí no se veía ni un solo guerrero de todos sus ejércitos, ni siquiera un cortesano de los muchos que le rodeaban antes, ni tampoco una de sus mil mujeres para consolarle en aquella hora de amargura. ¡Pobre salvaje! En medio de su tribulación debía comprender, sin duda, que los ojos de la humanidad son ciegos para los caídos, y que la Providencia puede favorecer á los desvalidos, proporcionándoles amigos y protección.

Franqueando la puerta del kraal, nos dirigimos resueltamente al sitio donde el ex rey estaba sentado. A la distancia de cincuenta pasos de aquél, nuestra escolta se detuvo, mientras nosotros nos adelantamos, seguidos tan sólo de algunos hombres. Cuando estuvimos delante de Twala, éste levantó la cabeza por primera vez, y la mirada de su único ojo, tan brillante en aquel momento como el diamante que adornaba su frente, se fijó en nosotros con expresión de reconcentrado furor.

—¡El cielo te guarde, oh rey!—gritó con

acento sarcástico.—¡A ti, que, después de comer mi pan, te vales de la magia de los blancos para sobornar mis tropas y derrotar mi ejército! ¿Qué suerte me preparas, oh rey?

—La misma que sufrió mi padre, cuyo trono ocupas hace tantos años,—contestó Ignosi con gravedad.

—Está bien. Ya verás cómo sé morir, y podrás recordarlo siempre. Mira,—añadió, señalando con su hacha el astro del día, que comenzaba á ocultarse;—el sol se pone entre nubes de sangre, y justo es que el mío desaparezca también. Ya estoy dispuesto á morir; mas reclamo el privilegio de nuestra casa real, que es morir peleando (1). No puedes rehusarme esto, ni tampoco los cobardes que huyeron hoy ante el enemigo.

—Concedido,—contestó Ignosi.—Elige tu adversario; pero no puedo serlo yo, porque el rey no se bate sino en la guerra.

La miraba sombría de Twala recorrió nuestras filas; y durante un momento parecióme que se fijaba en mí, lo cual me estremeció de horror. ¿Qué sucedería si se le antojaba elegirme á mí el primero? ¿Qué probabilidades tenía yo de salvarme en una lucha con aquel salvaje gigantesco? Tanto valía suicidarme de una vez. Al hacer esta reflexión determiné rehusar el combate desde luego, aunque después me silbaran, pues más vale esto que no morir destrozado.

—¿Qué os parece, Incubu?—preguntó de pronto Twala, fijándose en mi amigo.—¿Terminaremos lo que hemos comenzado hoy, ó deberé llamaros cobarde?

—No,—replicó Ignosi apresuradamente;—no te batirás con Incubu.

—Si él tiene miedo, seguramente que no,—repuso Twala.

Desgraciadamente, sir Enrique comprendió esta observación, y la sangre coloreó sus mejillas.

—Lucharé con él,—dijo,—y ya verá si tengo miedo.

—¡Por amor de Dios!—exclamé.—No arriesgue V. su vida contra este salvaje desesperado, pues harto han visto hoy todos que no es cobarde.

—Me batiré,—replicó sir Enrique;—no puedo consentir que ningún hombre viviente me llame á mí cobarde. Ya estoy dispuesto,—añadió dando un paso con el hacha levantada.

Maldije en mi interior el quijotismo de mi compañero; pero el Sr. Curtis estaba resuelto á pelear, y yo no podía evitarlo.

—No os batáis, amigo mío,—dijo Ignosi, poniendo afectuosamente su mano sobre el hombro de Incubu;—ya habéis luchado bastante hoy, y, si sucumbierais á sus manos, mi dolor sería inconsolable.

—Me batiré, Ignosi,—contestó sir Enrique.

—Bien, Incubu: sois un hombre intrépido, y

(1) Es una ley, entre los kukuuanas, que á todo individuo de la casa real que deba sufrir la muerte se le concede el privilegio de batirse con los adversarios que elija, con aprobación del rey, hasta que uno de ellos le mate.

la lucha será terrible. Mirad, Twala: el elefante os espera ya.

El ex rey, sonriendo con salvaje expresión, adelantóse hacia Curtis, y durante un momento aquellos dos atletas permanecieron inmóviles observándose, y los rayos del sol poniente tñieron de púrpura sus hercúleas formas. Buena jugada.

mo. Todos los guerreros que habfan ido con nosotros, y que observaban aquel duelo terrible, olvidaron la disciplina, y, acercándose más, dejaban escapar á cada golpe gritos de admiración.

El Sr. Curtis, que acababa de parar un nuevo golpe, contestó con otro tan vigoroso, que abrió un boquete, y el arma hirió en el hombro



Había enlazado con sus robustos brazos el cuerpo de su enemigo

Después comenzaron á dar vueltas uno al rededor de otro con las hachas levantadas.

De improviso, sir Enrique, acercándose á su adversario, dirigióle un golpe terrible, que Twala evitó ladeando el cuerpo; pero tal era la fuerza de aquél, que mi amigo perdió casi pie, circunstancia de que se aprovechó su antagonista. Haciendo girar su pesada hacha, asestó un golpe con tremendo vigor, y yo pensé que ya estaba concluída la lucha; pero, gracias á un rápido movimiento, interpuso sir Enrique su escudo, cuyo borde exterior, sin embargo, se rompió, tocándole el arma en el hombro izquierdo, aunque no con suficiente vigor para herirle de cuidado. El Sr. Curtis descargó otro golpe que Twala paró también con su escudo, y después menudearon otros sin consecuencia. La excitación llegaba á su col-

al ex rey. Twala dejó escapar un grito de furor, y á su vez descargó un hachazo con tal furia que, tocando en el arma de su antagonista, la rompió hiriendo al Sr. Curtis en la cara.

Al ver esto, los Búfalos profirieron un grito de espanto, mientras que Twala, levantando de nuevo su hacha, precipitóse sobre su adversario con un grito de triunfo. Yo cerré los ojos, y al abrirlos, un momento después, ví en el suelo el escudo de sir Enrique; pero éste había enlazado con sus robustos brazos el cuerpo de su enemigo. Avanzando y retrocediendo sucesivamente, Twala pugnaba por desasirse, y, gracias á un supremo esfuerzo, pudo, al fin, desenredar los pies; pero entonces los dos adversarios cayeron en tierra y comenzaron á rodar uno sobre otro, estrechándose como dos osos enfurecidos. El ex rey golpeaba en la ca-

beza á su antagonista, mientras que éste trata de introducir su cuchillo, que había conseguido desenvainar, á través de la cota de Twala.

Aquella lucha era heroica, pero verdaderamente espantosa.

—¡Cójale V. del hacha!—gritó Good, que, apoyado en mí, presenciaba también el terrible duelo.

No sé si mi amigo lo oyó; pero el caso es que, soltando el cuchillo, procuró apoderarse del arma de su antagonista, sujeta en la muñeca por una tira de cuero. Entonces los dos se disputaron el hacha como gatos salvajes; pero de pronto la correa se rompió, y el señor Curtis se quedó con el arma en la mano, y, desprendiéndose ligeramente de su enemigo, púsose en pie. La sangre corría de la herida de su rostro, pero también de la de Twala, que, desenvainando su cuchillo, precipitose contra Curtis y asestóle un golpe en el pecho, y otro y otro, sin herir á su adversario, porque el acero rebotó en la cota de malla. Entonces sir Enrique, concentrando sus fuerzas, hizo un molinete con su hacha y descargó contra el ex rey el golpe más tremendo que se puede imaginar.

De tres mil bocas se exhaló un grito inmenso, que debía oírse á larga distancia, y todos exclamaban:—¡Mirad, mirad!

La cabeza de Twala había saltado de sus hombros, y, rodando por el suelo, quedó inmóvil á los pies de Ignosi. Durante un instante el cuerpo permaneció en pie, saliendo por el cuello chorros de roja sangre de las arterias cortadas; pero después se desplomó. En cuanto al Sr. Curtis, muy debilitado á causa de su herida, cayó también á su lado.

Varias manos amigas apresuráronse á levantarle, y, después de rociarle el rostro con agua, abrió, al fin, los ojos.

No estaba muerto.

Yo me acerqué entretanto á la cabeza de Twala, desaté el diamante que adornaba su frente, y entreguésele á Ignosi.

—Tomadlo,—dije,—legítimo rey de los kuanas.

Ignosi se ciñó la diadema, y después, acercándose al cadáver de Twala, puso el pie sobre su ancho pecho, y entonó el canto de la victoria, tan poético, y á la vez tan típico por lo salvaje, que apenas me creo capaz de dar una idea exacta de él. Cuando yo era estudiante, había oído algunas veces á un amigo recitar con dulce voz varios pasajes del poeta Homero, y en aquel instante los recordé, pues el canto de Ignosi, sumamente sonoro, produjo mí el mismo efecto.

«Ahora,—comenzó á decir,—nuestra rebelión ha terminado con la victoria, y el mal que hemos hecho se justifica por la fuerza de las cosas.

»Por la mañana nuestros opresores se levantaron en armas, ciñéronse sus plumas, embrazaron sus escudos, empuñaron sus lanzas y preparáronse para el combate. Los soldados corrieron en busca de sus capitanes, y éstos se

presentaron á su rey para que los condujese á la batalla.

»Veinte mil hombres se levantaron henchidos de orgullo, y después veinte mil más.

»Sus plumas cubrieron la tierra como las de un ave cubren su pecho, agitaron sus lanzas entre gritos de alegría, reflejéronse en sus escudos los rayos del sol, y estaban contentos porque iban á pelear.

»Y corrieron contra mí. Los más fuertes se precipitaron ansiosos para aplastarme, y gritaban:—¡Ah! ¡Ah! ¡Es hombre muerto!

»Pero entonces respiré yo, y mi hálito fué como el soplo de la tempestad, y mis enemigos dejaron de ser.

»Mis relámpagos les confundieron: domeñé su fuerza con el brillo de mis lanzas y temblaron al oír mi grito de guerra.

»Entonces rompieron sus filas, se diseminaron y desvaneciéronse como la bruma de la mañana.

»Ahora sirven de pasto á los buitres y á los lobos, y el campo de batalla está anegado en su sangre.

»¿Dónde están los fuertes que se levantaron por la mañana? ¿Dónde los orgullosos que agitaban sus lanzas, considerándome como hombre muerto?

»Ahora han inclinado sus cabezas y reposan, pero sumidos en el eterno sueño de la muerte.

»Ya están olvidados. Han ido á la región de las tinieblas y no volverán. Otros se llevarán sus esposas, y sus hijos no se acordarán más de ellos.

»Y yo, ¡el rey!, semejante al águila, he llorado, por fin, el nido de que tan lejos estaba.

»¡Mirad! Allá lejos, muy lejos, anduve errante en la noche oscura; pero he vuelto á mis hogares al rayar la aurora.

»Cóbijate bajo la sombra de mis alas, ¡oh pueblo!, y yo te protegeré, consolándote en tus aficciones.

»Esta es la hora propicia para recoger el botín.

»Míos son los ganados que pastan en los valles; mías también las vírgenes que habitan en los kraals.

»El invierno ha pasado; el verano se acerca.

»El espíritu del mal se cubrirá el rostro, y la prosperidad florecerá en el país como las lilas.

»¡Regocíjate, oh pueblo! ¡Regocíjate todos, porque hemos hollado la tiranía y yo soy el rey!»

Ignosi hizo una pausa, y miles de voces contestaron:

—¡Tú eres el rey!

Y hé aquí como se cumplió la profecía que hice al heraldo, pues á las cuarenta y ocho horas el cuerpo de Twala estaba rígido á la puerta de su choza.

CAPÍTULO XV

EL CAPITÁN GOOD ENFERMO

Terminada la lucha, sir Enrique y Good fueron trasladados á la choza de Twala, donde

me reuní con ellos. Los dos estaban desfallecidos por la pérdida de sangre, y, á decir verdad, yo no me encontraba mucho mejor que ellos. Puedo resistir mucha fatiga, tal vez más que la mayoría de los hombres, á causa de mi poco peso; pero el caso es que cuando me canso mucho la herida que me infirió el león me molesta bastante; y así me sucedía aquella noche, sin contar que me aquejaba un fuerte dolor de cabeza á causa del golpe que recibí en la batalla. Los tres nos hallábamos en un estado bastante misero, y sólo podíamos consolarnos con la idea de que mejor era aquello que no estar tendidos sin vida, como otros tantos miles de hombres valerosos que se levantaron sanos y alegres por la mañana. Sin embargo, con el auxilio de la hermosa Fulata, quien desde que salvamos su vida se había constituido en camarera nuestra, particularmente del capitán, conseguimos despojarnos de las cotas de malla, que, si bien impidieron á las hojas de acero penetrar, nos habían magullado las carnes, sobre todo al Sr. Curtis y á Good. Fulata nos trajo unas hojas muy aromáticas que, aplicadas como emplasto, nos aliviaron mucho. El capitán tenía un agujero en la parte carnosa de su *blanca pierna*, habiendo perdido mucha sangre por la herida; y el Sr. Curtis un profundo corte sobre la mandíbula inferido por el hacha de su adversario. Por fortuna, Good era un cirujano regular, y, gracias á su botiquín, practicó muy bien la primera cura al Sr. Curtis, y después á sí propio. Aplicó á las heridas una pomada antiséptica, y nuestros pañuelos sirvieron de vendajes.

Entretanto, Fulata preparó un caldo muy sustancioso, y, después de haber tomado cada cual una regular cantidad, nos echamos en las magníficas pieles diseminadas en la choza del rey difunto. Por una singular coincidencia, en el mismo lecho de Twala fué donde durmió aquella noche el Sr. Curtis, el hombre que le había dado muerte.

He dicho que mi amigo durmió, pero la verdad es que después de aquel azaroso día no podíamos conciliar el sueño, con tanta más razón cuanto que muy pronto oímos un concierto de gritos y lamentos de las mujeres cuyos esposos, hijos y hermanos habían perecido en la batalla. No era de extrañar esto, pues más de veinte mil hombres habían sucumbido en la espantosa lucha. Los gritos disminuyen, sin embargo, á eso de la media noche, y, al fin, se restableció el silencio, interrumpido tan sólo á intervalos por una especie de aullido que, según supe después, era de Gagool, la cual gemía sobre el cuerpo del difunto Twala.

Mis compañeros no habían dormido mejor que yo: el capitán tenía fiebre, y muy pronto comenzó á escupir sangre, sin duda por efecto de alguna lesión interna producida por los esfuerzos del guerrero kukuana para introducir su lanza á través de la cota de acero; el señor Curtis parecía estar mejor, aunque su herida le impedía comer bien.

A eso de las ocho recibimos la visita de Infadoos, que se conservaba siempre inalterable,

aunque no había dormido en toda la noche. Regocijose mucho de vernos allí á todos, y se condeñó del estado de Good. Durante la visita observé que al hablar con el Sr. Curtis hacía lo con una especie de respetuosa reverencia, como si tratara con algún ser superior á un hombre. Después supe que, efectivamente, se consideraba ya mi amigo, en todo el país, como un hombre sobrenatural. Decíase que ningún guerrero hubiera podido luchar como él después de haber batallado todo el día, sobre todo contra un enemigo como Twala, quien tenía la reputación de ser el primero, por su vigor y destreza, en el manejo de las armas. El hachazo del Sr. Curtis llegó á ser proverbial en la tierra de los kukuanas, tanto que cuando se daba algún golpe notable por su fuerza, todos decían: —El hachazo de Incubu.

Infadoos nos dijo que los regimientos de Twala se habían sometido á Ignosi, como lo estaban haciendo ya todos los jefes del país, que enviaban sus mensajeros para prestar obediencia. La muerte de Twala había puesto fin á todas las perturbaciones, puesto que Scragga, su único hijo, no existía ya tampoco.

Durante la mañana nos visitó también Ignosi, que se había ceñido ya la diadema real. Al contemplarle con su aspecto digno y su gravedad, no pude menos de recordar aquel zulú alto que se había presentado á nosotros algunos meses antes para que le admitiéramos á nuestro servicio. ¡Extrañas revoluciones de la rueda de la fortuna!

—¡Dios salve al rey!—dije levantándome.

—Sí, Macumazahn,—contestó;—rey, al fin, por la gracia de vuestros brazos derechos.

Aseguróme que todo iba bien y que esperaba organizar una gran fiesta á los quince días para presentarse al pueblo.

Preguntéle qué haría con Gagool.

—Es el mal genio del país,—contestó,—y sufrirá la muerte con todas sus discípulas. Ha vivido tanto que nadie puede recordar cuándo era joven, y siempre ha sido ella la causa de todas las iniquidades cometidas.

—Sin embargo, sabe mucho, y es más fácil destruir el conocimiento que adquirirlo.

—Efectivamente,—repuso Ignosi.—ella es la única que posee el secreto de *las tres Silenciosas* del gran camino, donde está el panteón de nuestros reyes.

—Sí, y también los diamantes. No olvidéis vuestra promesa, Ignosi: es preciso conducirnos á las minas, aunque se deba respetar la vida de Gagool para que nos enseñe el camino.

—No lo olvidaré, Macumazahn.

Cuando Ignosi se hubo retirado fuí á ver á Good, y encontréle delirando. La fiebre ocasionada por la herida parecía haber tomado incremento, complicándose tal vez la lesión interua. Durante cuatro ó cinco días, nuestro amigo estuvo en una crisis muy peligrosa, y, á no ser por los asiduos cuidados de Fulata, seguramente hubiera muerto.

En todo el mundo las mujeres son mujeres, tengan el color que quieran; y era para mí un espectáculo curioso el que ofrecía aquella be-

Ueza oscura, inclinada día y noche sobre el lecho del enfermo y atendiéndole como á un hijo. La primera noche quise ayudar á Fulata, y lo mismo hizo el Sr. Curtis cuando pudo moverse; pero la joven lo llevó á mal, y dijonos que la dejáramos á ella sola, porque se arreglaría mejor, en lo cual creo que no se engañaba. Día y noche, Fulata se mostró infatigable, propinando al enfermo las medicinas que ella misma preparaba.

Por espacio de dos días creímos que no había remedio para el capitán: solamente la joven tenía esperanzas y asegurábanos que se salvaría.

En el espacio de 300 varas al rededor de la choza del rey difunto reinaba el mayor silencio, pues Ignosi había mandado desocupar las viviendas inmediatas, para que ningún ruido pudiera molestar al enfermo.

Una noche entré en la estancia de Good, según mi costumbre, para ver cómo seguía, y adelantéme de puntillas.

La lámpara, colocada en el suelo, iluminaba el rostro del capitán, que estaba pálido y completamente inmóvil.

—¡Ya ha muerto!—pensé.

Y, sin poder reprimirlo, dejé escapar un sollozo.

—¡Silencio!—murmuró Fulata, que estaba junto á la cabecera del lecho.

Acerquéme más, y pude convencerme de que el capitán estaba sumido en un sueño profundo, con las manos de la joven cogidas entre las suyas. La crisis había pasado: hacía ya diez y ocho horas que dormía, y durante todo este tiempo la pobre joven había permanecido inmóvil en la misma posición, temiendo despertar al enfermo. ¡Qué abnegación! ¡Cuánto debió padecer en aquellas diez y ocho horas por los calambres, la rigidez y la falta de alimento!

Pasada la crisis, el restablecimiento del capitán fué rápido y completo; pero hasta que estuvo casi del todo bueno no le dijimos cuánto debía á Fulata por su solicitud y atenciones. Al saber esto, los ojos del honrado marino se llenaron de lágrimas, é inmediatamente fué á buscar á la joven, que estaba preparando nuestra comida, rogándome, antes, que le acompañara para servirle de intérprete.

—Dígale V.,—murmuró el capitán á mi oído, —que le debo mi vida y que nunca olvidaré su bondad.

Tradujo las palabras, y, al oirlas, la joven se volvió con uno de sus rápidos movimientos que le eran propios, y contestó con una sonrisa:

—No importa que mi señor olvide, porque también él me ha salvado la vida, y además yo no soy más que su humilde sirvienta.

Debo observar que Fulata parecía haber olvidado la intervención del Sr. Curtis y la mía para contribuir á librarla de las garras del rey difunto; pero... ¡bah!... todas las mujeres son lo mismo, y pensé que mi esposa hubiera procedido de igual manera. Al terminar aquella entrevista íntima me retiré contristado, porque no me agradaron las tiernas miradas de

la joven, y conocía las fatales propensiones amorosas de los marinos en general y del capitán en particular.

Pocos días después de este incidente, Ignosi reunió su *indaba* (consejo), y fué reconocido formalmente como rey por todos los jefes y notables. El espectáculo fué imponente, porque con este motivo se celebró una gran revista de las tropas. Los guardias grises que habían sobrevivido formaron á la cabeza del ejército, y públicamente se les dió gracias por su heroica conducta en la última batalla. Después el rey hizo á cada individuo un magnífico presente, que consistía en ganado de la mejor clase, y á todos los guardias se les nombró oficiales del nuevo cuerpo que ya se organizaba. También se promulgó una orden por todo el país disponiendo que, mientras les honrásemos con nuestra presencia, se nos hiciera el saludo real con la misma ceremonia que al rey, quien nos confería, además, el derecho de vida y muerte. A presencia de todo el pueblo, Ignosi confirmó las promesas que nos hiciera, asegurando que no se vertería la sangre de hombre alguno sin juzgarle antes, y que ya no habría más cacería de hechiceros.

Terminada la ceremonia nos acercamos á Ignosi para manifestarle que estábamos ansiosos de penetrar el misterio de las minas situadas en el camino de Salomón, y le pregunté si había descubierto alguna cosa sobre el particular.

—Amigos míos,—contestó,—voy á deciros lo único que sé. Allí es donde están las tres grandes figuras que llaman *las Silenciosas*, y á las cuales quería el difunto rey ofrecer como sacrificio á Fulata. Allí hay también una profunda caverna que sirve de panteón á los reyes de este país, y allí encontraréis el cuerpo de Twala con los de aquellos que le precedieron. En esa montaña existe un gran pozo, abierto en alguna época por hombres que murieron, hace largo tiempo, sin duda con objeto de buscar las piedras de que habláis. Cerca del pozo está lo que llaman *el Antro de la Muerte*, cámara secreta conocida solamente del difunto rey y de Gagool; pero como Twala ha muerto, y yo no he estado en este sitio, ignoro qué hay allí. Sin embargo, en el país existe una leyenda según la que, hace siglos, un hombre blanco cruzó las montañas y fué conducido á la cámara secreta por una mujer que le enseñó las riquezas guardadas en aquel lugar; pero antes de que pudiese coger la menor cosa, hizo entonces traición, y el rey le obligó á huir. Desde entonces ningún hombre ha penetrado en esa cámara.

—La historia es, seguramente, verdadera,—contesté,—porque nosotros hemos visto el cuerpo del hombre blanco.

—Es cierto: yo he prometido que si podéis encontrar esa cámara, y las piedras están allí...

—La que adorna vuestra frente,—interrumpí señalándole el gran diamante que Ignosi ostentaba,—prueba que deben estar.

—En tal caso, podréis tomar cuantas os sea

posible llevaros si vuestra intención es separaros de mí.

—Ante todo, se debe buscar la cámara.

—Sólo una persona la conoce, y ésta es Gagool.

—¿Y si no quiere decirlo?

—Entonces morirá,—repuso Ignosi frunciendo su ceño.—La he dejado vivir sólo por esto, y ahora mismo la obligaré a elegir.

Ignosi llamó a un mensajero, y dióle orden de conducir á su presencia á Gagool.

A los pocos minutos la horrible vieja estaba delante de nosotros, maldiciendo á los dos guardias que la acompañaban.

—Dejadla,—dijo el rey.

Apenas se vió libre, Gagool se acurrucó en el suelo, y sólo vimos sus ojos, llenos de maligna expresión.

—¿Qué quieres de mí, Ignosi?—preguntó con voz gutural.—No te atreverás á tocarme, porque si lo hicieras te confundiría aquí mismo. ¡Tiembra ante mi magia!

—Veo que tu magia no ha podido salvar á Twala, vieja loba,—replicó Ignosi,—y seguramente que á mí no me hará daño.—Escucha: lo que de ti quiero es que reveles dónde está la cámara en que se guardan las piedras brillantes.

—¡Ja, ja! Eso no lo sabe nadie más que yo, y yo no lo diré nunca. Los hombres blancos se irán con las manos vacías.

—Ya me lo dirás: yo te obligaré á ello.

—¿Cómo, oh rey! Eres grande, pero tu poder no basta para arrancarme la verdad.

—Pues, por difícil que sea, lo conseguiré.

—¿De qué modo?

—Muy sencillamente: si no lo dices morirás á fuego lento.

—¡Morir!—gritó la vieja con expresión de terror y de cólera.—¡No te atreverás á tocarme! ¡No sabes quién soy yo! ¿Qué edad te parece que tengo? He conocido á los padres de tus padres. Cuando el país era joven yo estaba aquí, y cuando comienza á ser viejo me encontrarán todavía. No puedo morir como no sea por casualidad, porque nadie se atreverá á matarme.

—Pues yo lo haré. Mira, Gagool, bruja del infierno: eres tan vieja que ya no puedes tener apego á la vida, porque ésta no puede ya servir de nada á un trapo como tú, que ya no tienes forma, ni cabellos, ni dientes, y si sólo perversidad en esos ojos diabólicos. Al matarte te haré un favor, Gagool.

—¡Tonto!—gritó la vieja.—¿Te parece á ti que la vida es solamente dulce para los jóvenes? No lo creas, y poco conoces el corazón del hombre si lo piensas así. Los jóvenes aman y sufren, y lamentanse cuando el ser que adoran pasa á la región de las sombras; mientras que los viejos no sienten ni aman, y riñen cuando ven á los demás sucumbir. Yo no temo el frío ni la oscuridad, y puedo mofarme de todas esas cosas.

—¡Cese tu charlatanería, condenada vieja!—exclamó Ignosi con acento de cólera.—¿Quieres enseñar el sitio donde se hallan las piedras

brillantes? ¿Sí ó no? En este último caso, vas á morir, y ahora mismo.

Así diciendo, Ignosi cogió una lanza é inclinóse sobre Gagool.

—No lo enseñaré, ni tampoco te atreverás á herirme: aquel que me mate será maldito para siempre.

Sin hablar palabra, Ignosi acercó la punta de la lanza á la vieja hasta pinchar su apergaminada piel.

Gagool profirió un grito, púsose en pie y volvió á dejarse caer de nuevo.

—Obedeceré,—dijo;—pero déjame vivir para sentarme al sol y chupar un poco de carne. Os conduciré al sitio.

—Está bien,—repuso Ignosi;—ya pensaba yo que hallaría el medio de hacerte entrar en razón. Mañana irás con Infadoos y mis amigos los blancos para servirles de guía; y cuidado con lo que haces, porque si no les enseñas el sitio morirás sin remedio.

—No faltaré, Ignosi: yo siempre cumplo mi palabra. ¡Ja, ja, ja! Hubo un tiempo en que una mujer enseñó aquel lugar á un hombre blanco, y esto la perdió. Se llamaba Gagool y tal vez yo fuera esa misma mujer.

—¡Mientes!—grité.—Eso sucedió hace diez generaciones.

—Puede ser: cuando se vive largo tiempo, se olvida, al fin. Tal vez fuese mi abuela, que se llamaría también Gagool. Pero os advertiré una cosa: en el sitio donde están las piedras brillantes veréis un saco de cuero lleno: el hombre de quien hablo las puso allí, pero no se lo llevó, y después fué víctima de su codicia. Por lo demás, la excursión será alegre, y podremos ver los cuerpos de aquellos que murieron en la batalla. Sus ojos se han cerrado ya, y sus miembros están rígidos. ¡Ja, ja, ja!

CAPITULO XVI

EL ANTRO DE LA MUERTE

Al tercer día después de la escena de que acabo de hablar, era ya muy entrada la tarde cuando acampamos en algunas chozas situadas al pie de *las tres Silenciosas* en el triángulo de montañas á que conducía la carretera de Salomón. Ibamos acompañados de Fulata, que no quería separarse del capitán; de Infadoos, de Gagool, á quien llevaban en una especie de litera; y de algunos guardias y servidores. Las montañas, ó más bien sus tres picos, presentaban la forma de un triángulo cuya base se prolongaba hacia nosotros: uno estaba á la izquierda, otro á la derecha, y el otro frente al camino que seguíamos. Jamás olvidaré el aspecto de aquellos tres altos picos iluminados por los primeros albores del sol del nuevo día: sus altas cimas, nevadas, teñíanse de un color de púrpura, y más abajo estaban cubiertos de plantas silvestres. Ante nosotros extendíase como una ancha cinta el gran camino de Salomón, que se estrechaba gradualmente hasta llegar al pie del pico central, cesando allí de pronto.

Los que lean esta historia podrán imaginar, sin duda, cuál sería nuestra excitación durante nuestra marcha aquella mañana. Al fin, nos acercábamos á las maravillosas minas que habían sido causa de la muerte del viajero portugués tres siglos antes, así como también de la de su infeliz descendiente, y acaso de la del hermano Sr. Curtis, según temíamos. ¿Seríamos afortunados después de sufrir tantos padecimientos? A todos les había acarreado desgracia la empresa, como Gagool aseguraba. ¿Nos sucedería á nosotros lo mismo?

Durante hora y media, ó más, avanzamos por aquel camino flanqueado de matorrales; y andábamos tan de prisa por efecto de nuestra excitación, que los hombres que conducían á Gagool apenas podían seguirnos.

—Id más despacio, blancos,—dijo la bruja asomando su hedionda cabeza por la ventanilla del vehículo.—¿Qué prisa tenéis por ir en busca de la desgracia de que son víctimas todos cuantos buscan ese tesoro!

Y soltó una de aquellas carcajadas que siempre me estremecían y que enfrió mi entusiasmo y el de mis compañeros.

Sin embargo, seguimos adelante con la misma resolución, hasta que vimos entre nosotros y el pico un enorme foso circular cuyos lados eran muy pendientes y que tendría una profundidad de 300 pies ó más.

—¿No sospechan Vds. qué es eso?—pregunté al Sr. Curtis y al capitán, que miraban con asombro aquel pozo inmenso.

Los dos contestaron negativamente.

—Pues, entonces, no habrán Vds. visto las minas de diamantes de Kimberley,—repuse,—y yo les aseguro que ésta es la mina de Salomón.

Al decir esto, señalé la arcilla azulada que se veía entre la yerba y que cubría los lados del pozo.

—Es la misma formación,—añadí,—y ahí veo también pedazos de roca alisados, que en otro tiempo sirvieron, seguramente, de mesas para lavar los materiales extraídos.

En el borde de aquel vasto agujero, que era el pozo indicado en el plano del portugués, el camino se ramificaba en dos, y en muchas partes estaba cubierto de grandes moles de piedra; pero avanzamos á buen paso, impelidos por la curiosidad, para ver qué eran aquellos tres picos famosos de que tanto nos habían hablado. Al acercarnos pudimos reconocer que eran una especie de colosos de piedra, y deduje que serían *las Silenciosas*, tan temidas del pueblo kukuana; pero hasta que llegamos casi al pie no fué posible formarnos idea de su majestuoso aspecto.

Sobre gigantescos pedestales de roca oscura, en los que se habían labrado caracteres desconocidos, y dando frente al camino que cruzaba la llanura de Loo, veíanse tres figuras colosales: dos de ellas representaban varones y la otra una mujer, siendo su altura de unos 20 pies desde la cabeza al pedestal.

La estatua de la mujer distinguíase por la severa belleza de las facciones, mas, por des-

gracia, hallábanse muy deterioradas por la acción del tiempo. Las figuras de los dos hombres, por el contrario, representaban tipos terroríficos, particularmente uno de ellos, que tenía cara de diablo. La fisonomía del otro expresaba la calma y la crueldad, esa crueldad que, como observó el Sr. Curtis, atribuían los antiguos á ciertos seres que, susceptibles de bondad, podían contemplar los padecimientos humanos, si no con regocijo, al menos con indiferencia. Las tres estatuas formaban una imponente trinidad, sentadas en aquel sitio solitario y dominando la llanura. Al contemplar *las Silenciosas* experimenté una viva curiosidad por saber cuáles serían las manos que modelaron las figuras, y quién abriría el pozo, y quien construyó el camino. De pronto me ocurrió, sin duda porque el *Antiguo Testamento* me es muy familiar, que con Salomón se citaban los nombres de tres extraños dioses, de los cuales recordaba el nombre: Astoreth, diosa de los sidonios; Chemosh, dios de los mohabitas; y Milcom, dios de los hijos de Ammon; lo cual me indujo á creer que aquellas tres estatuas representaban estas falsas divinidades.

—¡Hum!—dijo sir Enrique, que, cuando estudiante, había poseído en alto grado, en el colegio, el conocimiento de los clásicos.—La Astorella de los hebreos era la Astarté de los fenicios, que eran los grandes trabajadores del tiempo de Salomón; Astarté, que, después fué la Afrodita de los griegos, era representada con cuernos como la media luna, y esa figura presenta distintamente unos cuernos. Quizás esos colores fueron ideados por algún oficial fenicio que dirigía las minas. ¿Quién sabe!

Antes de que hubiéramos acabado de examinar bien aquellas extraordinarias reliquias de la remota antigüedad, Infadoss se acercó á nosotros, y, después de saludar á *las Silenciosas*, levantando su lanza, preguntónos si nos proponíamos entrar en el Antro de la Muerte de una vez, ó si deseábamos tomar antes un refrigerio. En el primer caso, Gagool estaba dispuesta á servirnos de guía. Como aun no eran más de las once, y nos agujineaba tanto la curiosidad, contestamos que iríamos desde luego, pero llevando algo de comer por si acaso nos deteníamos en la gruta. En su consecuencia, hizose adelantar la litera de Gagool y ayudóse á la vieja á salir, mientras que Fulata colocaba algunos alimentos y dos calabazas llenas de agua en una cesta de mimbres, cumpliendo con nuestra orden.

Frente á nosotros, á unos cincuenta pasos de los colosos, elevábase una pared de roca, de 80 pies de altura por lo menos, que se inclinaba gradualmente hasta formar la base del gigantestito que se destacaba á 3,000 pies sobre nosotros. Gagool fijó en nosotros una mirada maligna, y apoyada en un palo encaminóse hacia la roca. Nosotros la seguimos hasta llegar á una especie de pórtico arqueado que parecía la abertura de una galería de mina.

—Hombres blancos,—nos dijo la vieja,—

grandes guerreros, Incubu, Bougwan y Macumazah el sabio: ¿estáis dispuestos? Mirad: yo estoy aquí para cumplir la orden del rey mi señor y enseñaros las piedras brillantes.

—Ya estamos preparados,—contesté.

—¡Bien, bien! Tomad fuerzas para soportar lo que vais á ver. Ven tú también, Infadoos, el que hizo traición á su señor.

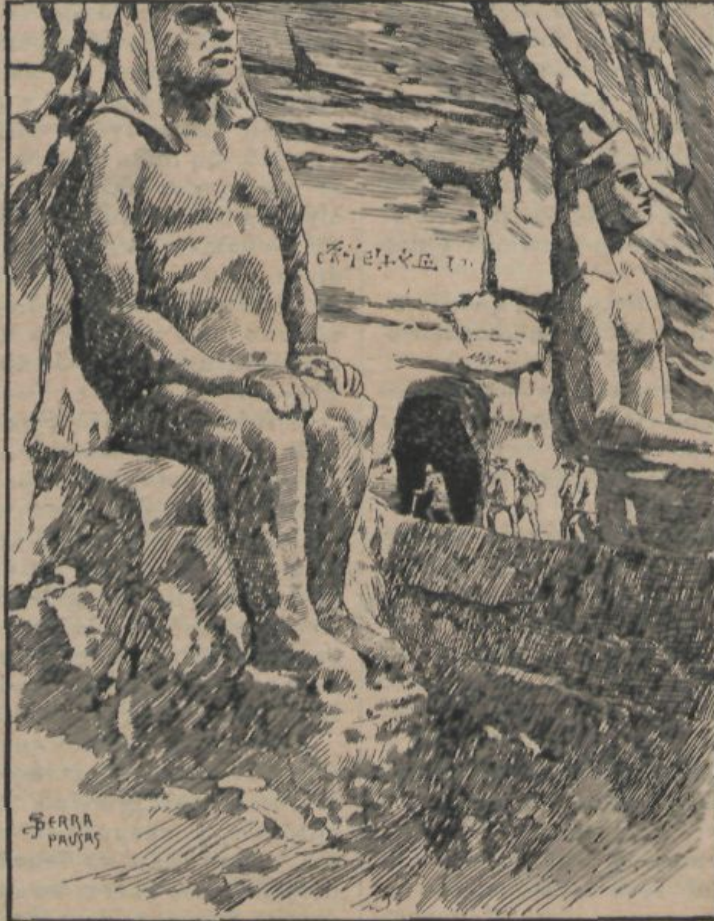
—No,—contestó el jefe frunciendo el ceño,— á mí no me corresponde entrar. Pero te ad-

El capitán cogió la cesta del brazo de Fulata.

—No,—dijo de pronto la joven;—donde mi señor vaya, yo iré también.

—Me parece,—pensé para mí,—que no vamos á concluir con estos amoríos.

Gagool se introdujo en la galería, bastante ancha para que pasasen dos personas de frente, aunque muy oscura, y nosotros la seguimos, guiándonos más bien por su voz que por otra cosa.



Gagool se introdujo en la galería... y nosotros la seguimos

vierto, Gagool, que moderes la lengua antes que te la corten; y, sobre todo, cuidado con que les suceda la menor cosa á los que te acompañan; pues, aunque seas cincuenta veces bruja, morirás sin remedio. ¿Me oyes?

—Ya te oigo, Infadoos, y también te conozco hace largo tiempo, pero no temas, pues yo vivo sólo para cumplir la orden del rey. Lo mismo hice con otros, hasta que, al fin, acabaron por ser instrumentos de mi voluntad. ¡Ja, ja! Voy á ver sus caras una vez más, y también la de Twala. Vamos, vamos: aquí está la lámpara.

Al decir esto, la vieja introdujo una mano bajo su manto de piel, y sacó una calabaza llena de aceite provista de una torcida.

—¿No vienes tú, Fulata?—preguntó el capitán haciéndose entender por señas.

—Tengo miedo, milord.

—¡Qué diablos será esto!—exclamó Good.—Algo me ha tocado en la cara.

—Algún murciélago,—contesté.—¡Adelante!

Cuando hubimos recorrido unos cincuenta pasos noté que la galería no era ya oscura, viéndose una débil luz; y á los dos minutos nos hallamos en el sitio más maravilloso que jamás vieron los ojos de un ser humano.

Figúrese el lector la nave de la mayor catedral del mundo, apenas iluminada por una débil luz que se filtraba, indudablemente, á través de varias aberturas del techo, de forma arqueada, y que estaba lo menos á 100 pies de altura. Con esto podrá formar alguna idea de las dimensiones de aquella enorme gruta; pero esto no era lo más notable. En toda su longitud corríase una línea de gigantescos pilares que parecían de hielo, pero que, en realidad, eran colosales estalactitas; y, á decir verdad

no me es posible dar una idea de la grandiosidad de aquel conjunto, en el que algunos de los pilares no medían menos de 20 pies de diámetro en la base, elevándose con sus graciosas formas hasta el lejano techo. En el suelo de roca veíanse pequeñas moles de piedra, que parecían las columnas rotas de algún templo griego, y, al mirar hacia arriba, pudimos observar como se filtraban las gotas de agua. El procedimiento para la formación de las estalactitas debía efectuarse, según sir Enrique, con mucha lentitud. Junto á uno de los pilares vimos una figura que representaba, al parecer, un dios egipcio, y que, seguramente, debió ser obra de algún trabajador de las minas.

Algunas estalactitas presentaban extrañas formas, tal vez porque las gotas de agua no habían caído siempre en el mismo sitio. Así, por ejemplo, una enorme mole, que debía pesar, por lo menos, 100 toneladas, tenía la figura de un púlpito; mientras que otras semejaban *extravagantes animales*. En los lados de la gruta vimos también algunos restos de marfil trabajado, que representaban hojas y adornos.

Más allá de la gruta donde estábamos había otras muy pequeñas, semejantes á las capillas de una gran catedral, y algunas sumamente diminutas; lo cual nos ofrecía un ejemplo notable de cómo la Naturaleza lleva á cabo su obra por las mismas invariables leyes, sin cuidarse de las dimensiones ni de la simetría.

No tuvimos tiempo para examinar como hubiéramos deseado aquella gruta maravillosa, pues Gagool, indiferente á todo, parecía ansiosa por cumplir su cometido. Esto me contrarió, pues deseaba descubrir cómo penetraba allí la luz, y averiguar si esto se debía á la mano del hombre ó á la Naturaleza. Sin embargo, me consolé con la idea de que volvería mos á pasar por allí á la vuelta, y seguimos á la fatídica Gagool.

Llegados al fin de la silenciosa gruta, vimos otra entrada, algo semejante por su forma á la de los templos egipcios.

—¿Estáis dispuestos á entrar en el Antro de la Muerte?—preguntó la vieja, sin duda con la intención de inquietarnos.

—¡Adelante, maldita bruja!—exclamó el capitán sin manifestar temor, mientras que Fulata se cogía de su brazo temblorosa.

—Esto comienza á ser ya algo hediondo,—dijo sir Enrique mirando por la entrada.—Vamos, Quatermain, *seniores priores*; no hagamos esperar á nuestra conductora.

Oíase el palo de la vieja chocando en el suelo, y, dominado por un inexplicable presentimiento, quise retroceder.

—Vamos, vamos,—dijo el capitán;—es preciso no perder á la vieja de vista.

Adelantéme de nuevo, y á los 20 pasos me hallé en una sombría estancia de unos 30 pies de longitud por 20 de anchura y otros tantos de elevación, y que, seguramente, se habría formado á fuerza de brazos. No había tanta luz como en la gruta de estalactitas, y así es que al pronto no distinguí más que una maciza mesa de piedra, con una enorme figura blanca,

y otras de tamaño natural á su alrededor. Después vi un bulto negro sentado en el centro de la mesa, y á los pocos momentos, cuando mis ojos se acostumbraron á la luz, pude reconocer, al fin, lo que eran aquellas cosas, y retrocedí con tanta ligereza como me fué posible. No padezco de los nervios, ni soy tampoco supersticioso; pero puedo confesar que el espectáculo me trastornó, y, á no ser por el señor Curtis, que me cogió de un brazo, á los cinco minutos habría estado fuera de la gruta de estalactitas, sin que me hubieran inducido á volver todos los diamantes de Kimberley. Cuando los ojos de mi amigo se acostumbraron también á la luz, soltóme el brazo para enjugarse el sudor que inundaba su frente; y en cuanto al capitán, murmuró una imprecación, mientras que Fulata, rodeándole el cuello con sus brazos, profería un grito de terror.

Solamente Gagool sonreía, fijando en nosotros una mirada rencorosa.

El espectáculo era espantoso.

En la extremidad de la gran mesa de piedra, empuñando con sus huesosos dedos el hierro de una lanza, estaba sentada la muerte misma, representada por un colosal esqueleto humano de 15 pies de altura, por lo menos. Tenía una mano apoyada en la mesa, en la posición de una persona que está á punto de levantarse; el cuerpo se inclinaba hacia adelante; las quijadas estaban entreabiertas, como si el esqueleto tratase de hablar; y los agujeros de sus ojos parecían mirarnos.

—¡Gran Dios!—murmuré, al fin.—¿Qué puede ser eso?

—¿Y esas cosas?—añadió el capitán señalando las figuras blancas.

—¿Y aquello?—preguntó el Sr. Curtis, indicándonos con el dedo la figura negra que estaba sentada en el centro.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó Gagool.—A los que entran en el Antro de la Muerte les sobreviene siempre alguna desgracia. Vamos, Incubu: tú, que eres tan valiente en la refriega, ven á ver al que has matado.

Y la horrible vieja, cogiendo de la ropa á mi amigo con sus huesosos dedos, condújole hasta la mesa, siguiéndole nosotros.

El Sr. Curtis miró, y retrocedió al punto, profiriendo una exclamación.

Aquella figura negra sentada, completamente desnuda, y que tenía la cabeza sobre las piernas, no era otra cosa sino el cuerpo de Twala, el rey difunto. Las vértebras del cuello se proyectaban más de una pulgada sobre las carnes contraídas, y toda la superficie del cuerpo estaba cubierta de una especie de película brillante, cuya formación no me expliqué hasta que ví que del techo de la cámara caían de continuo gotas líquidas, que se filtraban después hasta la roca por un agujerito de la mesa. Entonces reconocí claramente que *el cuerpo de Twala se estaba transformando en estalactita*.

Bastóme mirar las figuras blancas que rodeaban la mesa para confirmarme en mi suposición: eran formas humanas, ó, más bien, lo

habían sido, y hallábanse ya convertidas en estalactitas: el pueblo kukuana conservaba, desde tiempo inmemorial, los cuerpos de sus reyes petrificándolos, para lo cual los colocaban en el sitio donde caían las gotas. Aquella prolongada línea de reyes difuntos, cubiertos con un sudario de piedra, y cuyas facciones apenas se reconocían, ofrecía un espectáculo aterrador, más terrible aún por la presencia del

CAPITULO XVII

LA CÁMARA DEL TESORO DE SALOMÓN

Mientras nosotros examinábamos las siniestras maravillas de aquel lugar, Gagool se había encaramado á la mesa y dirigiéndose al sitio donde estaba el cadáver de Twala, sin duda



A los que entran en el Antro de la Muerte les sobreviene siempre alguna desgracia.

colosal esqueleto que se destacaba en primer término, representando la Muerte misma. Debo advertir que este esqueleto no era tal en realidad, sino que se había modelado en una estalactita, sin duda por el mismo artífice que ejecutó las figuras de los tres colosos; y á nosotros nos pareció una obra artística admirable. El capitán, que tenía conocimientos anatómicos, declaró que el esqueleto era un modelo de perfección hasta en los huesos más pequeños.

Yo pensé que aquella figura se habría colocado allí para espantar á los intrusos que tuvieran intenciones de penetrar en la cámara del tesoro, situada más allá.

Tal era el Antro de la Muerte Blanca, de que tantas veces habíamos oído hablar.

para ver si caían bien las gotas sobre el cuerpo, ó tal vez con algún otro negro propósito. Después volvió, deteniéndose de vez en cuando para dirigir dos ó tres palabras á algunas de las blancas formas, como si fueran antiguos amigos. Después de esta misteriosa y horrible ceremonia, sentóse á los pies de la Muerte Blanca, y murmuró alguna oración, ó, por lo menos, parecióme así. El espectáculo que presentaba aquella vieja repugnante en actitud de súplica (ideando, sin duda, alguna maldad) era tan odioso, que apresuramos nuestro examen para no verla.

—Vamos, Gagool,—dije en voz baja, pues en aquel sitio no osaba hablar alto;—conducidnos á la cámara.

La vieja bajó al punto de la mesa.

—¿No tienen miedo mis señores?—preguntó acercándose.

—Vamos, guíad y acabemos,—contesté.

—Está bien,—repuso.

Y dando saltitos fué á colocarse detrás de la estatua de la Muerte.

—Aquí está la cámara,—dijo;—ahora es menester que mis señores enciendan la lámpara para entrar.

Y, poniendo la calabaza llena de aceite en el suelo, apoyóse contra un lado de la gruta. Yo saqué un fósforo de los pocos que me quedaban, encendí la mecha y busqué la entrada; pero nada ví más que la roca sólida.

—Por aquí se entra,—dijo la vieja, sonriendo irónicamente.

—No os burléis,—repuse con acento de enojo.

—No me burlo. ¡Mirad!

Al fijar la vista en el sitio indicado, con la lámpara levantada, observamos que una mole de piedra, elevándose del suelo, iba á perderse en el techo de roca, donde, seguramente, había una cavidad para que encajase. Esta mole, cuyas dimensiones eran las de una puerta regular, mediría unos 10 pies de altura por 5 de espesor. Su peso no bajaba, seguramente, de 30 toneladas, y era evidente que se movía por algún principio de báscula; pero no pudimos ver cuál sería. Gagool tuvo buen cuidado de no darlo á conocer; pero yo no dudé que habría alguna simple palanca que se movía por la presión en algún punto determinado, de modo que, cargando aquí algún peso, la enorme piedra se levantaba. Cuando la mole se confundió con el techo vimos un agujero oscuro en el sitio que aquélla ocupaba.

Nuestra excitación era extremada, porque íbamos á penetrar, al fin, en la cámara del tesoro de Salomón, abierta para nosotros. Yo comencé á temblar, y no sé lo que experimentarían mis compañeros. ¿Resultaría de todo aquello una decepción, ó habría dicho la verdad el viajero portugués? ¿Estarían acumuladas las riquezas en aquel oscuro lugar, y podríamos llegar á ser los hombres más ricos del mundo? Dentro de un minuto ó dos lo sabríamos.

—Entrad, blancos de las estrellas,—dijo Gagool adelantándose hasta la entrada.—Pero escuchadme primero. Las piedras brillantes que veréis, fueron extraídas del pozo que está debajo de las *Silenciosas*, y depositáronse allí, ignoro por quién; pero desde que esto sucedió un hombre ha entrado aquí. El pueblo que habitó esta tierra, de edad en edad tenía noticias de la existencia de un tesoro, noticia que iba transmitiéndose de generación en generación; pero nadie sabía dónde estaba la cámara, ni conocía tampoco el secreto de la puerta. Sin embargo, sucedió que un hombre blanco llegó á este país después de franquear las montañas... tal vez viniese de las estrellas; y fué bien recibido por el rey que entonces gobernaba. Mirad: es aquél,—añadió Gagool, señalando la quinta figura sentada á la mesa de los muertos.—Es el caso,—continuó la vieja,—que

el extranjero y una mujer del país, que le acompañaba, llegaron á este lugar, y entonces la segunda supo el secreto de la puerta, que vosotros no descubriríais aunque buscarais mil años. El hombre blanco penetró aquí con la mujer, encontró las piedras, y llenó de ellas una piel de cabra que la mujer llevaba consigo, y cuando iba á salir, cogió una más, bastante grande.

—¿Qué más,—pregunté ansioso,—le sucedió al pobre D. Silvestre?

Al oír este nombre, la vieja retrocedió un paso.

—¿Cómo sabéis,—preguntó,—el nombre de aquel viajero?

Y, sin esperar contestación, añadió:

—Nadie sabe lo que sucedió, mas parece que el hombre blanco tuvo miedo, pues arrojó la piel de cabra con las piedras y escapóse con la que tenía en la mano; pero el rey se la quitó, y esa piedra es la que habéis arrancado de la frente de Twala, Macumazahh.

—Y ¿no ha entrado aquí nadie desde entonces?—pregunté, mirando al oscuro pasadizo.

—Nadie absolutamente; pero el secreto de la puerta se ha conservado. Todos los reyes la han abierto, pero ninguno pasó del umbral, porque existe una leyenda según la que todos los que entren ahí morirán al cabo de una luna como el hombre blanco murió en la cueva de la montaña donde le habéis encontrado, Macumazahh. ¡Ah! ¡Ah! Mis palabras son verdaderas.

Al oír esto nos miramos unos á otros, y parecióme que se me helaba la sangre. ¿Cómo sabía aquella bruja todas estas cosas?

—Entrad, blancos de las estrellas,—continuó Gagool.—Si digo la verdad encontraréis la piel de cabra con las piedras en el suelo; y si es cierto que mueren muy pronto los que entran aquí, esto ya lo sabréis más tarde. ¡Ja, ja, ja!

Y la vieja traspasó el umbral llevando la luz consigo; pero confieso que una vez más vacilé en seguirla.

—¡El diablo me lleve si no entro!—exclamó Good.—Allá voy, y no se dirá que he tenido miedo de esta maldita bruja.

Y seguido de Fulata, que temblaba de pies á cabeza, introdujose en el pasadizo en pos de Gagool, avanzando detrás nosotros. A pocas varas de distancia la vieja se detuvo para esperarnos.

—Mirad, blancos,—dijo levantando la luz;—los que depositaron aquel tesoro huyeron precipitadamente, y para no ser sorprendidos trataron de interceptar el paso de la galería con esas grandes piedras que veis allí.

Efectivamente, allí estaban; y lo más curioso era que junto á una de ellas veíase un montón de mortero, y más allá dos ó tres llanas, de una forma muy semejante á las que usan los trabajadores modernos.

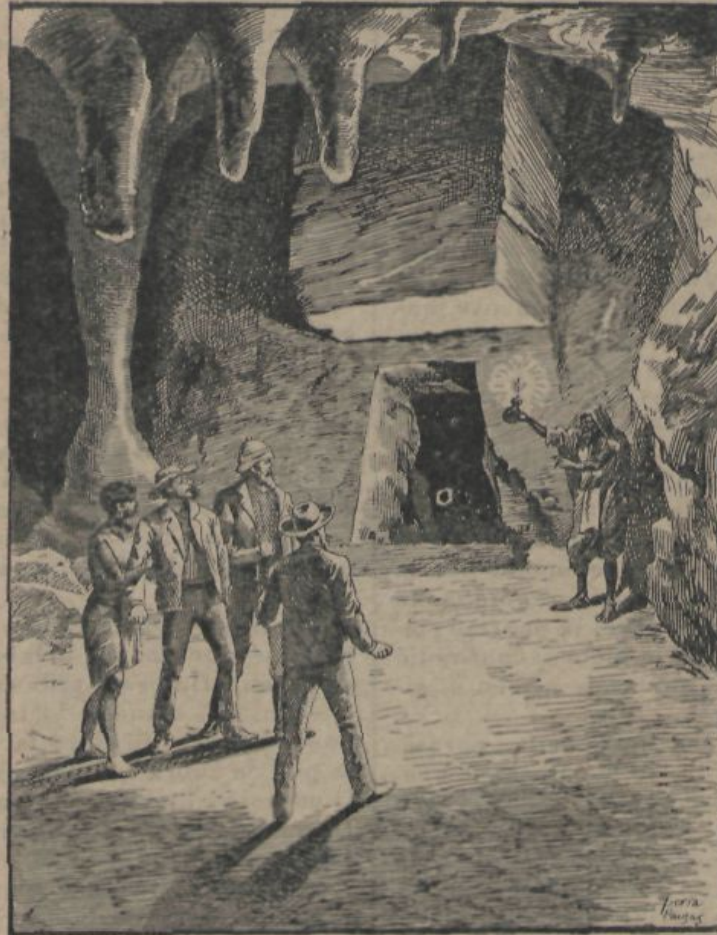
Fulata, que hasta entonces había estado muy agitada, dijo de pronto que su debilidad no le permitía ir más lejos, y que, por lo tanto, nos esperaba allí. En su consecuencia, la senta-

mos sobre una piedra, dejando á su lado la cesta con los víveres.

A los quince pasos vimos de pronto una puerta de madera pintada, abierta de par en par, como si el último que había estado allí no hubiese tenido tiempo de cerrarla ó se le hubiese olvidado.

En el suelo, á través del umbral, veíase una especie de saco de piel de cabra, lleno, al parecer, de guijarros.

dro; y lo primero que después nos llamó la atención fué una serie de magníficos colmillos de elefante, colocados en una prolongación de la cavidad. Ignoro cuántos habría, pero su número no bajaba, seguramente, de quinientos. Allí había suficiente marfil para hacer rico á un hombre durante toda su vida, y yo pensé que de aquel depósito tomaría Salomón el material para construir su magnífico trono, que no tenía igual en ningún reino.



—Mirad, blancos,—dijo levantando la luz

—¡Ah! ¡Ah! — exclamó Gagool iluminando el objeto con la luz de su lámpara.—¿No os dije que el hombre blanco que entró aquí había huido apresuradamente, arrojando el saco de la mujer? ¡Miradle! ¡Ese es!

El capitán se inclinó para recogerlo, y comprendimos que pesaba mucho.

—¡Por Júpiter!—murmuró.—Creo que está lleno de diamantes.

—Dadme la lámpara,—dijo el Sr. Curtis á Gagool con impaciencia.

Y, arrancándola de las manos de la vieja, penetró en el interior.

Todos le seguimos, olvidando, por el pronto, el saco de diamantes, y nos encontramos en la cámara de Salomón.

A la débil luz de la lámpara, sólo vimos, por el pronto, que aquello era una gran cavidad abierta en la roca viva, de unos 10 pies en cua-

En el lado opuesto de la cámara vimos algunos cajones de madera, semejantes á los que emplean para guardar las municiones.

—¡Allí están los diamantes!—exclamé.—Traed la luz.

El Sr. Curtis se acercó y examinamos la tapa del cajón, carcomida por la acción del tiempo y rota, sin duda, por la mano misma del portugués. Introduje mi mano por el agujero, y saquéla llena, no de diamantes, sino de monedas de oro de una forma que ninguno de nosotros conocía, si bien parecióme que tenían caracteres hebreos.

—¡Ah!—murmuré, dejando las monedas.—Por lo pronto no nos iremos de aquí con las manos vacías. Lo menos hay dos mil monedas en cada uno de los cajones, y yo he contado diez y ocho de éstos. Presumo que era el dinero para pagar á los trabajadores y mercaderes.

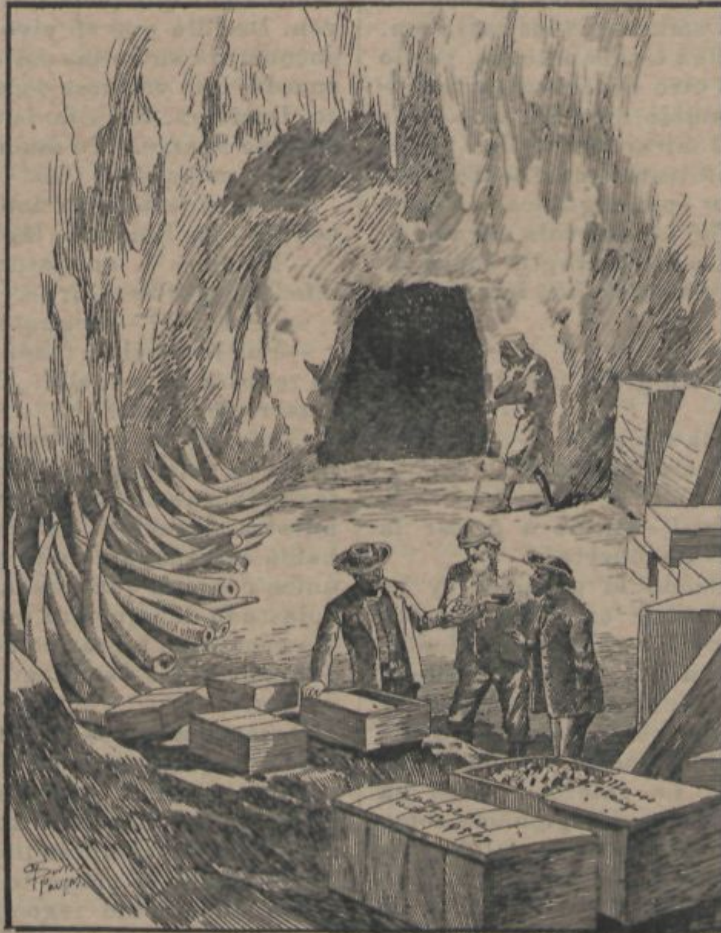
—Bien,—dijo Good;—supongo que éste es el tesoro, pues no veo diamantes, á no ser que el portugués los pusiera todos en el saco.

—Si queréis encontrar las piedras,—dijo Gagool, interpretando nuestras miradas,—buscad en la parte más oscura. Allí veréis tres cajones de piedra: dos cerrados y uno abierto.

Antes de traducir las palabras al Sr. Curtis, no pude menos de preguntar á la vieja cómo

nas vimos nada, porque el brillo de aquellos objetos nos deslumbró; pero cuando nos acostumbremos observé que el cajón estaba lleno de diamantes sin cortar, los más de ellos de considerable tamaño. Cogí algunos para examinarlos mejor, y ya no me quedó la menor duda.

—Somos los hombres más ricos del mundo,—exclamé.—Montecristo no se podría comparar con nosotros.



Introduje mi mano por el agujero, y saquéla llena, no de diamantes, sino de monedas de oro

sabía aquellas cosas no habiendo penetrado allí nadie desde que estuvo el hombre blanco.

—¡Ah, Macumazahn!—contestó Gagool con tono burlón.—Tú, que vigilas de noche y que vives en las estrellas, ¿no sabes que hay algunos cuyas miradas penetran á través de la roca?

—Busque V. en ese rincón, amigo Curtis,—dije, señalando el sitio indicado por Gagool.

Un momento después oímos una exclamación de nuestro compañero.

—¡Santo cielo!—gritó.—¡Esto es una mina!

Nos acercamos presurosos, y vimos apoyados contra la pared tres cajones de piedra de dos pies en cuadro cada uno. Dos de ellos tenían tapas del mismo material, y el tercero estaba abierto.

—¡Mirad!—repitió el Sr. Curtis con voz bronca, acercando la lámpara.

Hicimoslo así, y durante un momento ape-

—Inundaremos el mercado de diamantes,—dijo el capitán.

—Lo primero es llevarlos allá,—añadió el Sr. Curtis.

Y nos mirábamos uno á otro, como si fuéramos conspiradores á punto de cometer un crimen, en vez de ser, como pensábamos, los hombres más afortunados de la tierra.

—¡Ah! ¡Ah!—murmuró Gagool detrás de nosotros.—Ahí están las piedras brillantes que tanto os agradan. Hay tantas como podéis apetecer. Tomadlas, coged á puñados, comedlas y bebedlas. ¡Ja! ¡Ja!

Estas palabras, pronunciadas en aquel momento, me hicieron reir estrepitosamente, así como á mis compañeros.

Allí estaban las piedras preciosas, que eran nuestras y que habían encontrado para nosotros los trabajos de Salomón, cuyo nombre creímos reconocer en el sello de las cajas ce-

rradas. El antiguo rey no las obtuvo, ni tampoco David, ni el desgraciado D. Silvestre, y habían quedado allí para nosotros. A nuestra vista teníamos millones de millones, sin contar el oro y el marfil, que era otra inmensa riqueza.

—Abrid los otros cajones,—dijo la vieja cuando acabamos de reírnos;—allí hay, seguramente, más. Llenos bien de piedras blancas, hombres de las estrellas.

Muy pronto levantamos las tapas de piedra de los otros dos cajones, aunque nos pareció un sacrilegio romper los sellos que los cerraban.

¡Santo cielo! También estaban llenos, por lo menos el segundo. El otro no contenía tantos diamantes, pero, en cambio, eran del tamaño de huevos de paloma. Al mirarlos a la luz, vimos que algunos tenían un tinte amarillento, aunque se distinguían por sus magníficas aguas.

¡Lo que no vimos fué la malévolá mirada de la vieja al deslizarse como un reptil fuera de la cámara del tesoro y en dirección á la maciza puerta de piedra!

De repente resuena un grito. ¡Es la voz de Fulata!

¡Oh Bougwan!—se la oye decir.—¡Socorro! ¡Socorro! ¡La piedra está bajando!

Siguióse una pausa.

—¡Socorro! ¡Socorro!—volvió á gritar la joven.—¡Me ha herido de muerte!

Franqueamos corriendo el pasadizo, y hé aquí el espectáculo que se ofrece á nuestra vista: la puerta de roca está bajando lentamente, y apenas se halla á 3 pies del suelo. Cerca de ella Fulata lucha contra Gagool, y está ensangrentada; pero esfuérsase para retener á la horrible vieja, que se agarra como un gato salvaje. ¡Ah! La valerosa joven ha caído; y la hedionda bruja, recogiendo como una serpiente, precipitase hacia la salida. Ya está debajo de la puerta de piedra; pero... ¡oh Dios!... ¡ha llegado tarde! La mole acaba de aplastar á Gagool, que profiere un grito horrible de agonía. La piedra acaba de cerrar completamente la abertura, óyese un gemido y se sigue un silencio profundo.

Todo esto sucedió en un minuto.

Entonces nos dirigimos á Fulata: la pobre chica había recibido una cuchillada en el pecho, y comprendimos que era mortal.

—¡Ah, Bougwan! ¡Me muero!—murmuró la infeliz.—Gagool salió silenciosamente sin que yo la viera. Me sentía muy débil, y la puerta de roca comenzaba á bajar. Ví que la vieja intentaba salir, y la detuve; pero entonces me hirió con un cuchillo.

—¡Pobre joven! ¡Pobre joven!—exclamó el capitán, acercándose más á ella para besarla.

—Bougwan,—dijo después de una pausa;—¿está Macumazahh ahí? Mis ojos se oscurecen tanto que no veo.

—Aquí estoy, Fulata.

—Macumazahh: sed mi lengua por un momento, porque Bougwan no puede entenderme, y antes de pasar las tinieblas quisiera hablar dos palabras.

—Ya os escucho. Fulata.

—Decid á mi señor Bougwan que... le amo, y que me alegro morir porque comprendo que no puede aceptar una mujer como yo, pues el sol no se unirá nunca con la oscuridad ni lo blanco con lo negro. Decidle que algunas veces he sentido en mi pecho alguna cosa como un pájaro que volaba aquí y cantaba en otra parte; y aun ahora, por más que no pueda levantar la mano y mi cerebro se enfríe, paréceme que mi corazón no está moribundo y que rebosa tanto amor que podría vivir mil años y ser joven. Decidle que si vivo otra vez, quizás le encontraré entre las estrellas, aunque podría suceder que yo fuese todavía negra y él blanco. Decidle... No... no le digáis más, como no sea que le amo. ¡Yo muero, Bougwan! ¡Ya no siento tus brazos! ¡Oh! ¡Oh!

—¡Ha muerto!—exclamó Good levantándose con los ojos llenos de lágrimas.

—No debe V. entristecerse por eso, amigo mío,—dijo el Sr. Curtis.

—¿Por qué?—preguntó Good.

—Por la sencilla razón de que muy pronto se reunirá V. con ella. ¿No ve V. que estamos enterrados vivos?

Como estaba preocupado por el triste fin de la joven, hasta que el Sr. Curtis pronunció estas palabras no comprendí cuán horrible era nuestra situación. La pesada mole de roca se había cerrado, sin duda para siempre, pues la única persona que conocía su secreto estaba aplastada debajo. Era una puerta que no podía esperarse forzar como no fuese con grandes cantidades de dinamita, y estábamos encerrados.

Durante algunos minutos permanecimos silenciosos junto al cuerpo de Fulata. Habíamos perdido nuestra energía, y al pensar en el triste fin que nos esperaba palidecimos de horror. Todo lo comprendimos entonces: Gagool había ideado el proyecto desde un principio, y sin duda debió regocijarla mucho la perspectiva de que los tres blancos á quienes odiaba perecieran lentamente de hambre junto al tesoro codiciado.

—Es preciso hacer algo,—dijo el Sr. Curtis,—pues la luz se apagará pronto. Veamos si se encuentra el mecanismo que abre la roca.

Con desesperada energía comenzamos á sondearlo todo junto á la puerta y en los lados del pasadizo; pero no encontramos ningún botón ni muelle, ni cosa que se pareciera.

—Desengañese V.,—dije;—el secreto no debe estar interiormente; pues, si así fuese, Gagool no hubiera procurado deslizarse por debajo de la piedra.

—De todos modos,—repuso el Sr. Curtis con amarga sonrisa,—esa maldita vieja ha tenido un fin tan desgraciado como el que nos espera á nosotros; y como nada podemos hacer con la puerta, volvamos á donde estábamos.

Hicimoslo así, y al pasar junto á Fulata recogí la cesta que la infeliz había llevado. Después volvimos para conducir el cadáver de la joven á la cámara del tesoro, que debía ser

nuestra tumba, y se dejó el cuerpo en el suelo, junto á los cajones de la moneda.

Nosotros nos sentamos, apoyando la espalda en las arcas de las piedras preciosas.

—Dividamos el alimento,—dijo el Sr. Curtis,—á fin de que dure todo lo posible.

Hecho esto, vimos que tomando raciones sumamente limitadas podríamos sostenernos un par de días. Ya se recordará que la joven había llevado también dos calabazas llenas de agua.

—Ahora,—dijo el Sr. Curtis,—comamos y bebamos para morir mañana.

Cada cual tomó su parte, mas apenas necesitó decir que no teníamos gana de comer. Después nos levantamos para practicar un nuevo examen de las paredes de nuestra prisión, con la esperanza de hallar alguna salida.

No había ninguna, ni era probable que la hubiese en un sitio donde se guardaban tales tesoros.

La lámpara comenzaba á extinguirse ya por falta de grasa.

—Quatermain,—dijo el Sr. Curtis;—¿qué hora es?

Miré mi reloj, y ví que eran las seis en punto. Habíamos entrado en la cueva á las once.

—Infadados notaré nuestra falta,—dije;—y si no volvemos esta noche, nos buscará mañana.

—Pues buscará en vano, porque no conoce el secreto de la puerta, ni nadie lo sabía más que Gagool. Aunque encontrase esta última, no podría abrirla. Nada, amigos míos: no hay más remedio que inclinarnos ante la voluntad del Señor. Muchos han acabado mal por buscar este tesoro, y poco tardaremos en aumentar su número.

La lámpara se apagaba.

Su último resplandor iluminó la escena, poniendo más de relieve todos sus detalles: las cajas llenas de oro; el cadáver de la pobre Fulata tendido en el suelo, la piel de cabra junto á la puerta, el pálido fulgor de los diamantes, y las fisonomías de tres hombres que esperaban la muerte por hambre.

La luz brilló por última vez y apagóse.

CAPÍTULO XVIII

PERDEMOS LA ESPERANZA

No podría dar una idea de los horrores de la noche que siguió, horrores que por fortuna se mitigaron algo porque dormimos un poco. En tan terrible alternativa como la nuestra, el hombre de más valor no habría podido disfrutar de un largo sueño, y yo no tuve nunca pretensiones de ser un valiente. Estábamos enterrados en las entrañas de un inmenso pico cubierto de nieve; del fatídico antro de los muertos sólo nos separaban una galería y 5 pies de roca, y el silencio que nos rodeaba era verdaderamente espantoso. El estruendo de las más ruidosas descargas de artillería no hubiera podido llegar hasta nosotros en aquella tumba viviente. Los sonidos del mundo no existían para nosotros. Ya estábamos como muertos.

Y al rededor de nosotros había tesoros suficientes para pagar una deuda nacional ó construir los buques de una escuadra; tesoros que habríamos entregado con gusto á cambio de una probabilidad de salir de aquella horrible prisión. ¡Qué verdad es que las riquezas, adquiridas por el hombre al cabo de una vida de trabajos y afanes, no le sirven de nada, al fin!

—Good,—dijo de pronto el Sr. Curtis, cuya voz resonó en el silencio como un eco fúnebre;—¿cuántos fósforos tiene V.?

—Ocho.

—Encendamos uno para ver qué hora es.

Mi reloj señalaba las cinco. Los primeros albores de la aurora estarían iluminando en aquel momento la cumbre de la montaña, y las brisas disiparían la bruma.

—Bueno será comer algo á fin de conservar fuerzas.

—¿Para qué?—repuso el capitán.—Cuanto más pronto venga la muerte, mejor.

—Mientras hay vida hay esperanza,—dijo el Sr. Curtis.

En su consecuencia, tomamos un bocado y bebimos un poco de agua, y después el capitán se acercó á la puerta de piedra y comenzó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones, esperando que alguien le oyese desde fuera; mas, al fin, se cansó, reconociendo que aquello era inútil.

De nuevo nos sentamos junto á las inútiles cajas de diamantes, y debo confesar que, poseído de la mayor desesperación, no pude contener las lágrimas.

El día pasó como la noche (si es que puedo usar este término tratándose de un sitio que siempre estaba oscuro); y cuando encendí un fósforo para mirar el reloj, ví que eran las siete.

Una vez más comimos y bebimos, y cuando estábamos así ocupados ocurrióseme una idea.

—¿Cómo es,—pregunté.—que el aire se mantiene fresco en este sitio?

—¡Gran Dios!—exclamó el capitán levantándose.—No había pensado en esto. Es imposible que proceda de la puerta de piedra, puesto que está comprimida, y, de consiguiente, ha de venir de otra parte. Vamos á buscar de nuevo.

¡Qué aliento nos comunicó aquella simple chispa de esperanza! Un momento después los tres estábamos buscando ansiosos el sitio por donde el aire pudiera penetrar.

Durante una hora ó más estuvimos palpándolo y sondeándolo todo, hasta que, al fin, el Sr. Curtis y yo renunciáramos á la tarea, no sin haber recibido algunas contusiones al tropezar contra los colmillos de elefante, las cajas y las piedras que había en la gruta; pero el capitán perseveró, diciendo que más valía aquello que no hacer nada.

—Amigos míos,—dijo de pronto con acento breve;—vengan Vds. aquí.

Los dos nos acercamos presurosos.

—Quatermain,—añadió Good;—ponga V. la mano donde tengo la mía. ¿No siente V. alguna cosa?

—Me parece que sale aire.

—Pues ahora escuche V.

Y con el pie dió un fuerte golpe en el suelo, y en nuestros corazones renació la esperanza, pues el *sonido era hueco*.

Entonces encendí un fósforo de los tres que me quedaban, y ví que estábamos en el ángulo más distante de la cueva, y á la luz de la cerilla observamos una juntura en el suelo de roca. ¡Gran Dios! Al nivel de este suelo reconocimos también un anillo de piedra. Ninguno pronunció una sola palabra por el pronto, porque nuestra emoción era demasiado profunda. Pero, al fin, el capitán, sacando una navajilla de esas que tienen un gancho en el nacimiento de la hoja, comenzó á raspar al rededor del anillo, que muy pronto se movió. Como era de piedra no se había encajado, é, introduciendo, al fin, una mano, el capitán tiró hacia arriba con toda su fuerza, mas no consiguió nada.

Yo probé á mi vez, y también el Sr. Curtis; pero no fuimos más afortunados.

Entonces el capitán volvió á introducir la hoja de su navajilla en la juntura por donde el aire penetraba, pasando la hoja por toda la circunferencia.

—Ahora, Curtis,—dijo cuando hubo terminado la operación,—V. tiene tanta fuerza como los dos. Voy á pasar mi pañuelo de seda por la anilla, y concentre V. su vigor para levantar la piedra. Quatermain le cogerá por la cintura, y cuando yo dé la señal es preciso hacer un esfuerzo supremo.

El Sr. Curtis se agachó, yo le cogí por la mitad del cuerpo, y mi amigo tiró de la argolla con todo el vigor que le quedaba.

—¡Ya cede, ya cede!—exclamó Curtis, cuyos músculos habían crujido por el esfuerzo.

En el mismo instante la piedra levantada dejó en descubierto un boquete, y sentimos en el rostro una bocanada de aire fresco.

—Encienda V. un fósforo, Quatermain,—dijo Curtis.

Obedecí al punto, y entonces vimos... ¡Dios sea loado!... *el primer peldaño de una escalera de piedra*.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó Good.

—Pues bajar y confiarnos á la Providencia.

—Ante todo, Quatermain,—repuso el señor Curtis,—mejor será que vaya V. á buscar el alimento que nos queda, pues podríamos necesitarlo.

Me acerqué de nuevo á los cajones, y ya iba á salir cuando me ocurrió otra idea. No habíamos pensado mucho en los diamantes en las últimas veinticuatro horas, pues en nuestra posición no debíamos acordarnos ya de semejante cosa; pero yo pensé en aquel momento que podría muy bien llevarme algunos por si acaso conseguíamos salir de aquella horrible mazmorra. Así, pues, introduje la mano en el primero de los cajones dos veces, y llené todos los bolsillos de mi chaquetón de caza, eligiendo después por el tacto algunos de los diamantes más grandes que cogí en el tercer cajón.

—Amigos míos,—grité;—¿no quieren uste-

des tomar algunas de estas piedras preciosas? Yo me he llenado ya los bolsillos.

—¡Vayan al diablo los diamantes!—gritó el Sr. Curtis.

En cuanto al capitán, no contestó. Sin duda, estaba despidiéndose de los restos mortales de la pobre joven que tanto le había amado.

Y, por curioso que parezca á mis lectores, ahora que estoy en casa reflexionando sobre las inmensas riquezas que abandonábamos, les aseguraré que, si hubieran pasado veintiocho horas ante la perspectiva de morir de hambre, no se habrían cuidado de llevarse diamantes, hallándose aún en las entrañas de la tierra, sin más que una leve esperanza de escapar de la muerte. Pero la costumbre arraigada de no abandonar nunca nada de valor cuando legalmente podía apropiármelo, constituía en mí una segunda naturaleza, y por eso obré como lo hice.

—Vamos, Quatermain,—dijo sir Enrique, que estaba ya al pie de la escalera de piedra;—síguenme Vds. Yo iré delante.

—Cuidado donde se pone el pie,—repuse;—porque podría haber algún agujero.

—Más fácil es que haya otra cueva,—replicó sir Enrique, que comenzaba á bajar contando los escalones.

Cuando hubo llegado al décimoquinto, se detuvo.

—¡Gracias á Dios!—exclamó.—Ya hemos llegado al fin. Creo que aquí hay un pasadizo. Bajad pronto.

Cuando estuvimos reunidos, el capitán encendió un fósforo, y su luz nos bastó para reconocer que nos hallábamos en una estrecha galería que se prolongaba á derecha é izquierda en ángulos rectos con la escalera; pero el fósforo se apagó muy pronto, y entonces suscitóse la delicada cuestión sobre el camino que debíamos tomar. No sabiendo á qué punto iba á parar la galería, nuestra salvación podía depender de ir por un lado ó por otro. Estábamos perplejos, cuando de pronto el capitán recordó que al encender yo el fósforo el aire impelió la llama hacia la izquierda.

—Vayamos contra la corriente,—dijo,—pues será lo más acertado.

Obedeciendo esta indicación, nos alejamos de aquella maldita cámara del tesoro, sin saber á dónde iríamos á parar. Si en cualquiera época llegase á penetrar allí algún ser viviente, lo cual no creo probable, encontrará señales de nuestra presencia en el cajón abierto de los diamantes, en la lámpara seca y en los huesos blanqueados de la pobre Fulata.

Después de andar un cuarto de hora por aquel pasadizo, vimos que formaba de pronto un recodo, cruzándose por allí otra galería, por la cual avanzamos, y que nos condujo á una tercera. Esto se repitió por espacio de algunas horas, y, al fin, llegamos á creer que estábamos en un verdadero laberinto. En mi concepto, aquellas galerías debían ser las de una antigua mina, pues no de otro modo podía explicarse su existencia.

Rendidos de fatiga, nos detuvimos, al fin,

para comer los restos de nuestros víveres y beber el último trago de agua. Parecíamos haber escapado solamente de la oscuridad de la cámara del tesoro para caer en la de las galerías.

De repente parecióme oír un sonido. Llamé la atención de mis compañeros para que escucharan. Era muy débil y lejano, pero *era* un sonido, pues mis amigos le percibieron también, y nuestro corazón rebotó de alegría.

Al débil resplandor de la cerilla vimos una negra masa de agua que corría á nuestros pies, y al capitán cogido á una roca saliente.

—¡Prepárense Vds. á cogerme!—gritó Good.—Debo nadar un poco para llegar hasta ahí.

Un momento después sir Enrique alargaba el brazo y ayudaba á nuestro amigo á salir del agua.

—¡Diablo!—exclamó el capitán.—Si no me cojo á esa roca y no hubiese sabido nadar, era



—¡Gracias á Dios!—exclamó.—Ya hemos llegado al fin

—¡Es una corriente de agua!—dijo Good.—Seguidme.

Continuamos nuestra marcha en la dirección del sonido, hasta que, al fin, se percibió claramente, y muy pronto reconocí que era el rumor del agua. ¿Cómo podía haber corriente de agua alguna en las entrañas de aquella tierra? Ya estábamos muy próximos, y el capitán, que iba delante, aseguró que sentía la frescura.

—Vaya V. poco á poco,—dijo el Sr. Curtis.

De pronto oímos como el ruido de un cuerpo que cae en el agua y un grito de Good.

El capitán había caído en la corriente.

—¿Dónde está V.?—gritamos al punto, poseídos de terror.

Con gran satisfacción nuestra oímos la contestación.

—No hay cuidado,—gritó el capitán;—estoy cogido á una roca. Enciendan Vds. un fósforo para que vean dónde se hallan.

hombre muerto, pues la corriente es muy violenta y no tocaba fondo.

Era preciso seguir otra dirección, y, después de beber un poco de agua del río subterráneo, que era dulce y fresca, nos dirigimos por el lado opuesto, llegando á poco á otra galería.

—Tanto vale que vayamos por aquí,—dijo el Sr. Curtis,—pues todos los caminos son iguales. Andaremos mientras tengamos fuerzas.

Proseguimos lentamente nuestra marcha á lo largo de aquella nueva galería, y al cabo de un buen rato el Sr. Curtis se detuvo de repente.

—¡Miren Vds.!—murmuró.—¿Tengo yo cataratas en los ojos ó es aquello una luz?

Los dos miramos con ansia y vimos un débil resplandor, tan ligero que, á no haber estado tanto tiempo en la oscuridad, tal vez no le habríamos distinguido.

Avanzamos con la mayor ansiedad, y á los

cinco minutos ya no nos quedó la menor duda: vimos claramente que aquello era luz, y al mismo tiempo aspiramos un aire más fresco; pero la galería se estrechaba mucho, hasta el punto de no tener al fin más anchura que la de la entrada de una madriguera de zorro. Debo advertir que en aquel momento no pisábamos ya roca, sino *tierra blanda*.

Sir Enrique se arrodilló, y, encogiéndose

agujero, que nos permitía salir, al fin, de los subterráneos.

La pálida luz de la aurora iluminaba en aquel momento las pendientes, y entonces vimos que nos hallábamos cerca del fondo del vasto pozo, frente a la entrada de la cueva. Desde allí vimos perfectamente las gigantes cas formas de los tres colosos, y me convencí de que tendrían comunicación con la mina de



Desde allí vimos perfectamente las gigantes cas formas de los tres colosos...

después cuanto pudo, deslizóse por aquel agujero, no sin gran dificultad. El capitán y yo, como hombres más pequeños, pasamos fácilmente, y entonces vimos la estrellada bóveda del cielo; pero el suelo cedió de pronto, y los tres caímos rodando. Yo me cogí a una mata ó no sé qué, y me detuve, llamando a mis compañeros. Sir Enrique, que estaba más abajo, me contestó, y, arrastrándome hasta él, vi que estaba ileso. Un poco más allá hallábase Good, cogido a unas raíces y un poco contuso.

Una vez más nos sentamos, y tal era nuestra emoción, que todos sentimos deseos de llorar de alegría al vernos lejos de aquella espantosa cueva, que había estado a punto de ser nuestra tumba. Era preciso que la Providencia hubiese guiado nuestros pasos hasta aquel

diamantes. En cuanto al río subterráneo en el corazón de la montaña, Dios sabe lo que era ó de dónde procedía. Yo no pensé ni remotamente en averiguarlo.

Con la luz pudimos vernos las caras, que por cierto hubieran podido inspirar compasión a cualquiera. Con las mejillas hundidas, cubiertos de polvo y barro, magullados por numerosas contusiones, y con la expresión de terror impresa todavía en el semblante, habríamos espantado a cualquiera. Sin embargo, el capitán conservaba su monóculo en el ojo: ni la oscuridad, ni el baño en el río subterráneo, ni la caída por la pendiente, habían bastado para separar aquel objeto de su persona.

Por temor de que nuestros miembros se embotaran, comenzamos a trepar lentamente por

los lados de la pendiente opuesta; y al cabo de una hora de continuos esfuerzos, cogiéndonos á las raíces y yerbas, llegamos al gran camino que pasaba por el lado del pozo, frente á las estatuas.

A unos trescientos pasos ardía una hoguera junto á unas chozas, y al alrededor del fuego vimos gente. Sosteniéndonos uno á otro, nos adelantamos con trabajo, y de pronto vimos un hombre que al divisarnos comenzó á gritar.

—¡Infadoos! ¡Infadoos!—contestamos.—¡Somos nosotros, vuestros amigos!

El jefe echó á correr para salir al encuentro, y notamos que su fisonomía expresaba el asombro y el terror.

—¡Oh!—exclamó.—¡Sois vosotros! ¿Es posible que hayáis podido salir del Antro de la Muerte?

Y el anciano guerrero se abrazó á las rodillas de sir Enrique y lloró de alegría.

CAPÍTULO XIX

DESPEDIDA DE IGNOSI

Diez días después de ocurrir los incidentes de que acabo de hablar, nos hallábamos en nuestro alojamiento de Loo, y por cierto no muy cambiados. á pesar de lo que habíamos sufrido, con la sola diferencia de que mi cabello estaba mas gris y que Good no era ya el mismo hombre después de la muerte de Fulata. En cuanto á mí, considerando la cuestión bajo el punto de vista de mi propia experiencia, pensé que aquel desenlace era muy feliz, pues seguramente se hubieran seguido complicaciones de trascendencia. La pobre Fulata no era una mujer común, sino verdaderamente bella y de mucha imaginación; mas, á pesar de esto, no era posible que se uniese con el capitán, pues como la pobre joven había dicho muy bien, «el sol no puede asociarse con la oscuridad, ni lo blanco confundirse con lo negro.»

Inútil me parece decir que no volvimos á penetrar en la cámara del tesoro de Salomón. Una vez repuestos de nuestras fatigas, volvimos á bajar al fondo del pozo con la esperanza de encontrar el agujero por donde habíamos salido de la montaña, pero no lo hallamos. Por lo pronto, había llovido, borrando el agua nuestras huellas, y el vasto pozo estaba lleno de guaridas de animales, que dificultaban el descubrimiento. El día antes de volver á Loo fuimos á ver otra vez la gruta de las estalactitas, y también el Antro de la Muerte, donde contemplamos con una sensación indefinible la mole de roca que nos había cerrado la salida y bajo la cual hallábase aplastado el cuerpo de la vieja Gagool. A pesar de nuestro detenido examen, no encontramos la menor juntura en la puerta de piedra, ni menos pudimos descubrir el secreto. El mecanismo debía ser maravilloso, y característico, en su maciza é inescrutable sencillez, de la época que le produjo.

Al fin, nos retiramos con disgusto; pero, aunque la puerta se hubiese abierto de repente,

dudo que hubiésemos tenido valor para pasar sobre los restos triturados de la horrible Gagool é introducirnos en la cámara, aun con la seguridad de adquirir un considerable número de diamantes. Y, sin embargo, era lástima abandonar todo aquel tesoro, el más rico, tal vez, que jamás se acumuló en el mundo en un mismo lugar; pero no había más remedio. Sólo con dinamita hubiéramos podido abrir brecha á través de aquella mole de roca sólida. Tal vez llegue tiempo en que un explorador más afortunado dé con el secreto de la puerta y llene el mundo de piedras preciosas; pero lo dudo, y no creo que ninguno de aquellos diamantes, que representan un valor de muchos millones, brille jamás en el cuello de alguna hermosa: esas piedras preciosas y Fulata serán inseparables hasta el fin de todas las cosas.

Al día siguiente marchamos á Loo, muy contrariados por el mal éxito de nuestras investigaciones, aunque, á decir verdad, yo no debía estar descontento, pues ya se recordará que tuve la feliz idea de llenar mis bolsillos de diamantes antes de salir de nuestra prisión. Había perdido algunos cuando rodábamos por el lado del pozo, y, entre ellos, varios de los más grandes; pero, comparativamente hablando, quedábanme muchos, los suficientes para que los tres fuésemos, si no millonarios, por lo menos ricos. En su consecuencia, no se había perdido todo.

Al llegar á Loo recibíenos cordialmente Ignosi, que estaba muy ocupado en consolidar su poder y reorganizar los regimientos que más habían sufrido en la terrible lucha contra Twala.

Ignosi escuchó con el mayor interés el relato de nuestras maravillosas aventuras; pero cuando le dimos cuenta de la espantosa muerte de Gagool quedó algo pensativo.

—Hermanos míos,—dijo después de una pausa;—esa vieja era una mujer extraña, y me felicito de que haya muerto, pues os hubiera dejado morir en aquella cueva, y tal vez habría hallado medio de matarme á mí, como lo hizo con mi padre. Proseguid ahora vuestra narración.

Después de referir todos los detalles, y según había convenido con mis compañeros, aproveché la oportunidad para hablar á Ignosi de nuestra marcha.

—Ya es llegada la hora,—le dije,—de que nos despedamos para volver á nuestro país. Os tomamos á nuestro servicio como criado, y ahora sois rey. Si estáis agradecido, recordad lo que nos prometisteis: gobernad con justicia, haced que se respete la ley, y no condenéis á muerte á ninguno sin justa causa. De este modo prosperaréis. Y ahora decidnos si podemos contar con una escolta para cruzar las montañas, porque nuestro deseo es emprender la marcha mañana al rayar el día.

Ignosi se cubrió el rostro con las manos, sin contestar por el pronto.

—Vuestras palabras,—dijo, al fin,—me destrozan el corazón. ¿Por qué me habéis de abandonar ahora? Vosotros, que estuvisteis á

mi lado en la batalla, ayudándome á recobrar mi trono, ¿por qué habéis de separaros de mí en el día de la paz y de la victoria? Si queréis mujeres, elegid entre todas las que aquí existen; si queréis terrenos, vuestro será todo el espacio que la vista alcanza; tendréis ganados y caza abundante; y si queréis guerra, mis regimientos estarán á vuestra disposición; y si hay algo más que pueda daros, pedidlo y lo tendréis.

—No, Ignosi, no necesitamos todas esas cosas: solamente deseamos volver á nuestro país.

—Pues ya veo,—repuso Ignosi con amargura,—que amáis las piedras brillantes más que á vuestro amigo. Ahora queréis volver á Natal para vender los diamantes y ser ricos, como lo ambicionan todos los hombres blancos. Reniego de esas piedras y de los que las buscan, y nadie volverá á penetrar en el Antro de la Muerte sin que le cueste la vida. He dicho. Podéis marcharos.

—Decidme,—repuse apoyando la mano en el brazo de Ignosi;—cuando estabais en la tierra de los Zulús y después en Natal, ¿no os acosaba de continuo el vehemente deseo de volver al país de que os hablaba vuestra madre y donde visteis la luz?

—Es verdad, Macumazahn.

—Pues, entonces, no debéis extrañar que nosotros deseemos regresar á nuestro país.

Ignosi reflexionó un momento.

—Reconozco,—contestó al fin,—que vuestras palabras son sabias y razonables, Macumazahn. Al que vuela por los aires no le gusta arrastrarse por la tierra; al hombre blanco no le gusta vivir al nivel del negro. Debéis marchar y dejarme entristecido, porque ya no volveré á recibir noticias de vosotros; pero escuchad, y sepan todos los blancos mis palabras. Ninguno de ellos volverá á cruzar esas montañas; ya no veré más traficantes con sus carabinas y sus pieles; y si algún blanco llega á este país, le obligaré á volverse. Si viniesen muchos á la vez, ó un ejército, los rechazaré con la fuerza. Nadie volverá á buscar las piedras brillantes, porque, si tal sucediera enviaría un regimiento para cegar el pozo, romper las columnas blancas de las grutas y llenarlas de rocas; de modo que ni aun se pueda llegar á esa puerta de que habláis, cuyo secreto es desconocido. Sólo para vosotros tres, Incubu, Macumazahn y Bougwan, el paso estará siempre libre, porque me sois más caros que todo cuanto respira.

»Infadoos, mi tío, os guiará con un regimiento. He sabido que hay otro camino á través de las montañas mucho más practicable, y ya os lo enseñarán. ¡Adiós, hermanos míos, valerosos blancos! ¡No me volváis á ver, porque mi corazón no podría resistirlo! Yo expediré una orden para todo el país á fin de que vuestros nombres sean como los de reyes muertos, y quien hablare mal de ellos será castigado. ¡Ido!, ahora, antes que mis ojos lloren como los de una mujer; y algunas veces, cuando penséis en vuestra vida pasada, acordaos de la célebre batalla de Loo, de vuestras hazañas,

de aquella heroica guardia gris y, sobre todo, del terrible duelo en que la cabeza de Twala rodó por tierra. ¡Adiós para siempre, Incubu, Macumazahn y Bougwan! ¡Adiós, queridos amigos!»

Al decir esto, levantóse y se cubrió la cara para que no la viéramos.

Al día siguiente salimos de Loo, escoltados por nuestro antiguo amigo Infadoos, muy contristado por nuestra marcha, y el regimiento de los Búfalos. Aunque era tan temprano, toda la calle principal de la ciudad estaba ocupada por la multitud, que nos hacía el saludo real cuando pasábamos á la cabeza del regimiento; mientras que las mujeres, arrojando flores, nos bendecían por haberlas librado de Twala.

Antes de llegar á los confines de la ciudad ocurrió un ridículo incidente que nos hizo reír.

Una muchacha, que llevaba un magnífico ramo de lilas en la mano, acercóse al capitán para entregárselo, y díjole que iba á pedirle un favor.

—Habla,—le dijo.

—Es para rogar á mi señor,—contestó,—que me permita ver sus magníficas piernas blancas para que pueda pensar en ellas todos los días de mi vida. He viajado cuatro días sólo para esto, pues ya son famosas en todo el país.

—¡Que el diablo me lleve si lo hago!—contestó el capitán con enojo.

—Vamos, amigo mío,—dijo el Sr. Curtis;—no puede V. rehusar una cosa tan sencilla.

Good consintió, al fin, en arremangarse el pantalón hasta la rodilla, con lo cual quedaron admiradas todas las mujeres que tuvieron la fortuna de ver aquella blanca pierna, la cual, seguramente, no será olvidada en el país.

Infadoos nos dijo que en las montañas había otro paso por el Norte, ó más bien un punto en que era posible franquear la pared de roca que separaba Kukuana del desierto. Asegurónos también que hacía dos años algunos cazadores bajaron por aquel sitio al desierto en busca de avestruces, cuyas plumas eran muy apreciadas en el país, y que durante su cacería les aquejó mucho la sed á causa de haberse alejado de las montañas más de lo conveniente. Sin embargo, habiendo visto árboles á lo lejos, avanzaron hacia ellos y descubrieron un fértil oasis de algunas millas de extensión, con abundante agua. Por este punto debíamos volver, y la idea me pareció muy buena, tanto más cuanto que algunos cazadores que nos acompañaban nos aseguraron que desde aquel oasis se veían otros sitios fértiles (1).

Viajando sin dificultad, en la noche del cuarto día nos hallábamos una vez más en la cresta de las montañas que separan á Kukuana del desierto, cuyas olas de arena teníamos á nuestros pies.

Al amanecer del siguiente día llegamos á la

(1) Así se explica como fué posible que la madre de Ignosi, llevando su niño, pudiera sobrevivir á los peligros del viaje á través de las montañas y del desierto, que tan fatales pudieron ser para nosotros. Sin duda, encontraron algunos cazadores de avestruces y condujéronla al oasis.

rápida pendiente por donde debíamos bajar al precipicio para ganar el desierto que se extendía á unos 2,000 pies de nosotros.

Aquí nos despedimos de nuestro fiel amigo y valeroso guerrero Infadoos, que casi lloró de sentimiento.

—Nunca veré otros hombres como vosotros,—dijo.—Jamás olvidaré como Incubu derribaba á sus enemigos en la batalla, ni menos el terrible hachazo que cortó la cabeza de Twala.

Por la noche llegamos al fondo sin accidente alguno.

—Me parece, amigos míos,—dijo el Sr. Curtis,—que en el mundo hay peores sitios que la tierra de los kukuanas, y que he conocido peores tiempos que esos dos últimos meses.

—Yo quisiera casi volver,—añadió el capitán.

En cuanto á mí, reflexioné que bien estaba lo hecho. El recuerdo sólo de aquella batalla



—¡Adiós para siempre, Incubu, Macumazahn y Bougwan!

No espero ver otra cosa semejante, como no sea en sueños.

Nos contristó mucho esta despedida, y el capitán se conmovió tanto que regaló al anciano guerrero nada menos que su monóculo. (Después supimos que tenía otro de reserva). Infadoos quedó sumamente complacido, diciéndonos que aquel objeto le daría mucho prestigio; y después de varios esfuerzos inútiles consiguió, al fin, sujetarle en el ojo. Jamás he visto nada tan estrambótico como aquel indígena con el monóculo, que cuadraba muy mal con la piel oscura de nuestro amigo y sus plumas de avestruz.

Después de asegurarnos de que nuestros guías llevaban suficiente agua y provisiones, y de recibir un ruidoso saludo de los Búfalos, estrechamos la mano de Infadoos y nos dirigimos al precipicio por donde era preciso bajar.

me produce escalofríos, y en cuanto á la cámara del tesoro... no diré nada más.

A la mañana siguiente emprendimos una fatigosa marcha á través del desierto, aunque con el agua suficiente; y, después de acampar durante la noche, proseguimos el viaje.

A eso de las doce del tercer día vimos los árboles del oasis, y una hora antes de ponerse el sol pisábamos el césped, oyendo el grato murmullo del agua.

CAPÍTULO XX

EL HERMANO PERDIDO

Ahora voy á dar cuenta del más extraño incidente que nos ocurrió en aquella aventurada excursión, y el cual demuestra qué maravillosos es á veces el desenlace de los acontecimientos.

Yo iba delante de mis compañeros, á cierta distancia, siguiendo las orillas del arroyo que corre desde el oasis hasta perderse en las sedientas arenas del desierto, cuando de pronto me detuve y restreguéme los ojos, pues apenas daba crédito á lo que veía. A 20 varas de mí, á la sombra de una higuera, cerca del agua, elevábase una choza construída al estilo kafir, pero con puerta en vez de un simple agujero.

—¿Qué diablos hará ahí esa choza?—pensé.

—¡Macumazah!—exclamó.—¿No me conocéis? Soy Jim, el cazador. Perdí la nota que me disteis para mi amo, y hace ya muy cerca de dos años que estamos aquí.

Al decir esto, el joven comenzó á revolcarse por tierra, llorando de alegría.

—¡Pícaro!—le dije.—Merecerías que te diesen una buena paliza.

Entretanto, los dos hermanos se abrazaban sin decir palabra por efecto de su emoción.



Entretanto, los dos hermanos se abrazaban sin decir palabra por efecto de su emoción

En el mismo instante abrióse la puerta y salió un *hombre blanco* vestido de pieles. Tenía la barba negra y muy larga, y cojeaba mucho. Ningún cazador, que yo supiese, había visitado nunca aquel sitio, ni mucho menos para establecerse allí. Me quedé mirando de hito en hito, como lo hacía también el hombre, y en esto llegó sir Enrique.

—Miren Vds.,—dije.—¿Es ése un hombre blanco ó estoy yo loco?

Mis amigos se detuvieron, y de repente el hombre blanco de la barba negra profirió un grito y adelantóse cojeando hacia nosotros. Cuando estuvo cerca se desmayó.

Sir Enrique corrió en su auxilio.

—¡Poder de Dios!—exclamó.—¡Es mi hermano Jorge!

En el mismo instante, otro hombre salió de la choza, vestido también de pieles y con una carabina en la mano. Al verme profirió un grito.

Sin duda, la causa de su desavenencia (yo sospecho que sería alguna dama) había sido olvidada ya.

—Querido hermano,—exclamó el Sr. Curtis, al fin,—creí que habías muerto ya. He estado en las montañas de Salomón para buscarte, y ahora te encuentro cuando menos lo esperaba.

—Hace poco menos de dos años que yo también quise ir á esas montañas,—contestó Jorge;—pero cuando llegué aquí, tuve la desgracia de que me cayese sobre la pierna un peñasco, y no he podido seguir adelante ni retroceder.

—¿Cómo va, Sr. Neville?—pregunté á mi vez adelantándome.

—¡Calle! ¡Es Quatermain! ¡Ah! ¡Y el capitán Good! Me parece que voy á desmayarme otra vez, porque cuando se ha dejado de esperar, la alegría puede matarnos.

Aquella noche, sentados alrededor del fuego, Jorge Curtis nos refirió su historia, que no dejaba de ser muy curiosa también. Poco menos de dos años antes, había salido de Sitanda para dirigirse á las montañas, sin saber nada de la nota que entregué á Jim y que éste perdió; pero, en virtud de algunos informes recibidos de los indígenas, no se dirigió á las Tetas de Sheba, sino al precipicio por donde habíamos bajado. En el desierto, él y Jim padecieron mucho; mas, al fin, llegaron al oasis donde Jorge Curtis sufrió el accidente que le había dejado cojo. Por esta causa no pudo continuar su viaje, prefiriendo la probabilidad de morir donde estaba á la certeza de perecer en el desierto.

—Aquí he vivido cerca de dos años, como Robinson Crusoe.—añadió Jorge,—esperando que algunos indígenas llegasen y me ayudaran á salir de aquí; pero no se ha presentado nadie. Anoche mismo me puse de acuerdo con Jim para que éste fuese á Sitanda á buscar auxilio; mas no esperaba volver á verle. Ahora,—continuó,—veo que no me habéis olvidado, y deseo conocer también vuestras aventuras. Nuestro encuentro ha sido verdaderamente maravilloso.

El Sr. Curtis complació á su hermano, dándole á conocer todos los detalles de nuestra aventurada excursión.

—¡Por Júpiter!—exclamó Jorge cuando le enseñé alguno de los diamantes.—Al menos, habéis obtenido alguna recompensa por vuestras fatigas.

El Sr. Curtis sonrió.

—Esas piedras preciosas,—dijo,—pertenecen á Quatermain y al capitán: ya se convino en que ellos dos se repartirían lo que hubiera.

Esta observación me hizo reflexionar, y, después de hablar sobre el asunto á Good, dije al Sr. Curtis que ambos deseábamos cederle una tercera parte de los diamantes, y, si no la admitía, entregársela á su hermano, quien había padecido más que nosotros para buscarlos. Al fin, conseguimos que nuestro amigo aceptara; pero Jorge Curtis no lo supo hasta algún tiempo después.

Llegado á este punto, debo terminar mi historia. Nuestro viaje á través del desierto hasta llegar á Sitanda fué muy penoso, porque debíamos conducir á Jorge Curtis, que tenía la pierna muy débil; pero, al fin, llegamos sin novedad, y no referiré los detalles, porque nada tienen de particular.

Seis meses después de nuestra llegada á Sitanda, donde encontramos nuestras carabinas y otros efectos que el depositario nos entregó con muy mala voluntad, pues no creía que sobreviviésemos, hallábame de nuevo en mi humilde morada cerca de Durban, donde ahora estoy escribiendo y donde me despedí de los que me acompañaron en la más aventurada excursión que jamás emprendí en mi vida.

Al escribir la última palabra veo un kafir que viene por mi jardín con una carta en la mano, recogida en el correo. Resulta ser de sir Enrique Curtis; y como lo dice todo, la reproduzco íntegra.

«Brayley Hall, Yorkshire

»Querido Quatermain: escribí á V. hace algunos días para decirle que los tres, Jorge, el capitán Good y yo, habíamos llegado sin novedad á Inglaterra. Quisiera que hubiese visto á nuestro compañero al día siguiente: perfectamente afeitado, con traje nuevo, guantes, su lente, etc., etc., parecía un marqués. He ido á pasear por el parque con él, y allí encontré varios conocidos, á quienes he contado la historia de las blancas piernas.

»El capitán está furioso porque algún mal intencionado ha tenido la ocurrencia de publicarlo en un periódico.

»Hablando de negocios, sepa V. que Good y yo llevamos los diamantes á un tasador, según lo convenido, para saber cuánto valen, y apenas creará V. lo que voy á decirle. Me aseguran, por lo pronto, que no pueden fijar la cifra con certeza, pues nunca se han visto aquí reunidos tantos diamantes y tan hermosos. Excepto uno ó dos de los mayores, parece que son de las más finas aguas é iguales á las mejores piedras preciosas del Brasil. Pregunté si querían comprármelos, y contestáronme que no tenían suficiente capital para ello, recomendándome que les diera salida poco á poco. Me ofrecieron, sin embargo, 180,000 libras esterlinas (900,000 duros) por una pequeña parte de ellos.

»Es preciso que venga V. aquí, amigo Quatermain, para arreglar este asunto, sobre todo si insiste en hacer el magnífico regalo de la tercera parte á mi hermano Jorge. En cuanto á Good, no sirve para esto, porque necesita todas sus horas para acicalarse y cuidar de su persona. Creo que aun piensa en Fulata, pues me ha dicho que desde que está aquí aun no ha visto una mujer que la iguale.

»Deseo que venga V., querido compañero. Ya ha trabajado bastante en este mundo, es V. riquísimo, y precisamente hay aquí una casa que le convendría comprar. Cuanto antes venga, mejor. Podrá V. acabar de escribir á bordo la historia de nuestras aventuras. No hemos dicho nada sobre ella por temor de no ser creídos. Si emprende V. la marcha al recibir la presente, estará V. aquí por Navidad. El capitán y Jorge vienen también, y, por otra parte, tendrá V. el gusto de ver á su hijo Enrique, que es un guapo joven. Le he invitado á una cacería.

»Adiós, querido compadre. Nada más puedo decirle; pero sé que vendrá, aunque sea solamente para complacer á su más sincero amigo

»Enrique Curtis.

»P. S. Los colmillos del elefante que mató al pobre Khiva están colocados en la sala, sobre los cuernos de Búfalo que V. me regaló, y

forman un conjunto magnífico. Junto á la mesa de mi despacho, pendiente de la pared, está el hacha con que corté la cabeza á Twala. ¡Lástima que no hayamos traído las cotas de malla!

»E. C.»

Hoy es martes: el viernes sale un vapor, y creo verdaderamente que debo tomar la palabra á mi amigo Curtis, embarcándome para Inglaterra, aunque sólo sea para ver á mi hijo Enrique y mandar imprimir mi historia, cosa que no quiero confiar á nadie.

ÍNDICE

CAPÍTULOS	PÁG.	CAPÍTULOS	PÁG.
INTRODUCCIÓN.	1	X.—La caza de los hechiceros.	42
I.—Encuentro á sir Enrique Curtis.	2	XI.—Damos una prueba.	47
II.—La leyenda de las minas de Salomón.	5	XII.—Antes de la batalla.	52
III.—Umbopa entra á nuestro servicio.	8	XIII.—El ataque.	55
IV.—La caza de elefantes.	12	XIV.—La última resistencia de la guardia gris.	57
V.—Nuestra marcha por el desierto.	16	XV.—El capitán Good enfermo.	63
VI.—¡Agua! ¡Agua!	20	XVI.—El Antro de la Muerte.	66
VII.—La carretera de Salomón.	26	XVII.—La cámara del tesoro de Salomón.	70
VIII.—Entramos en Kukuana.	33	XVIII.—Perdemos la esperanza.	75
IX.—El rey Twala.	36	XIX.—Despedida de Ignosi.	79
		XX.—El hermano perdido.	81

DATACAT · 23-03-06

